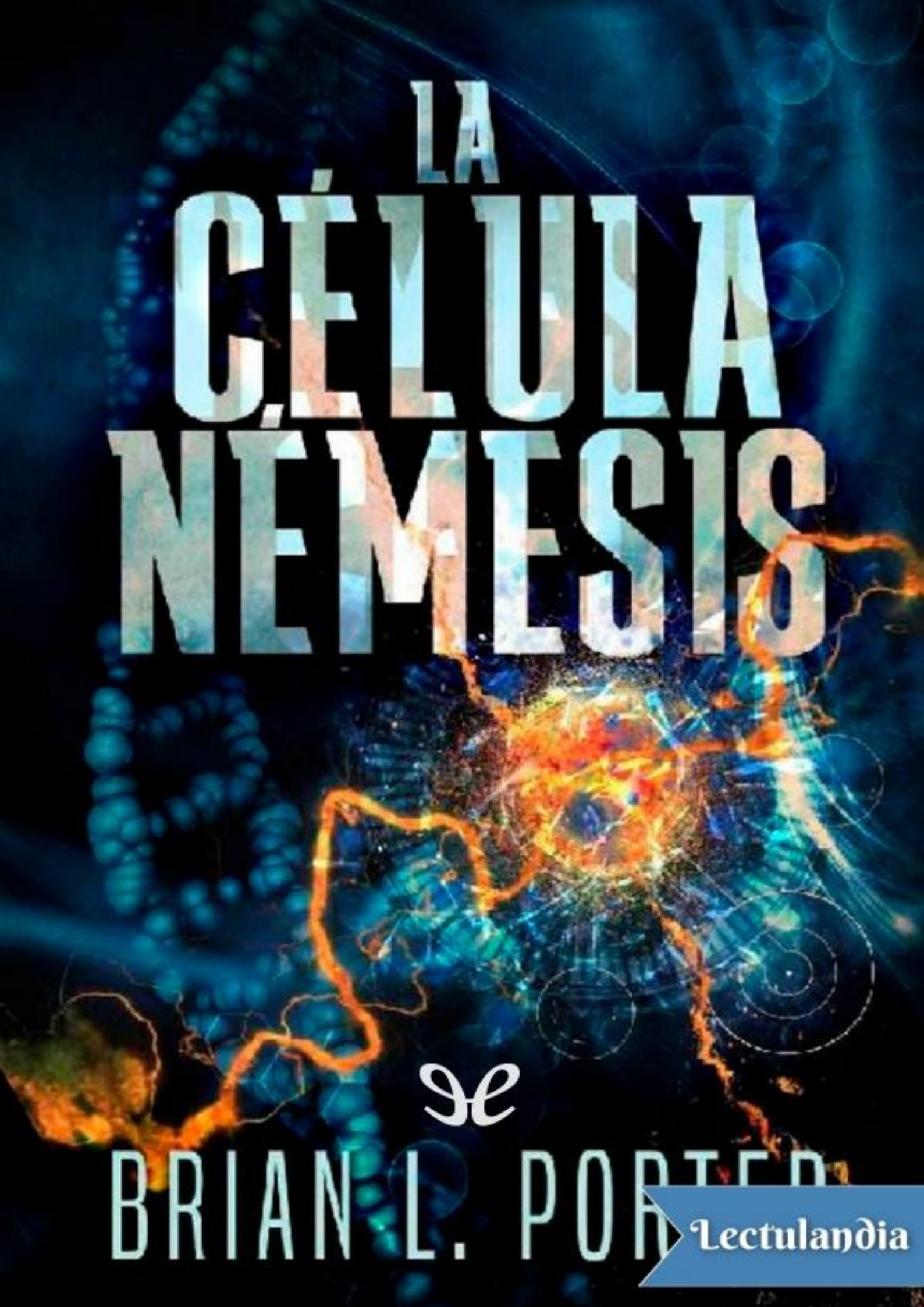




LA CÉLULA NEMESIS

de

BRIAN L. PORTER

Lectulandia

Un grupo de mujeres se reúne en una clínica belga de fertilidad, donde la Dra. Margherita Dumas ofrece un tratamiento revolucionario y experimental para sus problemas de infertilidad. Un año más tarde, cada una de las mujeres da a luz bebés sanos. Treinta años después, un misterioso asesino comienza a deshacerse de los niños nacidos como resultado del programa de Dumas. El Detective Inspector Harry Houston y su equipo son asignados para reconstruir el caso y llevar al asesino ante la justicia. Con el poco tiempo y pocas pistas disponibles, ¿podrán Harry y su equipo encontrar el vínculo entre los acontecimientos del pasado y las muertes de la progenie inocente de la Clínica Sobel? «La célula Némesis» de Brian L. Porter es una historia escalofriante de explotación científica, asesinato y misterio.

Brian L. Porter

La célula Némesis

ePub r1.0

Titivillus 29-12-2020

Título original: *The Nemesis Cell*
Brian L. Porter, 2011
Traducción: Cinthya Rivera Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

«La célula Némesis» está dedicada a la memoria de mi madre, Enid Ann Porter (1914 – 2004), cuyo amor y apoyo jamás me fallaron, y a mi esposa Juliet, quien me brinda esos privilegios cada día de nuestra vida juntos.

LA CÉLULA NÉMESIS

Brian L. Porter

Agradecimientos

«La célula Némesis» comenzó como un cuento. Una de las primeras personas en leerla, Sheila Noakes, lo disfrutó tanto que quería saber más sobre los personajes y me animó a desarrollar la historia y convertirla en una novela completa. Escribir la versión larga ha sido una experiencia muy agradable, lo cual le agradezco a Sheila. Ella también ha leído cada capítulo terminado para asegurarse de que la nueva versión no perdiera nada del atractivo que vio en el cuento original.

El personaje de Harry Houston está basado enormemente en el apoyo del detective e inspector general David Moffat del Colegio Escocés de Policía en Tulliallan en Fife.

Su ayuda ha sido invaluable para desarrollar a Harry Houston como persona y como oficial de policía.

Malcolm Davies ha leído y releído «La célula Némesis» tantas veces que probablemente la conoce mejor que yo; y le agradezco por su tiempo y esfuerzo al asegurarse de que la historia permaneciera fluida y concisa.

A Graeme S. Houston le debo las gracias por sus magníficos diseños de portada tanto para el e-book como para la versión en rústica, y por su apoyo a lo largo del camino. Por encontrar un hogar para la versión impresa, le doy las gracias a mi agente Aidana.

Finalmente, y como siempre, le doy las gracias a mi amada esposa Juliet, por su paciencia y su apoyo durante las largas horas en que se sentó sola, escuchando el sonido de mis dedos sobre el teclado. Sus críticas honestas ayudaron a mantener mi escritura por el buen camino.

PARTE UNO

UN NUEVO GÉNESIS

Prólogo

Primavera de 1974, Ostende, Bélgica

La mujer lanzó un alarido primitivo que representó la naturaleza inamovible del cuerpo humano a través de los años. Aunque prometió que no lo haría sin importar cuán grande fuera el dolor, finalmente cedió ante la necesidad más natural asociada con el nacimiento de un niño. Al momento en que la cabeza finalmente forzaba su salida del canal de parto y se abría camino lentamente a este mundo, su cuerpo ya no pudo más.

Había escuchado ese grito tantas veces en el pasado, de otras en la misma situación, y pensaba que esas mujeres eran débiles e incapaces de controlarse; ahora sabía por qué.

El hombre de la bata blanca, cuya mano había sujetado fuertemente, le habló suavemente; tranquilizándola, convenciéndola.

—No falta mucho. Pronto terminará, y todo estará bien.

Ella sudaba; sus piernas le dolían por estar tan separadas por tanto tiempo sobre los estribos. Él había insistido en que los usara, sólo en caso de que tuviera que intervenir si surgían complicaciones. En su espalda sentía un dolor tan intenso que parecía que jamás estaría libre de dolor de nuevo. Una y otra vez se preguntaba si valía la pena el dolor y la humillante exhibición por la que estaba pasando, y una y otra vez la respuesta siempre fue: ¡Claro que lo vale!

Como el hombre lo prometió, pronto terminó. Gradualmente el dolor disminuyó, y la mujer, libre por fin del peso que había cargado en su vientre por tantos meses, y con el dolor de parto desvaneciéndose en su memoria, se quedó dormida. El hombre se sentó, observándola satisfecho, sabiendo que juntos habían logrado algo especial; tal vez igual que todo hombre que es testigo del nacimiento de un niño, creyó que esto era más que especial, y lo sabía. No sabía lo que el futuro le deparaba a ninguno de ellos, pero por ahora, disfrutaba al máximo su éxito mientras observaba el leve movimiento

bajo la delgada bata, mientras la mujer respiraba rítmicamente en un profundo y bien merecido descanso.

La oscuridad cayó sobre la remota cabaña, las olas del mar rompían en la playa. El hombre revisó una vez más que estuvieran durmiendo plácidamente y, como resultado de la combinación de alivio y euforia que vivió, finalmente sucumbió ante el cansancio de sus extremidades. Sus ojos se cerraron lentamente, y se sumergió en un pacífico sueño. Había mucho trabajo que hacer. Tomaría tiempo, paciencia, muchos intentos y errores; pero eso podía esperar hasta mañana.

Capítulo Uno

Turín, abril de 1976

Las noticias alrededor del mundo no eran muy buenas. El 2 de abril de ese año, el príncipe Sihanouk de Camboya dejó su puesto como monarca de su país a pesar de la creciente ola de comunismo que se había apoderado de su tierra, para ser reemplazado por Pol Pot, quien se convirtió en Primer Ministro y dictador de esa nación tan asediada. En ese momento, pocos pudieron prever el holocausto que pronto se propagaría en Camboya, matando a millones y trayendo consigo el miedo y la degradación. La pobreza arrasó con casi todos los que vivían bajo la temida zona de influencia de Pol Pot.

Mientras que los acontecimientos en el sureste de Asia llenaban los titulares de los periódicos del mundo, otra noticia de menor proporción pero de intensa importancia personal fue tema principal en casa de Antonio y Lucía Cannavaro, donde noticias muy importantes habían llegado.

—¡La carta, Antonio! ¡Recibimos la carta de la clínica! ¡Nos aceptaron!

—*Cara, cara.* Estoy tan feliz por ti, por nosotros, mi bella esposa. Tal vez ahora podamos tener la familia que tanto hemos deseado.

—Sí, esposo mío, y nos pagarán muy bien si les permito usar sus nuevos métodos en mí.

—Mientras sea seguro, entonces estoy feliz querida. ¿Puedo ver la carta, por favor?

Lucía le pasó la carta a su esposo, quien comenzó a leerla.

Clínica Sobel

Bruselas

28 de marzo de 1976

+32 (0)2 640 97 97

Estimada Sra. Cannavaro:

Me complace informarle que dimos seguimiento a su solicitud en la clínica y a los resultados de los análisis subsecuentes, realizados por nuestro representante en Turín; y hemos decidido ofrecerle un lugar en nuestro programa de tratamiento experimental de infertilidad.

Como se le aclaró en la entrevista, se requiere que pase un periodo de dos meses con nosotros, durante el cual aplicaremos una técnica revolucionaria, desarrollada por nuestro equipo médico, para combatir su infertilidad y esperamos así asegurar que usted y su esposo tengan la bendición de tener un hijo propio en un futuro próximo.

Al finalizar su tiempo aquí, se le pagará la suma acordada de \$2,000 dólares para compensar el tiempo que pasará lejos de su esposo.

Durante todo momento de su estadía nos apegaremos a prácticas médicas seguras y en ningún momento estará usted en riesgo. Como también le señalamos en su entrevista, las prácticas que empleamos son revolucionarias en el campo de la medicina, y es necesario que no revele su participación en estas pruebas a nadie fuera de su círculo familiar inmediato; preferentemente sólo con su esposo.

Si usted no respeta estas condiciones, se cancelará la oferta para participar en el programa y su lugar se le cederá a otra persona.

Sea tan amable de llamar al número de arriba cuando le sea posible para confirmar su aceptación de esta propuesta y después envíe su carta de aceptación firmada.

Felicidades nuevamente, y esperamos su visita a la clínica para conocerla el 1 de mayo.

Atentamente:

Charles DeVries

Dr. Charles DeVries

Administrador

Lucía y Antonio bailaron alrededor de su pequeño departamento. Estaban lejos de ser adinerados ya que Antonio apenas ganaba lo suficiente para sobrevivir en su trabajo como mecánico en un taller de su misma calle. Él y Lucía habían intentado tener un bebé desde que se casaron hacía ya tres años. Las pruebas mostraban que era muy improbable que ella concibiera de manera natural ya que tenía una pequeña obstrucción en sus trompas de Falopio. Después descubrieron que Antonio tenía un conteo de espermatozoides bajo, así que sus oportunidades de concebir de manera natural eran mínimas.

Para Lucía, aquel pequeño anuncio en el periódico pareció un mensaje del cielo. La clínica acababa de abrir sus puertas al público recientemente, y buscaba mujeres con diagnósticos de infertilidad para formar parte de las pruebas de sus nuevos tratamientos. Prometían altas oportunidades de éxito e incluso ofrecían pagarles por su tiempo a aquellas que aceptaran participar.

Lucía se sentía afortunada, pues la invitaron a la oficina de un doctor local designado por la clínica para confirmar que fuera apta para el proyecto, y que hubiera asistido en todo momento a las pruebas necesarias requeridas por la clínica. Él había enviado su reporte a la clínica y ahora ella había recibido la carta. Estaba feliz, era lo más feliz que se había sentido en mucho tiempo. Antonio compartía con su esposa esa felicidad; bailaban alrededor de su pequeño departamento de un solo cuarto y en su sala estrecha, donde ambos esperaban escuchar pronto el sonido de la voz de un bebé junto a las suyas.

—Tendremos que comprarte ropa nueva para el viaje, y para tu estancia en Bélgica —dijo Antonio.

—No podemos pagar esas extravagancias, Antonio —respondió su esposa—. Debemos ahorrar dinero para cuando llegue el bebé.

—Si es que funciona —le advirtió Antonio intentando ser realista acerca de sus posibilidades.

—Funcionará mi amor, lo sé —contestó ella.

Durante la siguiente semana, otras parejas de Europa y Estados Unidos recibieron cartas de aceptación similares. La felicidad de la joven pareja italiana se veía reflejada en la alegría y la emoción que experimentaban todas las afortunadas que habían sido seleccionadas.

En ese momento, el Doctor Charles DeVries, administrador de la nueva y pionera clínica de infertilidad ubicada en el corazón de una de las ciudades más antiguas de Europa, podía pedir lo que fuera de esas jóvenes parejas y ellos se lo concederían mientras estuviera en sus posibilidades; ya que su gratitud era inmensa por tener la oportunidad de convertirse en padres.

Poco sabían ellos que DeVries casi no estaría involucrado en el tratamiento que recibirían en la clínica, ya que después de todo, él sólo era el administrador del lugar; aunque sí disfrutaba ser la cara de la clínica. Había trabajado muy duro para cultivar su imagen de padre bondadoso y cariñoso para el establecimiento. Cada visitante del lugar hablaba de su habilidad de tranquilizar rápidamente hasta a los pacientes más nerviosos.

En cuestión de semanas, mujeres de todo el mundo comenzaron su viaje por avión, por mar o por tren, hacia tan revolucionaria clínica, donde a todas

les esperaba la oportunidad de hacer sus sueños realidad de convertirse en madres.

Capítulo Dos

La mujer contempló alegremente a sus dos pequeños mientras jugaban en el suelo frente a ella. Los dos eran perfectos, talvez demasiado, llegó a pensar. Era muy difícil distinguirlos entre sí. Pensó que nunca antes había visto gemelos así.

Los había llevado en su vientre, los había dado a luz y ahora era responsable de cada minuto de sus vidas. Ellos la amaban, dependían de ella e interactuaban con ella de una forma que jamás creyó posible. Habían comenzado a hablar hacía unos meses, ambos tenían la habilidad de dar unos cuantos pasos sin ayuda; ella estaba orgullosa de su progreso. Ellos tenían mentes ágiles y activas, tal como ella imaginó. Después de todo eran tan parecidos al hombre que se encontraba sentado en el cuarto de al lado; el hombre que había estado a su lado durante todo el proceso. Aquel que había sostenido su mano mientras daba a luz a los gemelos, y cuya sangre y genética recorrían ahora sus venas. Su mente había sido parte del prototipo con el que habían sido diseñados.

La puerta del cuarto de juegos se abrió; el hombre de la bata blanca entró, cruzó la habitación y se sentó en el sofá junto a ella.

—Se ven bien —dijo él con una sonrisa en el rostro.

—Claro que sí. Siempre, ¿verdad niños? —contestó ella dirigiendo la pregunta retórica hacia los dos niños que jugaban y que parecían no hacer intento por contestarla.

—¿Todo va de acuerdo a tu programa de diseño de niños? —preguntó el hombre.

—Lo haces sonar tan clínico —respondió ella.

—Eso eres, ¿no? Una médica clínica; y una de las mejores en tu campo, debo añadir.

—Sí, claro. Es sólo que ellos no tienen idea de cuán importantes son para mí, o para ti.

—Un día lo sabrán, y estarán orgullosos de su herencia, su crianza, su linaje.

La mujer pareció perderse en su pensamiento por un minuto y después se levantó del sofá y con una seña le indicó al hombre que la siguiera. Mientras se retiraban hacia la parte más lejana de la habitación, los gemelos se levantaron en perfecta sincronía.

Con firmeza en sus piernas comenzaron a caminar hacia la pareja lentamente, pero con una seguridad rara para su edad. Mientras se acercaban a la sonriente pareja, los niños levantaron sus manos. Primero, el hombre respondió amablemente al gesto, después la mujer. Los dos niños tomaron las manos de los adultos, quienes los guiaron hacia otra habitación. El cuarto era especial para niños, tenía una decoración alegre; en él, pronto dormirían los pequeños bajo las tibias cobijas de sus camas construidas especialmente para ellos. Ambas camas eran a medida y tenían una gran cantidad de equipo de monitoreo. Era hora de su siesta vespertina.

Después de asegurarse de que los niños dormían seguros, y de que las cámaras que grababan cada movimiento estuvieran encendidas y funcionando correctamente, el hombre y la mujer dejaron la habitación, volvieron sobre sus pasos a través de la alfombra azul pastel del cuarto de juegos y se dirigieron hacia la oficina que quedaba al otro lado de la pared.

El hombre permaneció un largo rato mirando hacia afuera por la ventana de la oficina, mientras la mujer tomaba nota en su escritorio. Él observó una familia de mirlos^[1] alimentarse sobre el césped, la mamá, el papá y dos polluelos buscando gusanos. Después una ardilla bajó corriendo del árbol alto que estaba en medio del jardín, ansiosa por encontrar una nueva fuente de alimento para después regresar a su escondite secreto.

El hombre era afortunado de disfrutar tal escena, ya que la ventana estaba ubicada perfectamente para poder observar las pequeñas maravillas de la naturaleza que regularmente ocurrían en el gran jardín de afuera. Un gran contraste de su vista panorámica, era aquella habitación decorada, ubicada en el centro de la casa en donde se encontraban los gemelos, y el cuarto de juegos superequipado y bien iluminado donde no había ni una ventana en lo absoluto.

Capítulo Tres

Bruselas, 1 de mayo de 1976

—Bienvenidas, señoras. Les doy la bienvenida. Mi nombre es Doctor Charles DeVries, y es un placer para mí, de parte de todos los doctores y personal de la clínica, desearles una feliz estancia en nuestras instalaciones y un futuro aún más feliz después de dejarnos. Si pudieran por favor darle sus nombres a Angelique aquí en el escritorio, una a la vez por favor. Ella les asignará su habitación y les mostrará el camino.

Recuerden, nombres solamente señoras, por favor. Nos gusta mantener la privacidad de nuestros clientes aquí en la clínica, incluso entre ustedes, por eso una de las condiciones durante su estancia es que sólo utilicen su primer nombre al conversar entre ustedes. Nada de apellidos aquí señoras. ¡Nunca!

Ese «nunca» sonó con tanta fuerza y convicción que algunas mujeres, reunidas en el recibidor de aquella clínica, sintieron como si acabaran de entrar a una especie de campamento militar y como si les hablara el sargento mayor de un pelotón de novatos, en lugar de estar en una clínica de fertilidad en las afueras de la bella ciudad de Bruselas frente al extremadamente apuesto Dr. Charles DeVries.

Cada una de las seis mujeres presentes en aquella área de recepción tan espaciosa y bien iluminada de la clínica, había llegado según las instrucciones previas del Dr. DeVries. Algunas habían llegado a Bélgica dos o tres días antes, pero se alojaron en hoteles hasta que llegara el momento de reportarse en la clínica. Lo que si era seguro fue que cada una de ellas quedó impresionada cuando sus respectivos taxis las llevaron desde una estación local pequeña en las afueras de la ciudad hasta su destino.

Observaron las amplias áreas cubiertas por césped y las instalaciones mientras el auto se acercaba al camino cubierto de grava; su crujido se escuchaba con el pasar de los neumáticos del taxi.

Los jardines eran hermosos y exuberantes, con una deslumbrante variedad de flores de cada tono que se pueda imaginar colocadas en las orillas; era un

deleite contemplarlas.

Todo lo que se observaba al acercarse a la clínica transmitía paz, serenidad y armonía; mostraba un lugar para relajarse, tomarse las cosas con calma, y disfrutar. Ya había otras mujeres en la clínica. Las nuevas las vieron tomando paseos en esas áreas disfrutando de los rayos del sol; parecía como si nada en el mundo les importara. El lugar realmente parecía destinado a ser un paraíso de tranquilidad; un lugar donde podían olvidarse de la presión del hogar, y concentrarse en la única cosa que importaba en ese momento de sus vidas. Sería correcto decir que cada una de esas seis mujeres sintió como si acabara de llegar a una encrucijada en su vida, y que la nueva dirección que estaba a punto de tomar la llevaría a un futuro más optimista para ella y para el bebé que esperaba tener pronto.

Lucía Cannavaro fue la primera en llegar a la recepción. Su temperamento italiano la hizo querer ser la «número uno» a la hora de registrarse y de que le asignaran su habitación. No era por ser grosera, ¡era por ser italiana!

—Mi nombre es Lucía —le dijo claramente a Angelique, la recepcionista, apegándose a la regla de sólo dar su nombre.

—Oh si, Lucía, usted está en el Ala Blenheim, habitación cuatro —dijo Angelique, después de revisar la lista en el escritorio frente a ella.

Angelique tenía unos veinticuatro años, cabello rubio a la altura de los hombros, y era una recepcionista medica altamente profesional. También estaba registrada como enfermera, como prueba se podían observar las insignias en su blanco e inmaculado uniforme y su tarjeta de identificación en el pecho sobre el bolsillo izquierdo, en el cual se encontraban varias plumas y una pequeña linterna alineadas como soldados en una fila.

—Por favor tome asiento Lucía, y cuando asigne una habitación a cada una, haré que las escolten a sus cuartos.

Lucía hizo lo que se le pidió y se sentó en uno de los cómodos sillones estratégicamente colocados en el área de recepción mientras Angelique eficientemente continuaba su trabajo con las demás. Mientras esperaba, escuchó a las demás identificarse con la recepcionista:

—Katerina —dijo la primera, con un acento que Lucía no pudo reconocer, seguido de:

—Mi nombre es Theresa —esta vez con un acento irlandés inconfundible.

Angelique no perdió el tiempo, y las asignó a las habitaciones uno y tres, en la misma ala que Lucía. Parecía que todas estarían hospedadas en el Ala Blenheim de la clínica, la cual era reservada para aquellas mujeres que se someterían a nuevos procedimientos y tratamientos experimentales.

Pronto, Katerina y Theresa se unieron a Lucía en los sillones de espera mientras se registraban con Angelique, una americana llamada Tilly, después una inglesa de nombre Elizabeth y una chica de apariencia esclava que respondía al nombre de Christa. Cada una fue asignada a una habitación. Parecía que cada una tendría una habitación privada durante su estancia en la clínica. El Dr. DeVries explicó rápidamente que esto era necesario ya que ciertos procedimientos requerían privacidad y pensaron que las clientas en la clínica se sentirían más como en casa si los procedimientos se llevaran a cabo en las áreas más hogareñas de las instalaciones, en lugar de los laboratorios o habitaciones utilizados para tratamientos de fertilidad de rutina que se ofrecían en la clínica. El doctor comentó que todas y cada una de las habitaciones estaba equipada con la maquinaria y equipo médico necesario para llevar a cabo cada aspecto de sus tratamientos, y que si no fuera por la necesidad de tomar aire fresco y de ejercitarse, podrían pasar todo el tiempo en la clínica dentro de sus habitaciones sin ver jamás la luz del día; aunque creía que eso sería más como una sentencia en prisión, y nada que ver con la razón por la que habían venido.

Algunas de las mujeres soltaron una risa nerviosa al escuchar sus palabras.

Algunas, incluyendo Lucía, sintieron un ligero escalofrío de inquietud mientras el doctor hablaba, ya que no sonaba tan convincente como había sido antes. Tan pronto como Angelique terminó con Christa, presionó un botón en su escritorio y un minuto después, como por arte de magia se abrió una puerta a sus espaldas y un hombre de bata blanca y pantalón de vestir, apareció. La puerta automática se abrió con tal silencio que su entrada las tomó por sorpresa, y provocó uno o dos suspiros de asombro de las mujeres que se encontraban esperando.

—Automatización, la tecnología del futuro, señoras —dijo el DeVries al percibir su incredulidad—. Actualmente utilizamos estas puertas todos los días cuando entramos a tiendas u oficinas, pero allá en 1976 eran una novedad, y normalmente las personas las relacionaban con escenas de *Star Trek* donde el capitán o algún miembro de la tripulación se acercaban a una pared sólida que de pronto se abría haciendo un leve sonido para permitir el acceso al puente de mando o a otra plataforma de la nave estelar *Enterprise*.

El pequeño grupo de mujeres vio la revelación de las puertas automáticas como si en verdad estuvieran entrando a un mundo de ciencia ficción.

El joven, que se presentó como Marc, no era ningún capitán Kirk pero si era el médico encargado de escoltar a las mujeres a sus habitaciones en el Ala

Blenheim. El Dr. DeVries habló una vez más:

—Ahora damas, tendrán dos horas para instalarse en su nueva habitación. Confío en que la encontrarán de su agrado y esperamos que estén cómodas aquí. Por favor tómense un tiempo para refrescarse, tomar un baño, desempacar y talvez llamar a sus esposos para informarles que llegaron a salvo. Al término de las dos horas visitaré a cada una de ustedes para hablar sobre la dirección que van a tomar sus tratamientos individuales. Cada caso es único; sus problemas para concebir son individuales y requieren consultas individuales en todo momento durante su estancia en la clínica. El día de hoy es sólo para integración y mañana conocerán al equipo clínico que llevará a cabo los procedimientos que esperamos sean exitosos y les permitan cumplir sus deseos.

Lucía lo consideraba uno de los hombres más considerados que jamás había conocido. Su voz era calmada y tranquilizadora, y ella se sentía confiada de que había tomado la decisión correcta al responder al anuncio.

Marc pidió a las mujeres que los siguieran, y guio a ese grupo tan diverso a sus nuevos hogares lejos de los propios, en el Ala Blenheim o, como la llamaba el personal de la clínica, «Unidad Especial de Procedimientos».

Capítulo Cuatro

En aquella habitación sin ventanas, los dos niños despertaron y se quedaron recostados felizmente, observando en silencio los móviles de colores brillantes que colgaban del techo sobre ellos. Debido a la ausencia de alguna brisa o corriente natural en la habitación, los adornos colgados tenían un movimiento casi imperceptible, provocado por las pequeñas corrientes de aire, producidas por la respiración de los niños y el sistema de aire acondicionado supersilencioso. Había figuras de elefantes, gacelas, leones, venados, y un avestruz, que cautivaban y atraían la atención de los niños. A diferencia de otros que talvez llorarían o harían algún sonido al despertar sin algún adulto en la habitación, estos dos niños eran silenciosos y no hacían más que mirar fijamente, como autómatas, las criaturas de colores brillantes suspendidas sobre ellos.

La mujer entró a la habitación, los miró con un aire claramente profesional, y permaneció de pie tomando notas en la tabla sujetapapeles que cargaba en su mano izquierda. Después de terminar sus notas, cruzó la habitación, colocó la tabla sobre la cajonera junto a la pared y observó su reflejo en el espejo que estaba justo sobre esta.

Lo que observó la complació; era guapa, incluso algunos podrían decir que era hermosa. Medía cerca de 1.60 m, su figura casi había regresado a su forma normal después de haber dado a luz a los gemelos. Hoy se había tomado un tiempo para ponerse maquillaje ya que tendría una reunión de negocios más tarde y estaba feliz por cómo se miraba. Eso, más la falda roja que había elegido y los tacones, no muy altos pero lo suficiente para darle a sus piernas la forma y el contorno deseados, la hacían sentirse muy femenina pero también confiada. Era seguro que los hombres de negocios no la rechazarían.

De vuelta con los chicos, los levantó de un por uno y los puso de pie en el suelo, uno a cada lado de ella. Los tomó de la mano y los guio al cuarto de juegos donde el hombre de la bata blanca esperaba sentado.

—Son todos tuyos por un par de horas —dijo ella—. Volveré lo más rápido que pueda.

—Buena suerte —dijo el hombre mientras ella salía por la puerta hacia la oficina donde había ventanas, luz, y una puerta que conectaba con el mundo exterior.

—¡Bah! —respondió ella—. La suerte no tiene nada que ver; cuando él vea lo que tengo tendrá que decir que sí.

Después de eso se fue y el hombre volteó hacia los dos pequeños que permanecían de pie frente a él muy obedientes, como dos pequeñas estatuas. Les ordenó que se sentaran en el suelo y, a pesar de su corta edad, respondieron inmediatamente a la orden. Después prosiguió a leerles un libro que había estado a su lado en el sofá. No era ningún libro para niños; era «Decadencia y caída del Imperio romano» de Gibbon.

Capítulo Cinco

Clínica Sobel, más tarde ese mismo día.

Lucía Cannavaro se sentía fascinada por el tamaño y la lujosa naturaleza de la habitación donde se encontraba.

—¡Mamma mia! —dijo en aquella habitación vacía—. Esto es más grande que nuestro departamento. ¿Qué le parecería a Antonio?

La habitación sí era grande y representaba el gran gasto que hacía la clínica para que sus clientes estuvieran cómodas en las instalaciones. Las paredes estaban cubiertas por un papel tapiz de un tono rosa claro y blanco con un delicado diseño floral; la alfombra tenía un tono de rosa que combinaba y era tan gruesa que los pies se hundían al pisar. Había luces empotradas en las paredes pero aun así era necesario encender las luces del techo, las cuales estaban en un candelabro de metal sólido parecido a los que normalmente se encuentran en los hoteles más finos del mundo. Era obvio que la persona fundadora del edificio de la clínica no había escatimado en gastos; eso le daba a Lucía un sentido de confianza hacia la aventura en la que se había embarcado. El pequeño problema del Dr. DeVries con su fachada de sargento mayor, pronto quedó en el olvido.

El baño junto a la sala de la habitación con el cuarto de cama era igualmente impresionante. Tenía una regadera, algo con lo que Lucía sólo podía soñar allá en Italia. Era el doble de grande que el que tenía en casa, y también había un bidé, el cual sólo había visto en copias de revistas para dama muy caras cuando visitaba al estilista o al dentista. El cuarto entero tenía un acabado en un relajante tono azul, el cual resultaba muy frío a primera vista pero después brindaba una sensación de descanso y tranquilidad. Esa era la esencia de la clínica, pensó Lucía, tranquilidad. Todo estaba diseñado para ser armonioso y para hacer sentir al cliente o al paciente relajado. Lucía creyó que habían hecho un buen trabajo; un gran trabajo de hecho.

Se quitó los zapatos y se estiró sobre la cama doble. ¡De lujo! En casa jamás tendría el tiempo o la oportunidad de recostarse en la cama durante el día ya que había tanto que hacer, como lavar la ropa, limpiar, planchar, y asegurarse de que la comida de Antonio estuviera lista para cuando regresara a casa del trabajo. Ahora se encontraba en un mundo de impecable lujo y estaba determinada a disfrutar cada minuto.

Fue sólo cuando estaba relajada que Lucía comenzó a observar la habitación más a detalle. Pegado a la pared, bajo la ventana con hermosas cortinas en color *beige*, había una variedad de equipo médico; totalmente irreconocible para su nivel de conocimientos. Había máquinas que parecían aparatos alienígenas del espacio exterior; fría y clínicamente diseñadas en un tono completamente blanco que contrastaba por completo con los tonos pastel del resto de la decoración de la habitación. Debajo de una de ellas había un estante; los instrumentos en él le parecían a Lucía como herramientas de tortura y sólo podía especular para qué servían. Sin embargo, estaba segura de que algunas, si no es que todas, de esas herramientas de metal brillante o plástico serían utilizados en ella o dentro de ella de alguna forma, y así su ambiente de pacífica tranquilidad se vio reemplazada instantáneamente por un sentimiento de terror, de miedo a lo desconocido.

En un intento de animarse, trató de no mirar el área fría y clínica de la habitación para centrarse una vez más en los aspectos placenteros de su cuarto. Había una televisión en una esquina, más grande que cualquiera que hubiera visto. La encendió y la imagen era ¡a color!; Lucía estaba fascinada. Allá en Turín, ella y Antonio tenían una pequeña televisión en blanco y negro con una pantalla tan pequeña que tenían que sentarse cerca para ver la imagen claramente. Era casi como estar en el cine, aunque obviamente no podía entender ni una palabra de lo escuchaba; todos los de la pantalla hablaban neerlandés o flamenco, o lo que sea que se hablara en ese país, pero aun así podía disfrutar de la magnífica y clara imagen.

Junto a la televisión había un pequeño librero; Lucía cruzó la habitación para examinar los libros. Una vez más, la atención a los detalles de la clínica era evidente ya que todos estaban en italiano.

—¡Qué considerados! —pensó.

Si no podía entender lo que decían en la televisión, al menos podía leer en su propio idioma.

De pronto se dio cuenta cuán listas eran las personas del lugar. Todas las mujeres que había llegado ese día, incluida ella, tenían conocimientos de inglés, y la clínica había dejado claro en su propaganda que sólo las mujeres

que hablaran ese idioma serían aceptadas. Todo el personal había hablado inglés, así que ese sería el común denominador, el idioma a utilizar por todos aquellos que vinieran a la clínica.

Lucía se sentía agradecida con sus maestros, y con el hecho de que había puesto atención en la escuela. Había sido un idioma difícil de aprender y creyó que jamás lo comprendería, pero fue perseverante y ahora se encontraba en Bélgica totalmente sola, hablando inglés con un montón de personas que no conocía.

—¡Qué extraña es la vida! —pensó—. Heme aquí en un hermoso lugar como este, yo, una simple chica de las calles de Torino. ¿Por qué? Incluso estoy empezando a pensar en inglés —comenzó a reír fuerte con una risita aniñada que delataba su nerviosismo.

Sentada en uno de los dos sillones, miró la cama de nuevo y recordó que esa noche dormiría sola por primera vez desde su boda con Antonio. De pronto se sintió melancólica y lo extrañaba enormemente. ¿Cómo podría soportar todas esas largas semanas por venir?

Recordó sus fuertes y musculosos brazos, los vellos de su pecho, y la forma en que la abrazaba por las noches. Su respiración y la de ella se escuchaban como si sus cuerpos estuvieran interconectados. La forma en que dormían parecía un nudo de brazos y piernas; sólo así podían soñar juntos pacíficamente hasta la mañana.

Realmente extrañaba a Antonio y eso, además del anhelo de verlo, sólo se haría más fuerte con el tiempo; de eso estaba segura.

Justo cuando sintió un nudo en la garganta y estaba a punto de llorar por estar lejos de su amado esposo, se escuchó la puerta. Suspiró profundamente, se repuso lo mejor que pudo, y cruzó la habitación rápidamente. Sujetó la perilla, la giró y jaló la puerta.

No se había dado cuenta de cuán rápido había pasado el tiempo desde que entró a la habitación. Parado junto a la puerta de su cuarto estaba el Dr. DeVries, con una tabla sujetapapeles en una mano y un gran expediente, con el nombre de Lucía impreso en la parte de enfrente, bajo el otro brazo; era hora de comenzar.

Capítulo Seis

Una hora después, Lucía sintió como si su cerebro estuviera flotando. Le había sido casi imposible asimilar toda la información que el Dr. DeVries había intentado darle.

Ya era malo que estuvieran conversando en inglés, la cual no era la lengua materna de ninguno, aunque era obvio que él hablaba con fluidez, el uso de tantos términos médicos y técnicos le sonaban como palabrería sin sentido.

Cuando DeVries dejó la habitación, Lucía se sentó a la orilla de la cama y trató de darle sentido a todas las cosas que el doctor le dijo. Al menos, pensó para sí misma, parecía estar en buenas manos. El doctor le había hablado sobre la razón de su infertilidad, y le había explicado que debido a sus circunstancias especiales, (aunque aún no estaba segura de cuáles eran esas circunstancias), ella era la paciente ideal para el nuevo tratamiento que habían desarrollado en la clínica. Todo lo que sabía hasta ahora era que al día siguiente tendría su primera consulta con la Dra. Dumas, quien era la Directora Médica de la clínica, y la persona encargada de supervisar el tratamiento especial que Lucía recibiría. DeVries le había asegurado que todos los procedimientos a los que se sometería durante su estancia eran absolutamente indoloros, y dirigidos solamente a ayudarla a quedar embarazada. Las muestras de espermatozoides que su esposo había dado semanas atrás las habían mantenido en un área criogénica de la clínica donde fueron analizadas detalladamente de acuerdo a las instrucciones de la Dra. Dumas y estarían listas para usarse cuando llegaran los resultados en 24 horas.

El Dr. DeVries era entusiasta y optimista en que Lucía y su esposo pronto serían los orgullosos padres que tanto habían anhelado ser, y ella estaba preparada para someterse a lo que fuera necesario para lograr su sueño de ser madre.

Conforme escuchaba los pasos del doctor alejándose por el pasillo para ver al siguiente cliente en su lista, Lucía se relajó y recargó su cabeza lentamente sobre la almohada. Le habían dicho que después de la cena podía pasar el resto de la tarde como ella quisiera. Podía dar un paseo y explorar los

jardines, caminar junto al lago tras la clínica, o disfrutar de las áreas recreativas para el uso de los pacientes. Había muchas distracciones disponibles para los visitantes de la Clínica Sobel, incluso una biblioteca llena de una cantidad de libros en diferentes idiomas, y el Dr. DeVries la había alentado a usarlos. Una vez más él le había recordado no divulgar su apellido a ninguna de las otras pacientes durante sus actividades recreativas, por el bien de la privacidad de ella y de las otras.

Claro que podía quedarse a descansar y relajarse en la privacidad de su habitación, y por ser la primera noche lejos de casa y de Antonio, decidió hacer eso. Se aseguró de que la puerta tuviera seguro, no por miedo a ser interrumpida sino por mero hábito, se desvistió lentamente, dobló y colgó su ropa con cuidado en el gran ropero, y se dirigió al baño donde pasó media hora en la regadera. Mientras el agua tibia caía sobre su cuerpo, Lucía admiraba su figura; su vientre plano y sus largas y flexibles piernas.

Trataba de imaginarse con una gran barriga que le anunciara al mundo la llegada de su primogénito; soñó despierta por un rato.

Salió del baño sintiéndose revitalizada y decidida a descansar hasta que fuera la hora de vestirse para cenar. Mientras tanto, encendió la enorme televisión a color y se puso su bata, se recostó sobre las almohadas y miró una película cómica incomprensible pero entretenida, protagonizada por actores completamente desconocidos para ella. Después llamaría a Antonio a casa de su madre como habían quedado ya que ellos no tenían teléfono.

En las otras habitaciones del Ala Blenheim, el Dr. DeVries había realizado el mismo procedimiento con todas las demás, quienes probablemente se sintieron igual que ella, un poco inseguras de los detalles pero reconfortadas por sus palabras y su carisma.

El pequeño grupo de recién llegadas tomó un baño o llamó a casa. Algunas leyeron un libro o pasearon junto al lago o por los alrededores; para la mayoría era como estar de vacaciones. Para un par de ellas, estar en la clínica era una forma de revindicar su derecho a tener hijos, y su visita al lugar y el tratamiento eran un tipo de Santo Grial para ellas. Aquellas seis mujeres, que ahora se encontraban relajándose mientras esperaban su primera comida en la Clínica Sobel, eran muy diferentes en muchas formas, pero aun así de alguna manera también eran iguales. Cada una sentía un dolor en el corazón por no poder tener hijos propios, para amarlos, alimentarlos y criarlos como un recordatorio del amor que cada una compartía con sus respectivos esposos.

Justo a las 7:30 p.m. esa noche, Lucía Cannavaro salió por la puerta de su habitación hacia aquel corredor de mosaicos en color *beige* del Ala Blenheim. Las paredes tenían un tono *beige* más claro y en ellas había cuadros de antiguas obras maestras de Turner, Vermeer, Da Vinci y Van Gogh; la luz fluorescente del techo le daba un efecto de paz. Parecían muy buenos en ello allí en la Clínica Sobel, pensó Lucía.

En el corredor se le unió la mujer suiza, Katerina, quien salió de su habitación el mismo tiempo que Lucía. Juntas siguieron los letreros que les mostraban el camino al comedor donde, junto a las otras, tendrían su primera oportunidad para conversar desde su llegada. Ellas fueron las primeras en llegar, pero rápidamente llegaron las demás.

Lucía creyó que tendría una conversación tranquila y amena con sus compañeras pero esa idea pronto quedó en el olvido cuando el Dr. DeVries y Angélique entraron por la puerta y les brindaron un cálido saludo. Era claro que no estarían solas durante la cena; era como si el doctor, o talvez alguien más, no confiara en que ellas pudieran mantener en secreto su nombre o lugar de origen, tal como les habían pedido. ¿Qué mejor manera de asegurarse que teniendo un poco de supervisión? Al menos eso creyó Lucía. Más adelante tendrían bastante tiempo para platicar. Cuando el momento de hablar llegó, extrañamente, nadie violó el código de ética de la clínica en cuanto a revelar sus nombres completos.

La comida fue muy lujosa según los estándares tan humildes de Lucía. Como entrada hubo aguacates rellenos con langostinos del Atlántico Norte, seguidos de un filete de res servido al gusto de cada una, después siguieron una selección de los postres y dulces más finos. Lucía sintió como si estuviera cenando en el Ritz, el Dorchester, o en uno de esos grandes hoteles del mundo de los que sólo había leído, o había visto en películas. Con la comida podían elegir como bebida agua con o sin gas; el alcohol estaba prohibido durante su estancia. Eso sí, después de la cena hubo café; tenía un sabor a café fresco recién molido que jamás había probado, servido con pequeños chocolates de menta.

—¡Qué buen toque! —pensó.

Durante la cena, se dio la oportunidad de observar más de cerca a sus compañeras.

Allí estaba el Dr. DeVries claro, y ahora sin su bata blanca tan profesional, vestía una camisa blanca casual y un pantalón de vestir en color gris; eso lo hacía verse como el protagonista masculino de una telenovela. Era muy guapo, pensó Lucía, y probablemente era más joven de lo que pensó

cuando lo conoció por primera vez. Ella sentía un gran respeto por las personas con puestos autoritarios, lo que hacía que mentalmente les agregara diez años más. Para ella, las grandes responsabilidades iban de la mano con la edad, como el cura de su ciudad, o su doctor, que se miraba de setenta años pero probablemente era más joven.

En cuanto a las otras mujeres en la mesa, sin contar a Angelique, Lucía notaba algo que antes había pasado por alto. Aunque sus estaturas y estilo de cabello eran diferentes, al igual que sus facciones, todas tenían un cierto parecido. Cabello oscuro, ojos cafés, complexión y altura similares, y casi todas parecían de la misma edad.

Lucía pensó que talvez eso tenía algo que ver con los tratamientos y que probablemente sólo las mujeres con ciertas características físicas eran aptas para participar. Su teoría sonaba tonta, claro, pero en verdad no estaba muy lejos de la realidad. Claro que ella no lo sabía, ni las otras; y jamás lo harían.

La presencia de DeVries y Angelique reprimió un poco la conversación. La cena transcurrió casi en total silencio, excepto por el doctor que habló la mayor parte del tiempo. Extrañamente, aunque él habló mucho, Lucía sintió que realmente no dijo nada.

Su conversación fue tediosa, sólo compartió un poco sobre la razón por la que habían ubicado la clínica en ese lugar. Mencionó que, además de la Dra. Dumas, también conocerían al Dr. Renaud, quien era el asistente principal de la Directora Médica, y que sería él quien estaría haciendo la mayoría del trabajo involucrado en la última parte del proceso de inseminación cuando el momento llegara; siempre bajo la supervisión de la Dra. Dumas. En cuanto a Angelique, sólo se incorporó a la cena como una representante femenina de la clínica, y nada más.

Antes de que finalmente recostara su cabeza esa noche, Lucía contempló la foto de Antonio que había colocado junto a su cama; realmente extrañaba a su esposo. Estiro su brazo, tomó la foto entre sus manos, y besó el bello rostro que le sonreía desde aquel marco de metal. Después, colocó a Antonio de vuelta en el mueble junto a su cama, se recostó, cerró los ojos, y se quedó dormida en pocos minutos.

Capítulo Siete

La mujer observó cuidadosamente a los dos niños mientras jugaban. Los rompecabezas que les había dado ya estaban casi terminados; eso la hizo sonreír un poco. ¡Tenían sólo dos años, y ya eran tan listos! Se le miraba orgullosa porque habían logrado completar el ejercicio. No los creía listos para tan intelectual reto, pero la sorprendieron y encantaron con su muestra de habilidad manual y racional.

Observó la habitación, asimilando el aura de paz y los alrededores tan estéticos que habían creado para los niños. La falta de ventanas no los afectaba, claro que se debía a que nunca habían visto una, y por lo tanto no tenían idea de lo que era o para qué servía.

Habían visto imágenes del mundo exterior (era necesario para su educación primaria) y pronto llegaría el momento de llevarlos afuera por primera vez, pero aún no. Cuando fuera el momento los llevarían juntos, talvez a un paseo en el bosque donde pudieran observar la primera interacción de los chicos con la naturaleza y los alrededores. Claro que antes había mucho trabajo que hacer. Si querían que sus técnicas educativas planeadas funcionaran, los niños debían continuar desarrollándose y aprendiendo tal como ya lo hacían. Las ventanas y las obvias distracciones que ellos causarían, no eran parte del plan.

El juego terminó, los dos niños miraron a la mujer y sonrieron. Ella siempre se sentía asombrada por su amplia sonrisa; no era la típica sonrisa que esperarías de un niño de dos años, era más parecida a la sonrisa de un hombre educado, uno que sabía que había logrado algo extraordinario. Ella les sonrió también, después volteó hacia el espejo que se encontraba al final del pasillo. Él se encontraba allí claro, en la oficina al otro lado de la pared, siempre observando.

—Ahora sean buenos niños, ¿está bien? —dijo mientras les sonreía a los dos niños que jugaban felizmente en el suelo—. Mamá y Papá tienen trabajo que hacer. Sean buenos, recuéstense en las colchonetas, duerman un poco, sean buenos.

Decirles «sean buenos» parecía funcionar como magia; ya que rápidamente fueron al montón de colchonetas que había en la esquina, y muy obedientemente se recostaron, cerraron sus ojos, y en segundos ambos dormían plácidamente.

—Van muy bien —dijo el hombre en la oficina mientras ella entraba y cerraba la puerta poniéndole el seguro.

—Como dos perros falderos perfectamente entrenados —respondió ella.

—Creo que podrías usar una analogía mejor que esa.

—¿Por qué? ¿No viste cómo respondieron a la orden de irse a dormir? ¿Cuántos niños de dos años harían lo que se les pide así nada más?

El hombre suspiró y de nuevo miró por el espejo el reflejo de los dos hermosos pequeños recostados tranquila y plácidamente sobre las colchonetas en la esquina de aquella habitación alumbrada; una habitación sin ventanas.

—Muy bien —dijo suspirando—, van muy bien.

Capítulo Ocho

El día siguiente, en la Clínica Sobel...

Lucía despertó a las siete de la mañana sintiéndose revitalizada. Había dormido bien a pesar de la ausencia de Antonio junto a ella. El viaje a la clínica había causado estragos en ella y eso le provocó un cansancio abrumador que la hizo caer en un largo y profundo sueño. El sedante suave mezclado en su comida de la noche anterior, del cual ella no tenía conocimiento ni alguna de las otras mujeres, era parte de la política de la clínica para asegurar que todas sus clientas tuvieran una buena noche de sueño el día de su llegada. El sedante era de rutina, pero la Directora Médica consideraba que era mejor que las mujeres no supieran que se les estaba administrando.

Lucía tomó un baño, y luego, antes de seleccionar cuál de sus tres vestidos se pondría esa mañana, dejó caer su bata y estudió su reflejo en el espejo de cuerpo entero pegado en la puerta del guardarropa.

Era bonita, al menos ella lo creía modestamente, su cabello aún estaba mojado y aplastado en su cabeza, tenía una figura delgada y una vez más trató de visualizar su abdomen plano haciéndose más grande, sus caderas ensanchándose, sus senos llenándose con todas las señales de la maternidad. Se preguntaba si Antonio aún la encontraría atractiva con esa figura distorsionada por la vida que esperaba pronto tener en su vientre, y estaba segura de que así sería. Ese bebé no sólo era su sueño, sino que era algo que ambos deseaban más que nada en el mundo, y su esposo, que adoraba el suelo que ella pisaba, la amaría y cuidaría de ella como ningún otro hombre lo haría si ella estuviera esperando un hijo suyo. Mientras deslizaba sus manos por su cuerpo hasta llegar a sus caderas, sonrió de nuevo, después eligió el vestido blanco con diseño floral en el cuello y la vastilla. Pronto se vistió y se dirigió hacia el comedor para desayunar.

El desayuno fue una reunión casual, con todas las residentes del Ala Blenheim que también estuvieron presentes durante la cena de la noche

anterior. No estaba el Dr. DeVries o Angelique, y las mujeres se mostraban relajadas en un ambiente más informal sin el personal de la clínica presente. Había más conversación que en la cena, y pronto comenzaron a abrirse un poco más pero sin olvidar las reglas de confidencialidad.

La americana, Tilly, se presentó ante las demás con un ligero acento nasal típico de Nueva York.

—Mi nombre completo es Mathilda, pero nadie me llama así *jamás*; lo odio. Mis padres me llamaron así por mi abuela que nació el mismo día que yo, o más bien yo nací el mismo día que ella, o como se diga. Murió un año antes de que yo naciera así que supongo que fue su manera de conmemorarla. ¡Agh! Soy mesera en una cafetería, no es un gran trabajo lo sé, pero oigan, es algo seguro y la paga no es mala. Mi esposo Vincent, viene de un linaje Italiano, así que tenemos algo en común Lucía, ¿eh? Él trabaja en una planta procesadora de carne, y vaya que apesta cuando regresa a casa del trabajo, pero qué demonios, así lo amo.

Una a una, las mujeres se presentaron dando una pequeña biografía sobre ellas. La siguiente fue Elizabeth; la chica inglesa que era de la misma edad de Lucía y tenía una figura casi idéntica a la de ella, bien podrían ser hermanas pero no lo eran, claro. Ella, igual que Lucía, tampoco trabajaba. Su esposo Michael tenía un salario decente por su trabajo como despachador de equipaje para las autoridades del aeropuerto de Londres, y vivían modestamente en un pequeño departamento cerca del aeropuerto Gatwick.

La chica irlandesa, que se presentó como Theresa, era un enigma para las demás.

Era un tanto joven, parecía tener miedo hasta de su propia sombra. Había un cierto nerviosismo en ella que parecía fuera de lugar, incluso para esas circunstancias inusuales donde todas se encontraban en una clínica. Lucía pudo reconocer que era una chica irlandesa católica y sospechaba que tenía algo que esconder, aunque estaba segura de que la clínica había revisado detenidamente su historial antes de ofrecerle un lugar en el programa.

Theresa sí tenía miedo, pero no era a algo que haya encontrado en la clínica. Ella y su esposo Patrick, que era pescador, habían pasado muchas horas platicando con el Padre Donnelly, quien era el cura de su ciudad allá en Irlanda y que ya les había dejado claro que no aprobaba ningún método artificial para lograr un embarazo. Ellos le prometieron que jamás harían tal cosa y sin confesarle que habían respondido a la propaganda de la clínica, y ya que le pedían mantener en secreto el programa, le dijeron que ella iría a visitar a su tía en Liverpool como fachada por el tiempo que estaría en

Bélgica. La cantidad de mentiras era un gran peso para ella; había reflexionado bastante sobre las consecuencias de mentirle al Padre. Definitivamente, estaba aterrada de que a pesar de desear tanto un hijo propio, si el Padre Donnelly se enteraba de lo que había hecho le pediría a Dios que dejara caer su furia sobre ella y Patrick, y ambos sufrirían en el eterno fuego infernal.

Lucía no sabía nada de eso pero de ser así habría comprendido el dilema ético y teológico de la chica irlandesa. Ella y Antonio no sufrían de esos miedos, ni de esas preocupaciones, ya que a pesar de ser católicos y de vivir de la forma en que lo hacían en Italia, cerca del corazón de catolicismo, habían evitado cualquier desaprobación simplemente al no hablar con el cura sobre el tema de su infertilidad. Ya habían decidido que eso era asunto personal y que cualquier conflicto con la voluntad de Dios se resolvería en privado entre ellos y su creador.

Katerina era de Zúrich, y su esposo Wilhelm trabajaba como relojero. Era extremadamente bella, aunque un poco tímida y nerviosa, y no dio mucha información personal.

Finalmente, la chica de rasgos eslavos, que se había presentado como Christa el primer día mientras se registraban, les contó un poco sobre ella. No era eslava pero venía de un pueblo a las afueras de Varsovia, la capital de Polonia. Ella y su esposo Peter habían escapado tras la cortina de hierro del comunismo unos años antes y ahora vivían en un pequeño pueblo de Alemania, en el corazón de la campiña bávara.

Hablaba inglés, alemán y ruso de manera fluida además de su idioma natal, pero le era difícil encontrar trabajo en Alemania por ser una emigrada polaca, y era importante para ella y Peter mantener un perfil bajo. En su país él era un ingeniero aeronáutico, pero ahora trabajaba en una granja local, la mayoría del tiempo reparando tractores para la comunidad granjera local. Intentaron tener un hijo propio por mucho tiempo, explicó con lágrimas a punto de salir de sus ojos, y ahora consideraban esta como su última oportunidad de ser padres y de criar a un niño, libre del yugo de los comunistas, en el nuevo hogar que habían construido en el occidente libre.

Lucía sintió una enorme pena por Christa, aunque pensaba que había mucho más de su historia que no estaba contando; pocos escaparon tras la cortina de hierro que había caído sobre la libertad de tantas naciones que ahora eran esclavos de la Unión Soviética. Ninguna de las naciones del Pacto de Varsovia veía con buenos ojos a los desertores, y pocas personas tenían los contactos o los medios necesarios que les permitieran escapar al occidente.

Así que, aunque sentía afinidad con la mujer y le deseaba lo mejor, Lucía sintió que debía mantener reservada su vida un poco al tener cualquier conversación directa con la chica polaca.

Después de todo, ¿no se decía que había espías comunistas por doquier? ¿Qué tal si Christa era uno de ellos, enviada a husmear en la clínica sobre sus métodos? Tal vez era una idea ridícula, pero aun así tendría cuidado cerca de Christa.

Mientras dos empleados despejaban la mesa, la puerta del comedor se abrió y Charles DeVries entró muy alegre y sonriente.

—Buenos días, damas —dijo—. Espero que hayan dormido bien, y no se apuren, habrá mucho tiempo antes de que conozcan a la Directora Médica. Tal vez quieran dar un paseo por los alrededores, es una mañana hermosa, o pueden relajarse un momento en sus habitaciones. La Dra. Dumas llegará aquí a las diez y entonces querrá hablar con todas ustedes en la sala principal. Ella tendrá una consulta personal con ustedes más tarde claro, pero para iniciar quisiera darles un resumen general de lo que pueden esperar durante su estancia con nosotros.

Lucía no tenía ganas de caminar por los alrededores; en lugar de eso, regresó a su habitación donde se sentó sobre la cama pensando en todo lo que había escuchado esa mañana. Por lo demás, las otras mujeres eran parecidas a ella, ordinarias, mujeres casadas que simplemente estaban desesperadas por tener un hijo propio. Ninguna era adinerada, eso era seguro, así que probablemente la clínica tenía una política sobre ayudar a aquellas que no tenían posibilidad de pagar grandes sumas de dinero por tratamientos de fertilidad, tal como era posible en EE.UU. y otros países. Después de todo, ¿por qué debería alguien tener la posibilidad de prácticamente comprar un bebé o al menos un embarazo, sólo por tener el dinero para pagar un tratamiento?

En ese momento, después de contestar su propia pregunta, y de manera correcta, Lucía se sentía inmensamente agradecida con la Dra. Dumas, el Dr. DeVries, y todos los involucrados con la Clínica Sobel. En verdad eran buenas personas y eso lo apreciaba, ya que la hacía sentirse segura de ponerse en sus manos. Pensó sobre eso poco antes de ir a la sala principal para ver a la Dra. Dumas. ¡Estas personas realmente se preocupaban por mujeres como ella!

Capítulo Nueve

—La endometriosis —dijo la Doctora Margherita Dumas—, es una de las causas principales de la infertilidad femenina. En esta condición, como ya lo habrán experimentado señoras, los tejidos que normalmente crecen dentro del útero crecen fuera de él y se adhieren a los órganos de la cavidad abdominal, tal como los ovarios y las trompas de Falopio. Eventualmente, el sangrado provoca tejido cicatrizal el cual obstruye las trompas de Falopio o interfiere con la ovulación. Es una enfermedad progresiva y los tratamientos disponibles no necesariamente garantizan que puedan curarla o que la fecundación normal tenga lugar. En resumen, algunas de ustedes, aunque no todas, han sufrido de esta condición y es nuestro ferviente deseo, a través del uso de mis técnicas nuevas aunque poco convencionales, brindarles la oportunidad de tener un hijo propio a pesar de la presencia de esta enfermedad.

Con todos los ojos puestos en ella, y en una atmosfera donde prácticamente se podría escuchar el sonido de un alfiler al caer, Dumas continuó.

—Algunas de ustedes padecen lo que se denomina como SOP, o Síndrome de Ovario Poliquístico, una de las causas más comunes de infertilidad. El folleto que el Dr. DeVries les está entregando les explicará esto con más detalle, lo cual es un beneficio para aquellas que la sufren. Por supuesto que también hay otros desórdenes ovulatorios que pueden contribuir con su incapacidad de concebir de manera natural, y estos se le explicarán a cada una durante sus consultas personales, ya sea conmigo o con el Doctor Renaud, a quien conocerán pronto. Creo que eso concluye esta plática por el momento señoras, no me queda más que decirles que les deseo a todas una feliz estancia, relajada y exitosa aquí con nosotros. Mi personal hará todo lo que esté en sus manos para hacerlas sentir cómodas y como en casa aquí en la clínica. Yo, por mi parte, pondré todo mi empeño para asegurarme de que se vayan de aquí al menos con la oportunidad de hacer su sueño realidad.

En ese momento, hubo una ronda de aplausos espontanea pero respetuosa que se escuchó por toda la habitación. Las mujeres acababan de escuchar todo lo que necesitaban de la Doctora Dumas; dejando de lado la jerga técnica médica, una vez más les había ofrecido la oportunidad de lograr su mayor objetivo, convertirse en madres.

En ese momento, nada más les importaba. Allí era donde querían estar, donde todo podía pasar, y veían a Margherita Dumas casi como una santa. Esta mujer, joven y bastante hermosa, parecía saber exactamente lo que había en la mente de cada mujer que se sentó en aquellas sillas frente a ella. Sabía cómo llegar a ellas, cómo hablarles y, talvez lo más importante para las pacientes, parecía saber cómo ayudarlas.

Conforme el aplauso se desvaneció, Dumas sonrió calurosamente y extendió sus brazos como si acogiera a las mujeres de la habitación.

—Gracias —dijo agradecida—, pero eso no es necesario, se los aseguro. Estoy aquí para ayudarles y ustedes a mí. Sin su cooperación y su aceptación para ser el primer grupo en someterse a mis altamente especializados y revolucionarios procedimientos, el trabajo de la clínica y la oportunidad de ayudar a cientos, talvez miles de mujeres como ustedes, estarían perdidos. El resto del mundo médico ha intentado interponerse en el camino del progreso por años en lo que se refiere al tema de la infertilidad, pero estamos al borde de un gran descubrimiento, y ustedes son parte de él. Recuerden que firmaron contratos, y que lo que sea que pase aquí y cuales quieran que sean los resultados de sus tratamientos, es de vital importancia mantener dicha información sólo para ustedes. Cuando el momento correcto llegue, podrán admitir que recibieron ayuda para tratar su infertilidad, pero hasta allí, ¿quedó completamente claro?

Hubo un murmullo general de acuerdo por parte de las mujeres en la habitación.

Aunque no sabían muy bien la razón de tanto secreto, la sensación que tenía todo el grupo allí reunido, era definitivamente el fin que justificaba los medios. Lucía creía saber por qué la doctora necesitaba mantener privados ciertos asuntos; claramente sus procedimientos aún no recibían la aprobación de las autoridades médicas, y probablemente eran técnicamente ilegales, pero ¿qué importaba? Si funcionaba, tendría a la doctora en sus oraciones hasta el día de su muerte.

Cuando la junta terminó para tomar café, servido por las mismas dos jóvenes que sirvieron el desayuno, otro hombre entró a la habitación. No hacía falta decir que era el Doctor Renaud, la mano derecha de Margherita

Dumas en la clínica. Lucía, Elizabeth y las demás tuvieron que apartar la mirada porque no podían dejar de verlo. Sin duda, el Doctor Alexander Renaud, era uno de los hombres más guapos que habían visto. Era un verdadero Adonis; media 1.80 m aproximadamente, su melena oscura le llegaba casi hasta los hombros, sus manos parecían más las de un artista que las de un cirujano.

Aunque si lo pensaban bien, un buen cirujano era casi como un artista, sus manos eran las herramientas de su profesión, era necesario que se movieran y se desempeñaran con un toque suave. Probablemente su característica más llamativa eran sus ojos, profundos y de un color azul cobalto, y con una calidez que probablemente podría derretir hasta el corazón más frío. El Doctor Renaud era, en pocas palabras, un galán, y las mujeres no podían esperar el momento para verlo.

Renaud pasó los siguientes cinco minutos hablando con Dumas, lanzando una mirada ocasional a las recién llegadas, sonriéndoles y asintiendo a cualquiera que cruzara la mirada con él.

Mientras retiraban las tazas de café y las mujeres volvían a sus lugares, la Doctora Dumas se dirigió a ellas de nuevo.

—Señoras, permítanme presentarles al Doctor Alexander Renaud. El Doctor es mi asistente principal, y un accionista mayoritario de la Clínica Sobel. Está tan ansioso como yo por hacer que su estancia sea agradable e igual de exitosa para ambas partes.

Ahora le pediré que les dirija algunas palabras, después las dejaremos para que descansen y se relajen hasta la hora después del almuerzo que será cuando las visitaremos a cada una en la privacidad de sus habitaciones para hablar sobre sus tratamientos individuales.

Cuando por fin habló el Doctor Renaud, las primeras impresiones de las mujeres se confirmaron. Su voz simplemente reforzaba la impresión que daba su apariencia. La chica americana, Tilly, creyó que su voz era parecida a la del actor americano Tom Selleck, suave pero profunda y sensual al mismo tiempo.

—Buenos días señoras —dijo Renaud—. Será un placer para mí asistir a la Doctora Dumas y a ustedes en esta gran aventura en la que nos hemos embarcado. Nada me dará mayor satisfacción de ver a cada una de ustedes irse con la oportunidad inminente de tener un embarazo. Juntos trabajaremos para lograr ese objetivo, y pondré todo mi empeño para hacer que cada etapa del proceso sea tan sencillo y cómodo para cada una como sea posible. Aunque se sienten inseguras e indecisas en cuanto a algunas de las cosas que

pasan aquí, puedo asegurarles que todo se realizará teniendo en mente su seguridad y comodidad. No se correrá ningún riesgo con su salud, o con los hijos que pudieran tener. Les prometo que estarán en buenas manos aquí en la Clínica Sobel; en eso les doy mi palabra.

Cada una de las mujeres se sentía embelesada, como si les hablara un semidiós; así de hipnótico y reconfortante era el tono de voz de Renaud. Cualquier duda que hubieran tenido al aceptar convertirse en un conejillo de indias para los maravillosos tratamientos que la clínica ofrecía, quedaron despejadas en los pocos minutos que le había tomado a Renaud darles la bienvenida.

La reunión terminó con muchas sonrisas y una sensación de optimismo y expectativa entre las mujeres; las clientas de la revolucionaria Clínica Sobel.

Lucía y las demás no podían evitar volver la mirada hacia la habitación mientras salían; la figura del Doctor Alexander Renaud era un deleite para la vista, y con una risita como de colegialas adolescentes, todas querían echarle un último vistazo, aun cuando sabían que lo volverían a ver, muy muy pronto.

Primero, las mujeres regresaron a sus cuartos; después, Elizabeth fue a dar un paseo por los alrededores, disfrutando del pacífico contraste entre el lugar y su ciudad. Se le unió Tilly, quien también disfrutaba de la tranquilidad, todo era tan diferente de su hogar en Nueva York. Theresa visitó la sala comunitaria donde se sentó junto a un gran ventanal; estaba leyendo una revista hasta que comenzó a cabecear. Dormitó felizmente por un momento mientras el sol brillaba a través del vidrio, calentando la habitación.

Christa se mantuvo en su cuarto, parecía no querer mezclarse con las otras. Tenía una actitud de desconfianza cerca de los extraños; resultado de su crianza bajo la represión del mandato del comunismo.

Lucía se quedó en su cuarto también, aunque su caso era diferente. Puso sus pies sobre la cama y miró en la televisión un programa de juegos algo tonto; una vez más no podía entender nada pero al menos podría disfrutar de las tonterías de los participantes.

El tiempo pasó rápidamente; pronto sería la hora del almuerzo. Después de eso comenzarían las consultas, y así se pondría en marcha la siguiente etapa en su búsqueda de convertirse en madres.

Capítulo Diez

En la habitación sin ventanas, los dos pequeños dormían plácidamente sin saber de las cámaras que observaban cada uno de sus movimientos. El único sonido en el cuarto era el suave aunque innecesario sonido del aire acondicionado que distribuía y renovaba constantemente el aire que los niños respiraban durante el día.

El sonido de una llave girando dentro de la cerradura de la puerta que conectaba la habitación con la oficina, fue tan silencioso que no perturbó su sueño, y ninguno de los niños despertó mientras la mujer entraba al cuarto. Ella caminó por donde se encontraban recostados, levantando cuidadosamente cada juguete que habían usado antes de quedarse dormidos. Cuando finalmente se despertaran, estarían totalmente solos, y su reacción sería llorar por su madre. No había osos de felpa a los cuales aferrarse, ningún móvil colgando del techo y, además de las colchonetas donde se recostaron, no había ningún mueble en la habitación. La mujer había quitado el sofá y la silla.

Su sentido de aislamiento debería ser suficiente para crear un lazo perfecto de confianza hacia ella. Confiarían en ella, la amarían, obedecerían cualquier cosa que ella les pidiera, y al mismo tiempo, aprenderían. Lo harían más rápido y mejor que cualquier otro niño que cursara en cualquier sistema educativo convencional en cualquier parte del mundo. Los convertirían en genios y así ella probaría que sus teorías funcionaban.

Los dejó dormir un poco más, y regreso a la oficina a revisar las imágenes grabadas por las cámaras en las últimas horas; analizaba cada segundo y tomaba notas.

¿Educación? ¿Qué saben los disque expertos?

El aire acondicionado se escuchaba, los niños dormían, y sus pequeñas respiraciones hacían eco en la habitación.

Capítulo Once

Aberdeenshire, Escocia, mayo de 1976.

Mientras Lucía Cannavaro comenzaba sus primeros tratamientos enfocados a curar su infertilidad, en un lugar muy lejos de la clínica, sucedía un nacimiento que en un futuro estaría relacionado con todas las mujeres del Ala Blenheim de la Clínica Sobel, aunque nadie lo sabía en ese momento.

En medio de la campiña escocesa, en el pequeño pueblo de Torphins, se encontraba un edificio, pintoresco aunque hermoso a la vez, llamado Kincardine O'Neil War Memorial Hospital. El hospital era en realidad una pequeña unidad de maternidad, auspiciado por la Royal Infirmary de Aberdeen, que se encontraba a unos 48 km de allí.

Sólo había cinco camas y un grupo de personal muy pequeño; la unidad existía con la intención de proveer instalaciones de maternidad para algunas de las comunidades más remotas de la región.

Sucedió aproximadamente a las 3:20 p.m. de un martes por la tarde, cuando la Sra. Margaret Houston dio a luz a su hijo, a quien ella y su esposo Angus, llamarían Hamish.

Era un buen nombre escoses, aunque llevaría a un sinnúmero de burlas conforme el niño creciera; sin embargo, Hamish Houston, sonaba bien.

Margaret Houston permaneció en la unidad por cuatro días. Paseaba a su recién nacido por los alrededores en una carriola que le dio el hospital sólo, y sólo cuando el clima lo permitía. Como un servicio especial casi desconocido en unidades de maternidad en hospitales importantes de aquel tiempo, el personal le permitió a Angus Houston llevar a su esposa a comer fuera solos por algunas horas, la noche antes de llevar a su pequeño Houston a casa. Era algo que el personal del hospital había hecho por mucho tiempo, y debido al pequeño número de nacimientos de los que se encargaba, el servicio de niñera durante esa noche no interrumpía la rutina del personal, y esto siempre lo apreciaban las nuevas mamás y papás quienes aprovechaban la generosa oferta.

Kioto, Japón, mayo de 1976

Cuando Ichiro Tanaka regresó de Bélgica, se sentó en su lujosa oficina en el último piso del edificio que albergaba la sede de la corporación que llevaba su nombre. Lo que había visto en Ostende, lo convenció de invertir en el proyecto de aquella mujer.

Tanaka era inteligente; era un hombre de negocios con visión futurista, y lo que ella le mostró fue para él una visión del futuro. Aún era lo suficientemente joven como para disfrutar de sus ganancias, procedentes del proyecto, por los próximos treinta o cuarenta años; por lo tanto, la reducción de su fortuna a corto plazo, sería bien recompensada en un futuro debido a su inversión. Sólo Hoshiko Yamagata, su secretaria personal, sabía de sus negocios con la mujer, y fue una pérdida trágica para la corporación cuando unas semanas después ambos, Tanaka y la pobre de Hoshiko, murieron en un terrible accidente en la autopista.

La limusina de Tanaka fue golpeada por un enorme pedazo de escombros que cayó cuando pasaron bajo un cruce a desnivel que estaba en construcción. El chofer de Tanaka, que también murió en el accidente, perdió el control del automóvil y los tres murieron cuando el vehículo atravesó los tres carriles y el parapeto del puente cayendo en el río. En Ostende, la mujer se enteró del fallecimiento en un programa de televisión sobre noticias de negocios internacionales; recibió la noticia con un gesto de resignación y una sonrisa. ¡Tenía todo el capital que necesitaba y nadie vendría jamás a pedir un reembolso!

En las averiguaciones subsecuentes, se descubrió que también hubo una falla en los frenos de la limusina y que al golpear el agua del río el seguro de las puertas se activó, haciendo imposible escapar. Para las tres víctimas, el veredicto fue muerte accidental por inmersión.

Capítulo Doce

Clínica Sobel, junio de 1976

Mayo terminó dando lugar a junio; Lucía y las otras mujeres del Ala Blenheim se habían sometido a numerosos tratamientos, para sus problemas individuales, con los doctores Dumas y Renaud. Su emoción inicial por ser parte del proyecto se había convertido en aburrimiento por los incontables procedimientos y análisis a los que se sometían. Las semanas de ser picoteadas o pinchadas, y de que insertaran diferentes instrumentos médicos en las partes más íntimas de sus cuerpos, se habían vuelto parte de su rutina diaria y la mayoría sólo deseaba que terminaran para volver a casa con sus maridos.

La mayoría se mantuvo en contacto con su hogar por teléfono, por carta, o ambos.

Lucía escribía la mayoría del tiempo ya que sólo podía llamar a Antonio en un horario preestablecido y él tendría que esperar la llamada en casa de su mamá. Aunque se extrañaban mucho y sólo esperaban el momento de verse de nuevo, pronto se cumplirían sus sueños. La Doctora Dumas prácticamente les prometió que sucedería y ellos creyeron en su palabra sin dudar de ella por un segundo.

Sólo había algo que empañaba su estancia. Durante la primera semana de junio, Christa recibió noticias de su madre diciéndole que su esposo Peter había muerto en un terrible accidente, cuando el motor de un tractor cayó de la polea que lo sostenía justo sobre su cabeza. Antes de irse de la clínica para regresar a casa, Christa cubierta en lágrimas, le rogó a la Doctora Dumas por la oportunidad de regresar después del funeral, para que el espermatozoide de su esposo se usara para la inseminación y que aun así pudiera dar a luz a su hijo, de esa manera siempre tendría algo con qué recordar al hombre que había amado. La Doctora Dumas comprendía la situación pero se mostró inflexible, después de todo era política de la clínica que los infantes nacieran sólo en familias compuestas por una madre y un padre, de ese modo podían garantizar

que el niño tendría la posibilidad de disfrutar de una crianza estable y convencional. Ninguna de las lágrimas o súplicas de Christa la harían cambiar de parecer; la doctora se mantendría en su postura.

Todas las mujeres del Ala Blenheim de la Clínica Sobel se unieron en la pena que abrumaba a la pobre chica polaca, quien eventualmente se retiró una mañana soleada a bordo de un taxi. Su rostro era una máscara de lágrimas mientras se despedía de ellas, de la Clínica Sobel, y de sus esperanzas para el futuro. Mientras el taxi desaparecía por el camino cubierto de grava, Lucía dijo un par de plegarias por Christa, por el alma de su esposo, y también le agradeció a Dios por el gran regalo que era su esposo a quien amaba y adoraba, y que la esperaba pacientemente en un pequeño pueblo en Turín.

Finalmente, le pidió a Dios que le concediera el regalo de tener el hijo que tanto deseaba, y también pidió por los doctores y enfermeras de la clínica para que tuvieran éxito en sus procedimientos. Se persignó y observó al taxi encogerse a la distancia, desapareciendo finalmente por el camino mientras transportaba una carga llena de tristeza hacia la estación de tren.

Más tarde, Lucía pensó que tal vez su teoría, de que Christa y su esposo eran refugiados políticos que huían del comunismo de su tierra, era correcta. Tal vez Peter había sido víctima de un asesinato por parte de los agentes de la Unión Soviética, o del gobierno polaco. Christa había dicho que él solía ser un ingeniero aeronáutico allá en Polonia. Quizás había intentado vender secretos militares o de aviación al occidente, y ellos lo habían asesinado para evitar lo que los comunistas hubieran considerado como traición. ¿Christa estaría a salvo al regresar a Baviera? ¿La buscarían también para matarla?

Lucía lanzó una risilla al pensar cuán absurda le parecería esa teoría a Antonio, o a cualquier otro. Había sido un accidente y uno muy trágico por cierto, y había sido su madre quien le informó a Christa. Lucía sabía que Antonio la acusaría de haber leído demasiadas novelas de misterio, de esas que compraba seguido en un mercado local de segunda mano, las cuales devoraba ansiosamente antes de venderlas de nuevo al comerciante por unas cuantas liras, para después comprar más.

Incluso Antonio estaría sorprendido luego de saber que dos miembros del consulado polaco en Alemania fueron expulsados del país semanas después, acusados de «actividades no relacionadas con sus labores como diplomáticos». Esa era la jerga gubernamental que utilizaban para expulsar a los que creían espías o a otros indeseables que viajaban y vivían bajo el título de diplomático.

Lucía y las demás jamás sabrían de las circunstancias reales entorno a la muerte del esposo de Christa, ya que una vez que dejó la clínica, jamás volvieron a saber de ella.

Hubieran quedado en *shock* al enterarse que seis semanas después de la muerte de su esposo, el cuerpo destrozado de Christa fue encontrado en las vías del tren, no muy lejos de su casa. Se creía que debido al dolor por la pérdida de su esposo, había saltado de un puente justo en el camino del tren expreso, y que había muerto al instante.

Allá en Bruselas, Lucía se emocionó cuando el Doctor Renaud entró a su habitación.

—Bueno Lucía, aquí estamos de nuevo —dijo el doctor con aquella voz silenciosa y tranquila que le inspiraba confianza a todas sobre sus habilidades—. La buena noticia es que el óvulo que implantamos con el esperma de tu esposo, fecundó justo como esperábamos, y estamos listos para comenzar la implantación en tu útero. Si todo sale bien Lucía, ¡saldrás de aquí embarazada!

—¡Ay, doctor! ¡Sí, por favor! ¡Estoy tan feliz! Por favor, dígame qué tengo que hacer.

—Por favor, recuéstese en la cama Lucía. El procedimiento tomará poco tiempo, ya que tengo que hacer los de las demás también. No hay nada de qué preocuparse, casi no sentirá nada, se lo prometo.

Ese día, el Doctor Renaud hizo sus rondas por toda el Ala Blenheim, tranquilizando a las pacientes y llevando a cabo la última etapa del procedimiento que perfeccionó la Doctora Dumas. Todas estaban encantadas por haber llegado hasta esa etapa del tratamiento, y la atmósfera de las habitaciones y los pasillos del ala casi se podía tocar.

Después de todo, era por eso que estaban allí.

Al completar las implantaciones, Renaud les indicó que descansaran por un momento, y que evitaran actividades extenuantes, incluso los paseos por las áreas, al menos por el resto del día. El doctor terminó cada consulta invitando a las mujeres a cenar con él y con la Doctora Dumas esa tarde en el comedor. Tal vez fue por su encanto, o por su voz al hacer la invitación, que todas sabían sin duda, que era algo a lo que no se podían negar.

Mientras estaba recostada en su habitación, mirando con nostalgia la foto de Antonio junto a su cama, Lucía no podía pensar en nada más que el hecho de que, tal vez ya, una nueva vida se formaba dentro de su cuerpo. Puso su mano en su vientre, imaginando algún movimiento en su interior.

—¡Qué tonta! —pensó, pero no quitó la mano.

Este podría ser el día más importante de su vida, y era seguro que había pensamientos similares en las mentes de las demás en ese momento. Christa ya habría estado a miles de kilómetros entonces. Desafortunadamente, aunque sentían pena por ella, las mujeres del Ala Blenheim tenían asuntos de mayor importancia, por lo que para ellas, aquella emigrada polaca dejó de existir en el momento que su taxi desapareció de su vista. El asunto de su muerte después de eso, sería un asunto del que jamás se enterarían.

Capítulo Trece

—Tic, tac, tic, tac

Los dos pequeños se sentaron juntos, hablando al unísono mientras la segunda manecilla del reloj de Mickey Mouse en la pared giraba alrededor de su cara. La mujer sonrió y los miró mientras observaban atentamente el pasar de los segundos. Señaló uno a uno los números del reloj escuchando a los chicos pronunciar, uno, dos, tres, etc.

—¿Y quién es este? —preguntó mientras señalaba la cara en el centro del reloj.

—¡MICKEY! —gritaron los dos niños al mismo tiempo. Sus sonrisas mostraban el gusto que sentían al interactuar con su madre.

—¿Acaso no son ustedes mis niños listos? —dijo, y continuó—. Ahora, quiero que escuchen atentamente.

Entonces la mujer comenzó a leerles, como el hombre lo había hecho antes, un libro que normalmente no se leía a niños de esa edad; era «Veinte mil leguas de viaje submarino» de Julio Verne. Los pequeños escucharon atentos, sus caras eran la imagen perfecta de la concentración. Ella sabía que aprenderían más de este ejercicio de lo que harían viendo libros tontos con imágenes, como los que se les daban a los niños de esa edad. No esperaba que recordaran la forma en que les leía, pero sabía que estaban asimilando palabras, construcción de oraciones, y vocales, lo cual les ayudaría en su desarrollo. Tal vez no tendrían la imagen mental del *Nautilus*, o del calamar gigante, pero cuando por fin vieran la imagen de un calamar, lo recordarían del libro. Su filosofía era: dejarlos conocer la palabra primero, y después agregar la interpretación visual.

Después de leerles por media hora, la mujer se levantó y caminó hacia donde los chicos estaban sentados. Dio una palmada a cada uno en su cabeza, tal como alguien lo haría con un cachorro por portarse bien. Tomó a cada uno de la mano y los llevó a la habitación, donde les indicó que se acostaran a dormir. Sin decir palabra, la obedecieron, se recostaron en sus camas en silencio, sonriendo felices y satisfechos por haber complacido a su madre.

Mientras salía de la habitación, la mujer pensó que si tuvieran colas como un perro, estarían moviéndolas ahora mismo.

Al cerrar la puerta, la habitación quedó en silencio, a excepción del sonido del aire acondicionado; los niños se vieron el uno al otro, y como uno solo, en aquella habitación sin ventanas, comenzaron a cantar con sus pequeñas vocecitas.

—Tic, tac, tic, tac, uno, dos, tic, tac, tres, cuatro, tic, tac...

Capítulo Catorce

Ballater, Escocia, 1976

Angus y Margaret Houston estaban repletos de visitantes a cada momento desde que llegaron a su casa con su pequeño Hamish. Tíos, primos y abuelos, además de docenas de amigos y vecinos, los visitaban constantemente y a su recién nacido en su hogar, no muy lejos del castillo real en Balmoral.

Allí en las tierras altas de Escocia, el pequeño Houston tendría un comienzo perfecto, rodeado de una familia amorosa; con los beneficios del aire fresco, de un escenario magnífico y una educación de primera clase. En las islas británicas era bien sabido que el sistema educativo escocés era muy superior a los que operaban en Inglaterra, Gales, o Irlanda del norte. En aquellos primeros días, Angus Houston le contaba, a cualquiera que lo escuchara, que su hijo seguiría sin duda en el negocio familiar. Angus era carnicero, y uno muy bueno; tenía un local en el pueblo de Ballater del cual estaba muy orgulloso, ya que había producido suficiente carne fresca para más de un banquete en el castillo. Tenía la esperanza (y algún día se cumpliría su sueño) de ver una orden real sobre la puerta de su tienda, donde lo nombraban como el proveedor oficial de Su Majestad la Reina.

El día del bautizo del bebé, que se llevó a cabo en la iglesia local de Escocia y presidido por el ministro local Daniel McFadden, estaba el hermano de Angus, Daniel Houston, quien acuñó el nombre que se le quedaría al pequeño Houston por el resto de su vida. A pesar de que sus padres lo nombraron Hamish, y el pequeño ya había sido bautizado con ese nombre en la casa de Dios, cuando Daniel se acercó a Margaret y lo sostuvo en brazos, dijo:

—Ven con tu tío Daniel, pequeño Harry.

Desde entonces se le quedó el nombre, y a pesar de las quejas de sus padres, la familia y todos los amigos parecían preferir ese nombre en lugar del que le habían dado su madre y su padre. Así que, el día en que fue aceptado en la familia de Dios, Hamish Houston también se convirtió en Harry

Houston, un nombre que algún día sería muy conocido para muchos en su tierra natal.

El Houston mayor, el carnicero de primera clase, tendría que, en algún momento en el futuro, buscar a alguien más de la familia que continuara el negocio, ya que el joven Harry estaba destinado a otras cosas en este mundo.

Fue uno de los veranos más calurosos jamás registrados en el Reino Unido, y el pequeño Harry disfrutaba de los perfectos rayos de sol durante sus primeros meses en la Tierra. Desde su comportamiento vivaz hasta sus pequeñas manos, era evidente desde el principio, que el pequeño sería inteligente, y su madre no perdió tiempo en asegurarse de que todos lo supieran.

En el mar, los barcos británicos e islandeses, navales y civiles, se enfrentaron en lo que se conoció como las Guerras del Bacalao. En Uganda, las Fuerzas de Defensa de Israel lograron con éxito una misión para rescatar a tres rehenes que se encontraban en la aeronave Air France en el aeropuerto de Entebbe; y EE.UU. celebraba el bicentenario. Harry Houston, de tan sólo unas semanas, no sabía nada de esto, pero estos y otros eventos alrededor del mundo a partir de ese día ayudarían a forjar su futuro y el rumbo principal que tomaría su vida. Pero por ahora, se encontraba feliz, comiendo, durmiendo y bebiendo, sintiéndose alegre mientras se mecía en las piernas de su madre. Margaret Houston era una madre amorosa, y a su pequeño hijo jamás le faltaría afecto o amor mientras ella estuviera cerca.

Capítulo Quince

Ostende, Bélgica, verano de 1976

—¿No se sentirán desorientados cuando los llevemos afuera por primera vez?
—preguntó el hombre.

—Es posible —respondió la mujer—, pero creo que es momento de intentarlo.

—¿Cada quien uno? —preguntó después.

—Cada quien uno —confirmó ella.

Unos minutos después, el hombre y la mujer llevaron a los niños de la mano desde el cuarto de juegos a la oficina. Los niños no hicieron ningún sonido, pero sus ojos observaron cada detalle conforme cruzaban la oficina hacia la puerta que jamás habían visto antes.

El hombre quitó el seguro de la puerta que llevaba hacia afuera, la abrió, y un rayo de luz llenó la habitación. Los niños quedaron sorprendidos con la explosión de luz repentina; no se parecía a nada que hubieran visto antes. Sin dudar más, primero el hombre y después la mujer, llevaron a los niños afuera al jardín soleado. Era la primera vez en su vida que los niños habían estado afuera en el aire fresco.

Los gemelos observaron todo el jardín sin decir nada; el lugar, los sonidos y los aromas atacaban sus sentidos. Tomaron grandes bocanadas del dulce aire fresco que ahora llenaba sus pulmones. No se observaban las señales de desorientación que la pareja temía; en lugar de eso, uno de los niños se detuvo mientras seguía al hombre, señaló la rama de un árbol, donde se encontraba un mirlo, y dijo:

—Papá mira, un pájaro.

—Buen chico Alexei, sí, es un pájaro —dijo el hombre que volteó hacia la mujer y le preguntó—. ¿Cómo rayos sabe lo que es un pájaro? Jamás ha visto la imagen de un pájaro en su vida.

—¿Lo ves? —dijo—. Funciona, el sistema funciona. Tal vez no haya visto uno antes, pero ha escuchado la descripción de los pájaros en el libro que les

leímos, así que, instintivamente asoció las descripciones en el texto que escuchó con la criatura que ve en el árbol. Esto prueba que no necesitas ver algo para saber lo que es. Como un hombre ciego que talvez no sepa cómo es un diamante, pero si pones uno en su mano probablemente te diga que es un diamante. ¡Lo sabía! Esto significa que todo lo que hemos hecho fue un éxito. Podemos continuar educándolos de esta forma y seguirán aprendiendo a gran velocidad, incluso más rápido que en los sistemas educativos convencionales del mundo.

De pronto, el otro niño señaló hacia el fondo del jardín.

—Mamá, puedo escuchar el mar.

—¿Ves? —la mujer le gritó al hombre—. ¿Qué te dije?

—Increíble —dijo el hombre—. Jamás lo hubiera creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

—¿Pero ahora me crees? —preguntó.

—¡Absolutamente! —respondió.

—Ven Arturo, ven Alexei, les mostraremos el océano —dijo la mujer.

Juntos, ella y el hombre, llevaron a los niños a donde el jardín topaba con la orilla del acantilado. Los dos chicos admiraron las aguas azul grisáceas del Mar del Norte; su primera vista del océano. Muy lejos, justo en el horizonte, vieron un buque petrolero abrirse paso hasta el puerto. Cerca de allí, una parvada de gaviotas daba vueltas sobre las olas en busca de peces; los niños identificaron todo lo que vieron.

Después de media hora, la mujer decidió que era suficiente para su primera expedición al mundo exterior y que deberían terminar la sesión. Antes de alejarse de la orilla del acantilado, Arturo y Alexei se asomaron para ver la playa una vez más y también el Mar del Norte; los chicos sonrieron emocionados por la admiración del movimiento y los giros de las olas.

—Debemos regresar —dijo la mujer, y ella y el hombre guiaron a los niños de regreso a través del jardín hacia la casa, donde estarían de vuelta en el aire acondicionado de la habitación sin ventanas.

—¿Podemos ir afuera otro día mamá, por favor? —preguntó uno de los pequeños.

—Algún día, Alexei, algún día —contestó la mujer mientras los dejaba una vez más en aquella habitación sin alma, iluminada y altamente funcional.

—Pronto se dormirán —dijo la mujer al hombre cuando regresó a la oficina—. Asegúrate de que las cámaras estén funcionando antes de irnos. Iremos al pueblo y los alimentaremos cuando regresemos. El aire fresco de hoy abrirá su apetito.

El hombre miró la habitación a través del espejo del pasillo, los niños dormían profundamente sobre las colchonetas en la esquina del cuarto de juegos. La pareja se aseguró de que todas las puertas tuvieran seguro mientras dejaban la casa para ir al pueblo.

El aire acondicionado continuaba con su incesante ruido en la habitación donde los niños dormían, soñando con las cosas que aún les faltaba por ver.

Capítulo Dieciséis

Clínica Sobel, junio de 1976

El tiempo de Lucía en la clínica estaba a punto de terminar. Todos los procedimientos programados se habían realizado, y ella y las demás sólo estaban esperando la confirmación de los doctores para saber si los tratamientos habían tenido éxito. Mientras esperaba al Doctor Renaud en su habitación, no podía evitar pensar en el futuro y todos los momentos maravillosos que estaban por venir para ella y Antonio si tenían la bendición recibir un hijo. Se imaginaba a los tres juntos jugando en el parque, o talvez comprando un perrito para que creciera y jugara con su pequeño, y las navidades que pasarían escuchando los alegres sonidos de un niño abriendo regalos.

Ya quería estar en casa con Antonio; ya había estado en aquel país extranjero demasiado tiempo. Bélgica era lindo pero no era Italia, no era Turín, y a pesar de los lujos de su habitación y las instalaciones de la clínica, Lucía extrañaba su pequeño departamento, su esposo, y su vida normal. Mientras esperaba que el doctor apareciera para darle las noticias que tanto deseaba escuchar, cerró sus ojos y con su mente se transportó a su hogar; casi podía oler los aromas provenientes de la calle por donde vivía, el espagueti cocinándose en los departamentos vecinos, el humo del diésel y la gasolina de afuera. Definitivamente extrañaba su hogar.

Se escuchó a alguien tocar en la puerta, seguido de la voz del Doctor Renaud.

—¿Puedo pasar Lucía? —preguntó desde afuera.

—Sí doctor, adelante —contestó.

Un Alexander Renaud muy sonriente entró a la habitación; el instinto de Lucía le dijo que eran buenas noticias. Sin poder contenerse, dio un salto de su silla y rápidamente tomó al doctor del brazo.

—Por favor Doctor Renaud, dígame, se ve muy feliz, ¿son buenas noticias, verdad?

—Lucía, por favor tranquilízate, te vas a quedar sin aire, y eso no es bueno para una mujer en tu condición, ¿verdad? —le dijo.

—¿Mi condición? ¿A qué se refiere con mi condición? Espere doctor, ¿me está diciendo que...?

—Sí Lucía, es justo lo que estoy diciendo. Los análisis recientes muestran que el procedimiento fue un éxito. Como ya lo sabes, la implantación del espermatozoide de tu esposo en tu óvulo ha fecundado, pero la pregunta era si tu útero aceptaría la implantación artificial. Me da mucho gusto informarte que sí lo hizo, así que desde este momento, estás oficialmente embarazada.

Lucía juntó sus manos y debido a la emoción, abrazó al doctor y le dio un beso en cada mejilla; realmente estaba feliz.

—No sé qué decir —dijo sin aliento, su emoción crecía a cada segundo—. ¿Qué hago ahora doctor? Digo, ¿hay algo más que deba hacer aquí en la clínica, o puedo irme a casa con mi esposo?

—Lucía, querida —dijo Renaud tratando de calmar a la italiana tan emocionada—, debes quedarte aquí unos días más y después, cuando estemos seguros de que todo está bien, podrás ir a casa con tu esposo, y el embarazo podrá seguir de manera normal.

Deberás hacerte revisiones allá con tu doctor de vez en cuando, y tendrás nuestro número de teléfono en caso de emergencia, además de eso no hay nada más; podrás irte y olvidarte de nosotros.

—¿A qué se refiere, doctor? —preguntó—. ¿Olvidarlos? ¿Cómo podría olvidar lo que usted y la Doctora Dumas han hecho por mí? Eso sería imposible.

—Lucía, escucha. Lo que hicimos fue ayudarte a concebir un hijo, *tu* hijo; las técnicas que utilizamos aún no son aceptadas por la profesión médica, pero esperamos que algún día lo sean. Mientras tanto, no habríamos podido lograr este progreso de no ser por tu cooperación y la de las demás damas aquí en la clínica. Todo lo que les pedimos es que cuando den a luz a su bebé, los hagan felices y los mantengan saludables. No pedimos que nos hagan publicidad, eso vendrá después; tal vez cuando la Doctora Dumas haya comprobado que su técnica puede ayudar a miles de mujeres como tú. Después de todo, ustedes fueron los conejillos de indias para una prueba experimental no autorizada y poco ortodoxa. En este momento, la publicidad traería más problemas que cosas buenas.

Lucía se quedó en silencio por un momento. Después extendió el brazo y tomó a Renaud de la mano.

—Doctor Renaud —dijo solemnemente—, estoy tan agradecida con usted, con la Doctora Dumas, y con todo el personal de la clínica. Me han dado algo que nadie más en el mundo hubiera podido darme. Nunca, jamás, haría o diría algo que pudiera causarle problemas a ustedes o a la clínica. Si usted quiere que mantenga sólo para mí, el papel que tuvo la clínica en mi embarazo, le aseguro que así será. Sólo Antonio y yo lo sabremos, a menos que usted me indique otra cosa en el futuro.

Renaud sonrió, retiró su mano de entre las suyas, y habló una vez más.

—No temas Lucía, y no te preocupes, todo estará bien. Tendrán un hermoso hijo muy pronto, y nosotros tenemos una gran cantidad de información y datos de investigación que nos ayudarán para trabajos futuros. Todo lo que te pedimos es que seas feliz y que disfrutes del regalo que te ayudamos a crear.

—Gracias, Doctor Renaud, gracias —dijo Lucía, mientras el doctor se dirigía a la puerta.

Después de que se fue y ella se quedó sola una vez más, Lucía se tomó un momento para reflexionar sobre lo que el doctor le había dicho. Tal vez por primera vez, se daba cuenta de que el procedimiento del que había sido parte era de hecho poco ético e ilegal, aunque él utilizó las palabras no *autorizado* y poco *ortodoxo*, Lucía sabía lo que en realidad había querido decir. En pocas palabras, ella sabía que era probable que se metiera en problemas si se sabía que había estado involucrada. Aunque la noticia de su embarazo la llenaba de felicidad, también sabía que el secreto de su concepción debía permanecer oculto, a menos que Dumas o Renaud le indicaran otra cosa. Se prometió que regresaría a casa con Antonio, celebraría con él, y tratarían de hacer lo que el Doctor Renaud sugirió, y se olvidarían de la Clínica Sobel.

Hubo conversaciones similares por todo el Ala Blenheim, y todas las mujeres acordaron jamás divulgar el papel de la clínica en sus embarazos. Aunque algunas estaban confundidas por el hecho de tener que negar la participación de la clínica en lo que era probablemente uno de los mayores logros, también sentían un miedo enorme a ser descubiertas de haber sido parte de una prueba ilegal; sabían que podrían sancionarlas de alguna manera y que eso afectaría su derecho a criar a sus hijos en libertad, por ello debían mantener esto en secreto.

Así, en lo que podría decirse que era el día más feliz, hasta ese momento, para aquellas cinco mujeres, nació una conspiración para guardar silencio que en un futuro tendría consecuencias en la vida de cada una de ellas. Algo deparaba el futuro, pero por ahora, la felicidad estaba a la orden del día.

Capítulo Diecisiete

Ballater, Escocia, Navidad de 1976

Angus Houston levantó su copa llena con el más fino *whisky* de malta Glenfiddich, e hizo un brindis con la familia.

—Por la primera Navidad de mi pequeño hijo, les pido hagamos un brindis por su futura felicidad y buena fortuna, y porque le espere una buena vida; ¡brindemos por Hamish Harry Houston!

Durante el brindis, su padre reconoció el nombre por el que ahora sería conocido, aunque también utilizó el primer nombre que le dieron, así todos quedaron contentos. El pequeño Harry Houston se encontraba sobre las rodillas de su madre, dormitando felizmente mientras la familia celebraba a su alrededor. El pequeño estaba ajeno al escándalo de los Houston durante la celebración de su primera Navidad. Bebían *whisky* escocés, oporto, jerez, cervezas escocesas finas y otras bebidas aptas para la ocasión.

Angus, el amo de los carniceros, preparó un festín tal como era su costumbre cada año.

Sólo utilizaba ternera de primera y la más fina que compraba en un lugar no muy lejos, en la hacienda Fasque House, que alguna vez fuera el hogar del primer ministro victoriano William Ewart Gladstone y ahora era un rancho de venados y centro de visitantes, donde los turistas se reúnen para dar hacer un recorrido por el lugar; el castillo tiene muchas habitaciones abiertas al público.

La primera Navidad del pequeño Harry Houston estuvo llena de risa y alegría, el niño estaba rodeado de unos padres felices y orgullosos, y muchos tíos, tías, primos y abuelos amorosos. Fue una de muchas que pasarían juntos en familia. La nieve blanca cubría el suelo como alfombra lo cual daba al hogar de los Houston la impresión de vivir en una típica blanca Navidad. Las ramas de los árboles se doblaban por el aire frío y húmedo, pero probablemente no había familia más feliz en toda Escocia durante esta fecha.

Turín, Navidad de 1976

Lucía Cannavaro disfrutaba su embarazo; faltaban cuatro meses para que diera a luz a su bebé y no podía estar más feliz. Su suegra los invitó a ella y a Antonio a pasar la Navidad en su casa, pero Lucía le suplicó a Antonio hasta que estuvo de acuerdo en que pasaran la Navidad juntos en su pequeño departamento. Ella quería cocinar una cena tradicional navideña para los dos, y disfrutar la paz y el silencio de su hogar, ya que sabía que para la próxima ya tendrían a su bebe manteniéndolos ocupados. Le dijo a Antonio que sería más íntimo y romántico pasar ese tiempo tan especial juntos, sólo ellos dos, y él estuvo de acuerdo.

Navidad de 1976, en diferentes lugares

En Nueva York, Londres, Zúrich, y Dublín, había otras familias que tenían una buena razón para celebrar esa ocasión con optimismo y alegría. Los embarazos de Tilly Garrelli, Elizabeth Hammond, Katerina Todt, y Theresa Dunne progresaban tal como deberían. No hubo problemas ni complicaciones para ninguna de ellas; sus doctores consideraban que estaban en perfecta salud. Junto con sus esposos, como Lucía Cannavaro, esperaban con ansia ese día dentro de pocos meses cuando traerían a sus bebés al mundo y sus sueños de ser madres finalmente se harían realidad. Desde que dejaron la Clínica Sobel, no habían sabido del Doctor Renaud o de la Doctora Dumas, tal como se había acordado; pero dos días antes de Navidad, cada familia recibió una pequeña tarjeta de Navidad con un sello de Bélgica. La tarjeta estaba escrita con la inconfundible letra del Doctor Alexander Renaud, la cual todas recordaban de la clínica, y decía: «Esta Navidad deseo se encuentren bien, y su futuro sea todo lo que desea. A.R.». Todas pensaron que era un gesto típico de la amabilidad del Doctor Renaud el que se tomara el tiempo para enviarles sus buenos deseos, aunque fuera de manera extraoficial; jamás recibieron ni esperaban algo similar por parte de la Doctora Margherita Dumas.

Para todas las mujeres que estuvieron en el Ala Blenheim en la Clínica Sobel, era una muy feliz Navidad llena de sueños cumplidos. Todas sabían que sus sueños estaban por hacerse realidad y nada más podría opacar eso.

Ostende, Bélgica, Navidad de 1976

La mujer se sentó en silencio, bebiendo una copa de Chardonnay, mientras observaba a los dos niños. En aquel cuarto de juegos bien adaptado y sin ventanas, los pequeños estaban sentados en el piso sobre las colchonetas, mirando imágenes intermitentes en la televisión frente a ellos. El aparato era la reciente adquisición para la habitación, aunque su uso era estricto y había tiempos de uso seleccionados cuidadosamente. En ese día de Navidad, los pequeños observaban imágenes de la Guerra de Vietnam, de muerte y destrucción, sangre y cadáveres, y matanza.

No había decoraciones en el cuarto, ni regalos, ni canciones alegres, ni villancicos de Navidad. Para esos niños, en aquel ambiente tan cerrado, no existía tal cosa como la Navidad; era desconocida para ellos, tal como lo sería para un grupo de extraterrestres que acabaran de aterrizar en la Tierra.

El sonido de los disparos y las explosiones resonaba en toda la habitación; los niños observaban encantados mientras los helicópteros de combate esparcían muerte a los que se encontraban en el suelo, y los grandes aeroplanos lanzaban nubes de humo llenas de químicos que deforestaban y destruían los bosques verdes. Vieron *jets* que soltaban sus cargas de bombas llenas de napalm^[2] sobre las aldeas llenas de mujeres y niños y quizás también enemigos. Había imágenes de los ejércitos de ambos lados, hombres jóvenes que tenían que madurar antes de tiempo, cubiertos de sangre y suciedad; sólo rostros inexpresivos.

Los niños esperaron hasta que el video terminó, y entonces preguntaron si podían verlo de nuevo.

Capítulo Dieciocho

Ballater, Escocia, marzo de 1977

Harry Houston, ahora de diez meses, crecía muy rápido; el pequeño ya había dado sus primeros pasos un par de semanas antes de cumplir los diez meses, y también había dicho su primera palabra, «papá», justo unos días después. Su madre se sentía sumamente orgullosa de su pequeño hijo, y él era el centro de atención de todas las reuniones familiares que organizaban en la casa de los Houston.

Para Angus, el desarrollo de la industria marítima del petróleo estaba haciendo maravillas en la economía local de Escocia y para Aberdeen en particular. El puerto de esa ciudad se había convertido en la matriz del servicio industrial que había surgido para apoyar las grandes plataformas petroleras que se habían enraizado en el Mar del Norte, lejos de la costa del noreste de Escocia. En los alrededores, la presencia de tantos trabajadores de la industria petrolera, requería de una mayor infraestructura.

Dichos trabajadores necesitaban hogares para que sus familias estuvieran cerca del puerto de donde zarpaban, o a poca distancia del aeropuerto donde los helicópteros llevaban y traían a los trabajadores de la plataforma, normalmente era un ciclo de tres semanas seguidas y después tres semanas de descanso.

Todo esto eran buenas noticias para Angus Houston, ya que con la llegada de nuevas personas al área, su negocio creció y sus ganancias incrementaron al mismo tiempo que la población. Aunque Ballater estaba lejos de la ciudad, eso no frenaba a los trabajadores petroleros ya que muchos de ellos preferían poner distancia entre su trabajo y su hogar, y la belleza auténtica del pueblo y de los pueblos vecinos, Aboyne y Banchory, resultaban irresistibles para muchos que estaban involucrados con la industria.

Al acercarse la primavera, el dueño de tantos años de la tienda de al lado de la carnicería, murió; Angus hizo una oferta para comprarla y el heredero del señor aceptó la oferta, así el espacio de su tienda aumentó el doble y

expandió su negocio. Angus Houston trabajó incansablemente para lograr su objetivo de construir una base para la prosperidad de su familia a largo plazo, y especialmente para construir un legado productivo para dejarle a su pequeño hijo Harry cuando llegara el momento.

Nueva York, 15 de marzo de 1977

Tal como muchas mujeres habían hecho antes que ella, e igual que aquella mujer tres años antes, Tilly Garrelli gritó, pero su grito fue de alegría, de triunfo, ya que su recién nacido había hecho su gran entrada al mundo. Vincent estuvo con ella durante el parto, sosteniendo su mano y dándole la máscara con la mezcla de gas y oxígeno que le ayudaba a aliviar el dolor de sus contracciones cuando lo necesitaba.

Peter Garrelli nació a las diez y media de la mañana, y sus padres se sintieron bendecidos por Dios y tan felices como cualquiera podría estar.

Londres, ese mismo día.

El nacimiento de John Hammond fue tan memorable para sus padres, tal como el de Peter Garrelli lo fue para los suyos. La alegría y el festejo con que recibieron a su hijo se podían ver en los rostros de los orgullosos padres, Elizabeth y Michael Hammond. A pesar de la muerte reciente de la madre de Michael, en un trágico accidente de auto unas semanas antes, se podía percibir una sensación abrumadora de felicidad en la sala de partos del hospital donde ahora Elizabeth se encontraba descansando después del parto; acunando a su recién nacido en su pecho mientras su esposo miraba con admiración a su familia desde la silla junto a su cama.

En diferentes lugares, el mismo día.

Los Garrelli y los Hammond se hubieran sorprendido de haberse enterado que ambas mujeres tuvieron a sus bebés casi al mismo tiempo ese día. Hubieran estado atónitos de saber que también Lucía Cannavaro en Turín, Theresa Dunne en Dublín, y Katerina Todt en Zúrich, habían dado a luz a sus bebés milagrosos prácticamente al mismo tiempo.

Las escenas de felicidad y celebración, que habían marcado el nacimiento de los pequeños Peter y John, fueron las mismas en cada uno de los hospitales de Europa donde las mujeres del Ala Blenheim de la Clínica Sobel dieron a luz a sus hijos ese mismo día. ¿Sabrían de las circunstancias tan cruciales y altamente improbables que giraban en torno al nacimiento de sus hijos? ¿Se habrán detenido a pensar por un momento en cómo pudo pasar tal cosa? ¿Podría haber sido sólo una gran coincidencia?

En Turín, unas horas después del nacimiento de su hijo Ángelo, Lucía Cannavaro le hizo a su esposo una pregunta que probablemente varias se hicieron ese mismo día.

—Antonio, después de haber hecho tanto por nosotros, ¿no se te hace un poco extraño que los de la clínica ni siquiera quisieran que les avisáramos cuando naciera nuestro hijo? ¿Qué no el nacimiento es justo la prueba que necesitaban para demostrar la efectividad del procedimiento de la Doctora Dumas?

—Talvez tengan formas de enterarse de esas cosas ellos mismos, Lucía. Si los contactamos, estaríamos actuando en contra de lo que te pidieron cuando dejaste la clínica, y eso podría causarle problemas a la doctora; debemos recordar eso. Aun así, estoy seguro de que sabrán que ya tenemos a nuestro hijo, talvez alguien de aquí en el hospital está en contacto con ellos, o incluso con el Doctor Menotti.

El Doctor Menotti era su doctor de cabecera, y fue él quien llevó a cabo en Lucía, los análisis originales en representación de la clínica. Atendió a Lucía durante todo su embarazo, aunque después de los análisis, no menciono la clínica ni una vez.

—Mmm, talvez —dijo Lucía vagamente, mientras caía en un profundo sueño, cansada del esfuerzo al dar a luz a su hermoso hijo.

Lo último en que pensó, antes de quedarse dormida, fue que su hijo había nacido en los Idus de marzo^[3], fecha que se hizo famosa en la historia debido al asesinato de Julio César ese día. Lucía creyó que talvez algún día, su hijo sería un líder para el hombre, como el Gran César de la historia.

Ninguna de las mujeres se había mantenido en contacto con las demás después de dejar la clínica; la regla de sólo utilizar su primer nombre aseguraba de que no intercambiaran nombres completos ni direcciones, por lo tanto no sería posible que tuvieran contacto. Si la hubiera habido, talvez se habría sembrado una duda en la mente de las nuevas madres al notar las circunstancias similares del nacimiento de sus hijos.

Además del día del nacimiento, todos los bebés eran varones, todos pesaron lo mismo al nacer, y todos tenían una gran cantidad de cabello oscuro cubriendo sus cabezas. Si hubieran podido compararlos, se habrían asombrado de las similitudes tan increíbles que había entre sus hijos.

Y así fue aquel día, lleno de alegría en todas esas salas de parto y de maternidad; hubo lágrimas de felicidad, abrazos y besos entre los padres, y felicitaciones por parte de los doctores, enfermeras, amigos y familia. Nada, ni nadie, podrían arruinar ese día en que los bebés del Ala Blenheim entonaron su primer llanto, y así cinco vidas nuevas comenzaron.

Capítulo Diecinueve

Ostende, Bélgica, marzo de 1977

El hombre y la mujer se sentaron uno en cada lado de un gran y cómodo sofá, los niños, Arturo y Alexei, justo en medio. Estaban viendo las noticias en la televisión; la imagen mostraba un gran incendio mientras el reportero declaraba que más temprano ese día, el fuego había destruido la Clínica Sobel, una clínica de fertilidad en las afueras de Bruselas. La clínica la manejaba el Doctor Alexander Renaud bajo la supervisión de la Doctora Margherita Dumas, una de las pioneras más prominentes en el campo de la infertilidad humana. El reportero continuó informando que no hubo muertes, y que todo el personal y los pacientes fueron evacuados a la primera señal de fuego. Ni el Doctor Renaud, ni la Doctora Dumas, habían querido hacer comentarios durante el reportaje, pero un vocero de la clínica había expresado la tristeza que sentían por la pérdida de tan importante trabajo e investigación durante el incendio, y que posiblemente nunca podrían repetir en un futuro. Aun así, estaban contentos de que nadie saliera herido, pero también un poco tristes porque la clínica se había reducido a cenizas, y estaban lejos, económicamente, de poder repararla.

—Trágico —dijo la mujer.

—Absolutamente —dijo el hombre.

—El fuego quema —dijo Arturo.

—Es muy caliente —continuó Alexei.

—El fuego mata —dijo Arturo.

—Lindo fuego —dijo Alexei.

—Ya es suficiente —ordenó la mujer.

—Están desarrollando una gran crueldad para alguien tan joven —le dijo el hombre suavemente a la mujer.

—Se están volviendo realistas, eso es todo —contestó—. Gradualmente se volverán insensibles a estas cosas; estarán libres de ese estúpido sentimentalismo que penetra a los liberales tarados que quieren moldear a

nuestra sociedad moderna. Estos niños sabrán la realidad del mundo, su dolor, sus falsedades, sus inconsistencias, y un día, ellos harán la diferencia. Ahora, guardemos silencio todos, y miremos el fuego, ¿eh?

Los cuatro permanecieron en silencio mientras las flamas del reporte de las noticias en la televisión parecían llegar casi hasta el cielo, hasta las nubes, y el techo de la Clínica Sobel colapsaba. Las últimas imágenes que aparecieron en el reporte fueron las del Ala Blenheim mientras sus paredes caían. Después de eso, la imagen cambio a otra historia menos importante.

Los niños se sintieron aburridos y se levantaron del sofá; se dirigieron a sus colchonetas en la esquina, se acurrucaron, y se quedaron dormidos en cuestión de segundos.

El hombre y la mujer dejaron la habitación y se dirigieron a la oficina que estaba bajo llave, para dejar a los niños dormir mientras el sonido del aire acondicionado los arrullaba.

Capítulo Veinte

Margherita Dumas se sentó frente a Alexander Renaud en una de las mejores mesas del restaurante. Localizado en la Gran Plaza de Bruselas, el Maison du Cygne era uno de sus lugares favoritos donde servían la mejor comida de la ciudad. Ya había pasado un mes desde el incendio que destruyó la Clínica Sobel, y la brigada de investigadores de incendios determinó finalmente que el incendio comenzó accidentalmente, cuando un quemador de uno de los laboratorios quedó encendido cerca de una ventana que estaba abierta para ventilar el lugar. Una ráfaga de viento empujó el quemador y la flama encendió ciertos químicos inflamables en una placa de Petri cercana de un experimento anterior. Tal vez fue el resultado de un descuido de alguien en el laboratorio durante un procedimiento técnico, pero hasta allí llegó la brigada de investigadores.

—Bueno amigo mío, ¿qué hacemos ahora que la clínica ya no está? —le preguntó Dumas a su compañero de cena.

—Creo que sabes muy bien lo que sigue ahora mi querida doctora, ¿no? —respondió Renaud.

Margherita le sonrió mientras se tomaba un momento para saborear los mejillones en su plato.

—Nuestra investigación en la Clínica Sobel ha terminado, tal como sabíamos que pasaría, una vez que nacieran los niños. Nuestros amigos alrededor del mundo nos mantuvieron informados sobre cada nacimiento sin siquiera saber quiénes somos. Los contrataste de manera anónima y les pagaste bien para que nos mandaran información a nuestra dirección postal cuando los bebés nacieran. Sabemos que todos nacieron de acuerdo al plan, a tiempo, y con buena salud. No podrán vincularnos ni con el incendio, ni con los niños; todas las madres guardarán el secreto. Creo que les dejamos claro que podrían estar en riesgo de perder a sus bebés si hablaban de su tratamiento en la clínica. Podemos observarlas desde lejos, siempre habrá alguien que esté dispuesto a ser nuestros ojos y oídos si el precio es el correcto, pero te advierto Renaud, cambia seguido de informantes. No te

arriesgues a que alguno pueda saber demasiado y comience a atar cabos; si eso llegara a pasar, yo digo que tendríamos que recurrir a medidas más severas para asegurarnos de que guarden silencio.

—No te preocupes, nuestro secreto está a salvo, y así seguirá.

—Eso espero Renaud, por el bien de los dos, eso espero.

—Sólo me sorprende cuán rápido aceptaron nuestras instrucciones las mujeres, sobre no mencionar la clínica —dijo Renaud.

—Es que elegimos bien a nuestros conejillos de indias, ¿no, amigo mío? Todas estaban tan desesperadas por tener un hijo y venían de familias tan pobres, que habrían accedido a cualquier cosa siempre y cuando les diéramos lo que querían. Para ellas, un bebé valía más que cualquier fortuna en el mundo. Les cumplimos su sueño; jamás nos van a fallar.

—¿Crees que algún día se enteren de la verdad? —preguntó Renaud.

—¿Por qué lo harían? —respondió Dumas—. Todas creen que sus hijos son el resultado de la implantación del esperma de sus esposos en sus óvulos. Fuimos muy cuidadosos al seleccionar sólo a las mujeres cuyos esposos encajaran con las características físicas que requeríamos para llevar a cabo el proyecto. No, mi querido amigo Alexander, jamás lo sabrán.

Normalmente, Dumas llamaba a Renaud por su primer nombre cuando estaba relajada tal como en ese momento. Tal vez era la comida, o el vino, o un poco de ambos, pero ella sentía como si le hubieran quitado un gran peso de encima desde que la clínica había quedado sólo como un montón de ceniza. Lo que en realidad habían hecho se encontraba en los expedientes que se destruyeron en el incendio; había una copia pero estaba asegurada en algún lugar del que ella estaba segura nadie se enteraría. En esa copia, todas las participantes estaban identificadas solamente con un código numérico; no había nombres, ni siquiera apellidos.

Renaud y Dumas continuaron su cena, ambos estaban tan relajados que comenzaron a hablar de cosas ajenas al trabajo, cosas de tipo más personal, lo cual era bastante inusual entre ellos, ya que normalmente mantenían una relación cercana pero estrictamente profesional. Mientras bebían café y comían una selección de pequeños chocolates de menta que trajo el mesero, Renaud dejó caer de pronto una bomba.

—Me voy a casar —anunció suavemente pero con tono firme.

—¿Te vas a qué? —dijo Dumas, casi ahogándose con un chocolate.

—Me voy a casar —repitió.

—Pero ¿cómo puedes? ¿Y tu trabajo? ¿Dónde la conociste? ¿Quién es? ¿Desde hace cuánto están juntos?

Para alguien que normalmente era muy tranquila, Margherita daba la impresión de ser alguien que estaba a punto de perder el control. Lo que acababa de escuchar la había tomado por sorpresa. Se sintió traicionada y terriblemente decepcionada por el hombre que estaba sentado frente a ella.

—Nuestro trabajo continuará —respondió él, todavía con esa voz suave y reconfortante que tanto cautivaba a las mujeres que conocía—. No hay razón por la cual no podamos continuar trabajando juntos. Marlette está familiarizada con mi trabajo, vagamente claro. Sabe que estoy involucrado en ciertas áreas de investigación, y que trabajo contigo; te admira enormemente, debo agregar. Nos conocimos hace un año; estamos muy enamorados, y la boda será en dos meses. Espero, Doctora Dumas, que me hagas el honor de estar en la ceremonia.

Aunque la noticia la sorprendió, Dumas se dio cuenta de que no era algo para sorprenderse, después de todo, Alexander era un hombre extremadamente guapo. Era sólo cuestión de tiempo para que alguna mujer llegara y encontrara la llave de su corazón y esta tal Marlette, quien quiera que fuera, lo había logrado, obviamente. La doctora sabía exactamente qué hacer.

—Bueno, amigo mío, estoy atónita. Me has dado una gran sorpresa, pero después de todo, ¿qué puedo decir? Los felicito a ambos, pero también tengo que regañarte Alexander, por no mencionar antes a esta chica. ¿Creíste que me interpondría entre ustedes? ¿Acaso fue eso? No te preocupes, estoy feliz por ti, de verdad. Pero, mi buen Doctor Renaud, te estás haciendo experto en guardar secretos, ¿verdad? —le preguntó mientras le guiñaba el ojo—. No te preocupes, estaré allí para tu gran día, y con gusto bailaré contigo en la boda.

Después de decir eso, Dumas alzó su copa, y con una voz alta, para que los demás clientes del restaurante pudieran escuchar, dijo:

—Por ti y tu futura esposa. Les deseo prosperidad y una larga vida juntos, mi *muy muy* buen amigo y colega.

Renaud aceptó el brindis, chocaron sus copas y ambos pasaron media hora conversando, donde él le contó la historia de cómo conoció a Marlette y cómo se enamoraron. Le explicó que no le había dicho sobre su amorío porque no quería desviar la atención de su trabajo, y una vez más le aseguró que su matrimonio no afectaría su trabajo en lo absoluto.

Se despidieron cordialmente en los escalones del restaurante y después ella vio el taxi de Renaud desaparecer a lo lejos mientras esperaba el de ella. Margherita acababa de darse cuenta de que Renaud ya no era de fiar y que tendría que buscar la forma de excluirlo de planes futuros que ella

desarrollara. Tendría que encontrar la manera de cumplir su objetivo sin alejarlo mucho, ya que Alexander sabía demasiado.

Capítulo Veintiuno

Bruselas, junio de 1977

La boda no fue para nada lo que Margherita esperaba. Creyó que Renaud querría algo más grande para el día en que sellara su amor con su esposa Marlette, pero en realidad, la lista de invitados fue mínima. Sólo hubo unos cuantos amigos cercanos y familia; el evento fue en una pequeña iglesia en las afueras del pueblo, cerca de donde vivían los padres de Marlette.

Dumas se comportó como la amiga y colega perfecta ese día, pero justo antes de que la pareja se retirara de la recepción para ir a un pequeño hotel y comenzar su viaje al aeropuerto para tomar su vuelo hacia su luna de miel, llevó al novio hacia una esquina.

—Alexander, no quiero arruinarte el día, pero tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa Margherita? ¿No puedes esperar hasta que regrese de mi luna de miel?

—Lo siento mi amigo, pero no puede esperar. Debo encontrar un lugar nuevo para mi investigación. Voy a buscar nuevas instalaciones, pero no en Bélgica. Tomará algo de tiempo encontrar una nueva ubicación y establecerse, pero cuando por fin lo haga, no pasaré tanto tiempo aquí como ahora. Claro que continuaremos trabajando juntos en el Proyecto Génesis^[4], el cual es de vital importancia, pero quería que supieras que las cosas van a ser diferentes cuando regreses.

Renaud sonrió como si ya estuviera esperando algo así.

—Margherita no te preocupes, estaré bien. Sé que necesitas un nuevo reto y no sería recomendable poner otra clínica en Bélgica tan pronto, después de lo que paso con Sobel.

—No será una clínica, Alexander, será un lugar únicamente para investigación.

—Está bien, como tú digas pero ¿cómo vamos a continuar con Génesis si ya no estás en el país?

—Seré un representante en el nuevo lugar, pero habrá personal que se encargará de las cosas del día a día y de mantener el funcionamiento del establecimiento. Estaré aquí seguido para encargarme de algunas cosas, y para supervisar el proyecto juntos hasta que los sujetos estén listos para ser independientes. Mientras tanto, voy a preparar una nueva casa Génesis en la nueva ubicación para que podamos ir y venir.

—Entiendo —dijo Renaud—. ¿Y cómo vamos a explicar lo de...?

—Déjame a mí; me encargaré de todo —respondió.

Poco después de eso, Alexander y Marlette Renaud se fueron a su luna de miel a Hawái. Margherita se unió a la familia y amigos mientras los despedían en su taxi que los llevaría al aeropuerto.

Después se dio cuenta, de que darle las noticias a Renaud, había sido más fácil de lo que había pensado. Creyó que se enojaría al enterarse de ella no iba a reconstruir las instalaciones en Bélgica y así continuar con su trabajo, pero pues, ella nunca había estado enamorada, así que no se daba cuenta de que ahora Renaud tenía cosas más importantes de las que encargarse que la infertilidad de otras mujeres o de hecho, y quizás un poco más preocupante, del Proyecto Génesis. Sería necesario observar a Renaud, y muy de cerca.

Capítulo Veintidós

Ostende, junio de 1977

La mujer observó en silencio a los dos niños mientras continuaban con su dieta de televisión con imágenes de guerra, la inhumanidad del hombre hacia el hombre y escenas del holocausto, y sonrió para sí. Los niños casi habían sido totalmente insensibilizados ante el sufrimiento humano. Ver la muerte ya se había vuelto parte integral de su vida, y el concepto o el hecho en sí no les provocaban miedo alguno; así era justo como ella lo deseaba.

Intelectualmente, se estaban desarrollando tal como ella lo predijo; sus mentes eran ágiles, había destreza en sus manos, y sus habilidades analíticas eran idénticas a las del hombre cuyos genes se habían unido a los de ella para crear a los niños. Creían ser los progenitores perfectos, el ideal estándar a los cuales se deberían parecer las futuras generaciones; ahora todo lo que tenían que hacer, era probarlo.

Otros creyeron que podrían modificar el modelo humano para satisfacer las necesidades de los padres, o de la sociedad, y muchos lo intentaron, pero ella sabía sin duda que en lo que otros habían fallado, y seguirían fallando, ella ya había tenido éxito.

Sus niños eran la prueba de ello, de eso estaba segura.

Incluso Hitler había fallado; su intento por crear una raza superior había resultado un desastre. Los americanos, los rusos, los ingleses e incluso algunos en Bélgica creyeron que lo lograrían primero, pero no lo hicieron y jamás podrían, ya que ella lo había hecho primero, y ahora su logro se encontraba allí, sentado en el suelo, mirando escenas de horror de todo el mundo, el sonido se elevó para acentuar la devastación que se podía observar.

Los niños la miraron y le sonrieron; en sus sonrisas había una mezcla de la inocencia de la infancia y el conocimiento que ahora tenían por la exposición constante al lado oscuro del hombre. Ella creía que pronto estarían listos para el siguiente paso en su educación, pero por ahora, la cultura podía esperar. La educación estaba llegando a un nuevo nivel en aquella habitación

refrigerada, donde nunca brillaba el sol ni se escuchaba el canto de los pájaros.

Ella les sonrió también, después ambos corrieron a sentarse en el sofá, uno a cada lado. Se sentaron en silencio hasta que les ordenó que apagaran la televisión, y Arturo obedeció de inmediato.

—Duerman —les ordenó, y ambos niños corrieron hacia el montón de colchonetas, se acurrucaron juntos como cachorros buscando calor, y quedaron dormidos en segundos.

La mujer esperó un minuto y después de acercó a los niños que dormían, con dos jeringas que había ocultado en su bolsillo. Las inyecciones que les administraba mientras dormían, aseguraban que no despertaran en un buen rato; eso le daría a ella suficiente tiempo para hacer cosas antes de regresar a la habitación sin ventanas una vez más.

En dos minutos ella se había ido, y los niños dormían y soñaban, y la imaginación de sus sueños era indescriptible.

PARTE DOS

EL PASO DEL TIEMPO

Capítulo Veintitrés

Ostende, Bélgica, primavera de 1989

El sonido del concierto del piano llenó la habitación, la mujer cerró sus ojos y dejó que la música se adentrara en su mente y en su alma. El chico, un joven ahora, era increíblemente guapo y sus manos se movían con la habilidad de todo un pianista; bailaban sobre las teclas con la gracia de una bailarina. A su lado estaba su hermano con violín en mano, listo para reforzar el concierto. Mientras pasaba el arco sobre las cuerdas del instrumento y ambos comenzaban a tocar juntos, la mujer permanecía cautivada por lo que estaba escuchando.

Arturo y Alexei tenían ahora quince años, aunque cualquiera hubiera pensado que tendrían veinte. Eran altos, de cuerpo fornido y atlético, y la mujer consideraba que había invertido en ellos y en su educación tan inusual, pero todo había valido la pena.

Eran inteligentes, tenían buen conocimiento en las materias educativas más difíciles, y dominaban cinco idiomas. Tenían el encanto y el ingenio de adultos que les doblaban la edad; tenían talento para la música, lo cual era evidente después de ver tal actuación.

Cualquier otra persona los consideraría prodigios, y de hecho, su educación había ido más allá que la típica que tendría cualquier otro chico de quince años. La persona que los viera se daría cuenta, si escarbara un poco más, que eran dos chicos que mostraban una actitud casi amoral hacia otros humanos. Eran dos jóvenes que no veían lo malo en el homicidio o la extorsión para lograr un objetivo, y que valoraban muy poco la vida humana; para ellos no era nada más que algo que se puede explotar para el uso que mejor les convenga.

Su crianza tan extraña los había hecho incapaces de mostrar cualquier sentimiento hacia otra persona, la única pizca de amor dentro de ellos, la tenían reservada para la mujer que los observaba y para el hombre que

conocían como Papá. Se parecían mucho a él, a decir verdad, el parecido era impresionante.

Academia Aboyne, Aboyne, Escocia, mayo de 1989

El joven Harry Houston odiaba las juntas de padres, particularmente odiaba el hecho de que tenía que sentarse en medio de los suyos enfrente de los maestros que hablaban de él como si no estuviera allí, como si fuera invisible para ellos.

Justo ahora hacían eso, su madre y su padre estaban en una conversación muy seria con el señor McAdam, el jefe de carrera. Harry recién había cumplido trece años y aún le faltaban años para terminar la escuela, aun así el director alentaba a los chicos de la edad de Harry o mayores, a reunirse regularmente con el jefe de carrera, para discutir su futura carrera.

Harry temía que este día llegara, ya que sabía que el señor McAdam revelaría su gran secreto, y su padre no estaría feliz, eso era seguro.

—¿Un qué? —gritó el señor Houston, tan fuerte que se pudo escuchar en todos lados—. ¿Un oficial de policía? ¿Me está diciendo que él quiere ser un oficial de policía? Este niño jamás lo hará, déjeme decirle. Él tiene que continuar el negocio de la familia, y eso es lo que va a hacer.

Y así fue como se descubrió el secreto de Harry.

El señor McAdam le habló suavemente a Angus Houston, en un intento de calmarlo.

—Sr. Houston, escuche por favor. En este momento, Harry es muy joven para tomar decisiones sobre su futuro, nosotros simplemente alentamos a los chicos aquí en la escuela a buscar opciones para su futuro, y les proporcionamos toda la información que necesiten para que formen opiniones informadas sobre lo que les gustaría hacer cuando terminen la escuela. He de decirle que desde su primer día aquí, Harry siempre ha expresado su deseo de unirse a la fuerza policial cuando crezca y se vaya de casa.

La última oración de McAdams fue como una segunda bomba para el padre de Harry, cuyo rostro que estaba rojo del coraje ahora se había tornado de un rojo más intenso.

—¿Cuando crezca y se vaya? Déjeme preguntarle, ¿qué le hacen a los niños en esta escuela? ¿Por qué los alientan a buscar carreras que van en contra de los deseos de sus familias? ¿Por qué quieren que dejen sus hogares

y se vayan por ahí persiguiendo un sueño imposible estúpido e infantil? Mi hijo va a ser un carnicero, ¿me escuchó? ¡Un carnicero!

—Usted tiene otro hijo Sr. Houston, ¿alguna vez ha pensado que talvez Duncan quiera hacerse cargo del negocio algún día?

—¿Por qué Duncan?, si no es más que un chiquillo, y Harry es el más grande; es su obligación hacerse cargo cuando me retire.

—Sr. Houston, sólo puedo pedirle que vaya a casa y hable con sus hijos; pregúnteles cómo se sienten, se trata de sus vidas después de todo. No siempre podemos vivir nuestros sueños a través de nuestros hijos, por más que queramos. Hable con los chicos Sr. Houston, por favor.

Fue entonces que Angus Houston tuvo que enfrentarse a la posibilidad de que su hijo más grande no quisiera ser parte del negocio, el cual había pasado toda una vida construyendo.

Más tarde en su hogar, su segundo hijo Duncan, que entonces tenía diez años, les dijo a sus padres que quería ser carnicero como su padre cuando creciera. Angus sonrió, pero gruñó cuando Harry le reiteró su deseo de convertirse en oficial de policía. Eventualmente, fue la madre de Harry quien calmó la situación, simplemente diciendo:

—Bueno Angus, creo que estaría muy bien tener un policía en la familia. Harry se verá maravilloso en uniforme, y el negocio estará bien cuidado por Duncan cuando llegue el momento, y hay que ser honestos, igual vas a estar orgulloso cuando veas a tu hijo recorriendo las calles haciendo cumplir la ley.

Angus era un hombre terco y orgulloso, pero sabía que tenía que admitir su derrota.

Con Margaret del lado de Harry, él jamás ganaría pero también sabía que no sería correcto obligar al chico a dedicarse a una carrera que no amara. Angus recordó y deseó no haber traído aquel casco de policía de plástico barato del mercado en Aberdeen, unas navidades atrás. En ese entonces, Harry se lo puso y jugó con él por mucho más tiempo que con cualquiera de sus otros juguetes más caros. De hecho, jugó con él varios años, y esa cosa todavía estaba guardada en una esquina del armario del chico en su habitación. Angus se dio cuenta entonces, que él había sido el arquitecto de su propia perdición; así que aquel tosco carnicero sonrió y finalmente cedió. Debajo de aquel exterior tan rudo, había un corazón de oro; el corazón de un hombre que idolatraba a su esposa e hijos, y que haría lo que fuera para verlos felices. Simplemente a veces no lo demostraba, eso era todo.

—Muy bien pues —dijo—, será oficial Houston, pero recuerda esto Harry: Tú seguirás trabajando en la tienda todos los sábados, hasta que salgas

de la escuela.

Harry y su madre le sonrieron, después Angus abrazó a su hijo mayor, y Harry miró a su padre agradecido.

—Sí padre, gracias, no te defraudaré.

En ese momento, el camino se había determinado para el joven Harry, y sin saberlo él, acababa de dar el primer paso en un camino que lo llevaría un día a ver los casos más extraños e inusuales en la historia, aunque aún faltaba mucho para eso. Su cita con el destino había sido pactada, sólo que aún no lo sabía.

Capítulo Veinticuatro

Turín, Navidad de 1989

Los programas de noticias de los últimos días habían estado repletos de historias sobre la invasión americana en Panamá, las tropas estadounidenses fueron desplegadas para capturar al General Manuel Noriega. La misión fue exitosa y eventualmente el panameño fue sentenciado a 40 años de cárcel.

En Europa, el día de Navidad se vio marcado en Rumania por la ejecución del presidente destituido Nikolae Ceaușescu, un firme comunista, y su esposa Elena, debido a los levantamientos que derrocaron su gobierno.

En el pequeño departamento de los Cannavaro, en el centro de la ciudad de Turín, esa y otras noticias eran sólo trivialidades. La pequeña y feliz familia se sentaba alrededor de las luces brillantes de su árbol de Navidad barato, el cual se encontraba en el centro de la sala. Lucía y Antonio miraban a su hijo Ángelo, de doce años, mientras jugaba felizmente con algunos juguetes y juegos que pudieron pagar para darle una feliz Navidad. Eran tiempos difíciles para los Cannavaro, pero cada año hacían sus preocupaciones financieras a un lado durante algunas semanas, para asegurarse de que su hijo a quien tanto amaban, tuviera la Navidad que merecía.

Mientras Ángelo jugaba con sus juguetes y se reía de las payasadas de sus padres quienes se unieron al juego, en otros lugares había escenas similares. En Nueva York, Londres, Dublín y Zúrich, los demás niños del Ala Blenheim disfrutaban de una Navidad con sus padres. Para algunos de ellos, sería la última Navidad feliz en un buen tiempo.

Ostende, Bélgica, Navidad de 1989

La mujer se sentó a observar a Arturo y Alexei mientras miraban el video que había puesto en la videocasetera. Ambos chicos estaban fascinados con

las escenas de caos y muerte que se podían observar en la pantalla. Ya habían visto ese video muchas veces, pero jamás dejaban de sentir esa fascinación al ver la matanza de inocentes por parte del ejército chino ese año, poco después de las protestas estudiantiles en la Plaza Tiananmén.

De nuevo su padre no estaría con ellos en Navidad; aunque lo veían de vez en cuando, su madre les había dicho hacía mucho, que Papá tenía otras cosas que hacer y que ya no podía quedarse con ellos todo el tiempo, y ellos aceptaron las noticias fácilmente. La mujer estaba consciente de que les había dicho lo suficiente como para asegurarse de que los chicos siempre siguieran sus instrucciones; su padre era un personaje secundario en sus vidas, y siempre lo sería.

La mujer se retiró dejando a los chicos felizmente viendo escenas de matanza en la televisión, y regresó a la oficina. De vez en cuando los observaba por la cámara mientras se tomaba unos minutos para revisar algunos papeles en su escritorio. Entre los papeles encontró un sobre con la típica letra del hombre que lo había enviado; lo abrió y encontró adentro dos tarjetas de Navidad. Una era para ella; la leyó y después la guardó en su bolsa, más tarde la pondría en la repisa de la chimenea. La otra estaba dirigida a Arturo y Alexei, y con la firma: «De Papá».

Con una sonrisa torcida, la mujer la echó en el bote de basura.

Capítulo Veinticinco

En los seis meses siguientes a la Navidad, una serie de eventos extraños y trágicos comenzaron a afectar a las familias de los niños del Ala Blenheim. A menos de un mes de empezar el Año Nuevo, Antonio Cannavaro fue golpeado, mientras iba del trabajo a su casa, por un conductor que se dio a la fuga. El único testigo del accidente fue un borracho, muy poco confiable, que se dirigía a su casa desde un bar. Él vio todo desde la banqueta donde se había sentado para descansar las piernas que no le respondían; le contó a la policía que Antonio estaba cruzando la calle cuando un automóvil apareció de la nada y aceleró directo hacia el pobre hombre. El choque entre el automóvil y el hombre fue tan violento que el cuerpo de Antonio salió volando sobre el techo del automóvil y cayó sobre su cabeza con un horrible golpe en seco mientras el automóvil aceleraba sin detenerse. El borracho no estaba seguro, pero creía que el conductor, que llevaba sombrero, podría ser una mujer. No tomó el número de las placas del automóvil, estaba demasiado conmocionado por lo que había visto, borracho o no.

Antonio Cannavaro había muerto mucho antes de que la ambulancia y la policía llegaran a la escena.

En febrero, Vincent Garrelli se cayó de la plataforma de la estación del subterráneo, justo debajo de las ruedas del tren que llegaba a la estación en ese momento. En la estación había una multitud, fue durante la hora pico cuando las personas se empujan y compiten por encontrar un lugar mientras esperan el tren. Aun así, hubo una o dos personas que le juraban a la policía que vieron a una mujer vestida de negro, con una sudadera con capucha que le cubría la cabeza, parada justo detrás de Vincent justo antes de que cayera. La opinión general entre los testigos era que la mujer desconocida había empujado a Vincent Garrelli, quien murió instantáneamente cuando las ruedas del tren aplastaron su cráneo como a un melón. La investigación de la policía no encontró evidencia de algo sospechoso; no había nada que corroborara las teorías de los testigos sobre la mujer de negro.

Dos semanas después de la muerte de Vincent, Elizabeth Hammond se convirtió en la tercera viuda de las pacientes de Sobel. Su esposo Michael, al parecer, había sido víctima de un extraño accidente en el aeropuerto donde había trabajado por más de veinte años. Mientras descargaba un 747^[5] que recién había llegado desde Atenas, un gran cajón de madera para embalaje se resbaló de una carretilla elevadora cayendo sobre su cabeza y matándolo al instante. La carga no había sido asegurada correctamente y los cinchos que debían mantenerla en su lugar se debilitaron debido al uso constante y se reventaron por el peso de la caja. La policía británica del aeropuerto que investigó el incidente tuvo la teoría de que los cinchos pudieron haber sido debilitados a propósito al dejar un objeto afilado rozándolos por un determinado periodo de tiempo, esto aseguraría que el peso provocara la ruptura, pero no tenían prueba de que ese fuera el caso, y no había motivo aparente por el que alguien quisiera asesinar a un inofensivo despachador de equipaje. Lo más extraño del caso, según la policía, era que la caja había caído justo cuando Michael conducía el vehículo para colocarlo en su posición justo delante de él, y que si hubiera sido premeditado, ¿cómo podría el asesino saber exactamente cuánto debía debilitar los cinchos para hacer caer la carga justo en ese momento?

La mayor discrepancia provenía de un testigo, un miembro del equipo de despachadores de equipaje, que le dijo a la policía que una mujer despachadora había hecho algunos ajustes de último minuto en la carga justo antes de que la sacaran de la zona de carga debajo del avión. Nadie más vio a la mujer, y los registros del personal del aeropuerto no mostraban a ninguna mujer despachadora en servicio en ese momento, así que eventualmente se creyó que el testigo se había equivocado. Uno de los oficiales de policía involucrados en la investigación creía que había algo más que lo que se había descubierto, pero como el forense determinó que había sido muerte accidental, no había nada que él pudiera hacer para continuar el caso.

Si las mujeres que habían dado a luz en los Idus de marzo en 1977 hubieran seguido en contacto, era seguro que Theresa Dunne y Katerina Todt estarían extremadamente preocupadas debido al destino que habían sufrido los hombres casados con Lucía Cannavaro, Elizabeth Hammond, y Tilly Garrelli.

Ya que no tenían idea de lo sucedido, ignoraban cualquier posible peligro para sus cónyuges, después de todo, las autoridades habían determinado las tres muertes como accidentales así que, ¿por qué habrían de temer?

La siguiente en sufrir por los caprichos del destino fue la pobre de Katerina Todt.

Su esposo, Wilhelm, había estado trabajando hasta tarde y cuando iba camino a casa una mujer que no conocía se le acercó. Ella le pidió indicaciones para llegar a la oficina central del banco; Wilhelm le dijo que estaba justo cruzando el puente al que se estaban acercando. Se ofreció a mostrarle el camino, y mientras cruzaban el puente la mujer de pronto gritó mientras apuntaba algo en el río que se encontraba debajo.

Mientras él se acercaba a la orilla del puente para asomarse, la mujer lo tomó por los pies y en un rápido movimiento lo lanzó hacia abajo al agua oscura de 12 m de profundidad. Al chocar contra el agua Wilhelm murió en segundos; nunca aprendió a nadar, y su cuerpo fue encontrado la mañana siguiente a la orilla del río sin señales evidentes de algo raro. En esta muerte no hubo testigos, y se asumió que había caído mientras miraba sobre el parapeto del puente, o aún peor, se había suicidado, lo cual Katerina se negaba rotundamente a creer. Ella les dijo a los investigadores que eran una pareja feliz con un hijo maravilloso, y que no había razón en el mundo por la que Wilhelm quisiera quitarse la vida; inevitablemente su muerte también fue registrada como accidental.

El primer día de mayo, cuando se celebraba el día del trabajo en todo el mundo, Patrick Dunne zarpó en su bote de pesca temprano por la mañana. Quería pescar langostas como era su costumbre, y se encontraba justo a un kilómetro y medio de la costa, cuando de pronto una explosión arrasó con el bote. El motor no estaba funcionando bien y él se había inclinado para intentar arreglar el problema, el cual creía que probablemente era causado por una falla en la bomba del combustible.

Cuando levantó la cubierta del motor hubo una explosión que lo arrojó por la cubierta; su rostro cubierto en llamas, la piel de sus manos cubiertas de quemaduras. Las llamas se esparcieron rápidamente por todo su cuerpo y Patrick murió mientras su cuerpo se retorció en un último intento por escapar del fuego que lo consumía, cayendo del barco hacia las profundidades del océano. Las llamas que cobraron su vida se esparcieron por todo el barco que también se hundió al fondo siguiendo a su dueño.

Desafortunadamente, nadie en la costa o en el mar había sido testigo de la tragedia, y aunque Theresa reportó a su esposo como desaparecido cuando no regresó a casa esa noche, fue hasta tres semanas después que su cuerpo fue encontrado en la costa, pero para entonces había muy poco para confirmar su identidad y mucho menos para determinar la causa de muerte; sólo los

registros dentales permitieron identificar el cuerpo. Los restos del bote jamás se encontraron; ahora residen en algún lugar del mar de Irlanda, y toda la evidencia del deceso desapareció.

Toda la comunidad local asistió al funeral de Patrick; su muerte tan repentina fue un *shock*. Hubo mucha tristeza y solidaridad para la pobre esposa Theresa y su pequeño hijo, Patrick junior. La muerte del esposo de Theresa había sido, obviamente, un trágico accidente.

Entre enero y mayo de 1990, cada mujer que dio a luz después de recibir tratamiento en el Ala Blenheim de la Clínica Sobel en 1976, había quedado viuda.

Nadie sabía o podría sospechar sobre alguna conexión entre las muertes de aquellos hombres que vivían tan lejos el uno del otro en Nueva York y Turín, Dublín y Zúrich, ya que no había nada registrado que conectara sus vidas; al menos así se suponía que fuera.

Capítulo Veintiséis

Instituto Strada, Zúrich, julio de 1994

—Bueno Margherita, veo que todo va bien contigo. Este instituto se ha convertido en un lugar maravilloso, un ejemplo para la investigación que siempre quisiste hacer.

La gente de todo el mundo te honra y te respeta por el trabajo que haces aquí; te felicito.

Margherita Dumas asintió en agradecimiento; hacía tiempo que no miraba a Renaud en persona, aunque mantenían contacto regular por teléfono. Los dos seguían atados por lo que había sucedido años atrás, aunque ella hubiera preferido no volver a ver a Renaud nunca jamás, sabía que era necesario que se encontraran de vez en cuando. De hecho, había sido ella quien le pidió que la encontrara en las nuevas instalaciones a las afueras de la bella ciudad de Zúrich.

—¡Qué lejos has llegado desde aquellos días en Sobel! De ser una humilde especialista en Embriología y Fecundación Humana a ser una de las líderes investigadoras en el mundo, en el campo de la clonación. ¡Vaya que has llegado lejos!

—Renaud continuó.

Hubo un cierto grado de ironía en la voz de Renaud que no pasó desapercibido para Dumas.

—¿En serio, Alexander? Si no te conociera mejor diría que hay un tono de celos en tu voz.

—Claro que no, Margherita, claro que no. Simplemente quería señalar que aquellos que se burlaron de ti talvez ahora pensarían diferente si supieran lo que hiciste hace años, es todo. Lo que hicimos estuvo realmente mal, lo sabes, ¿no?

—¿Mal? ¿Cómo puedes decir que estuvo mal? Lo que hicimos fue lograr un milagro. Fuimos más allá de los límites de la ciencia médica y la tecnología, y tuvimos éxito donde nadie más intentó antes.

—Sí, lo hicimos, pero jamás podremos decirle a alguien, ¿o sí?

—No es necesario, ¿qué no te das cuenta? A lo que aprendimos le hemos dado un buen uso, y yo no te veo regresando los cheques que te deposito en el banco regularmente por tu parte en el proyecto, ¿verdad?

Renaud se quedó en silencio.

—Es sobre el Proyecto Génesis del que quiero platicar hoy —continuó—. Puede que haya un pequeño problema con los sujetos experimentales originales.

—Esos «sujetos experimentales» son seres humanos; tienen nombres ¡Por Dios! ¡Tú los nombraste! Compartimos su crianza hasta que me alejaste de ellos, apenas si los veo ahora, sólo cuando lo consideras apropiado puedo visitarlos, o cuando los traes a Bélgica.

—Claro que tienen nombres, pero también las mascotas, como los perros, gatos y hámsteres. Podemos referirnos a ellos como quieras, pero eso no cambia el hecho de lo que son realmente. Un experimento, uno que consume mucho tiempo, pero aun así, son sólo un experimento.

—¡Por Dios! A veces sueñas como si no tuvieras corazón, ¿lo sabías? ¿Qué no sientes nada por ellos? ¡Salieron de tu vientre!

—¡Ay, por favor, Renaud! No te pongas sentimental conmigo; tú sabías lo que estábamos haciendo desde el principio, no pretendas que no.

—Bueno, al grano. ¿Cuál es el «problema» con los niños?

—Son las células irradiadas; están provocando algunas complicaciones médicas imprevistas en los chicos.

—¿Qué tiempo de complicaciones? —preguntó Renaud con una mirada llena de preocupación que de pronto apareció en su rostro.

—Bueno —dijo Dumas—, en primer lugar su índice metabólico está incrementando, lenta y casi imperceptiblemente, pero está incrementando, y no existe una razón médica del por qué está sucediendo. También, algunos de sus órganos internos muestran señales de degeneración prematura, es como si las células irradiadas que agregamos al proceso hubieran comenzado un proceso de colapso. Aún no sé si será una condición permanente o si se puede revertir de alguna manera. Necesito tu ayuda, debes venir a verlos y darme tu opinión.

—¿Qué tal si vamos a un hospital? —preguntó Renaud.

—¿Estás loco? —gritó Dumas—. ¿Cómo vamos a llevarlos al hospital? Nos harían demasiadas preguntas, y si la verdad saliera a la luz, ambos terminaríamos tras las rejas por mucho tiempo; ya deberías saber eso.

Después de un momento de pensarlo, Renaud respondió.

—Creo que lo que estás diciendo es que el material irradiado que incluimos al crearlos, ha comenzado algún tipo de reacción interna en cadena, y que no sabes cómo detenerla, ¿es correcto?

Dumas miró a Renaud directo a los ojos y simplemente asintió. Por primera vez en muchos años, se había quedado sin palabras.

—¡No debimos haberlo hecho! —gritó Renaud—. Pero no podíamos esperar, ¿verdad? Queríamos que las cosas pasaran justo en ese momento en lugar de regresar al inicio y comenzar de nuevo.

—Eso habría tomado diez años —dijo Dumas—. Aún estaríamos intentando de no haber agregado esas células extras al Proyecto Génesis.

—¿Génesis? —dijo Renaud furioso—. Por lo que acabas de decirme más bien parece que hemos creado una bomba de tiempo viviente dentro de esos niños. Si no podemos revertir el progreso de la reacción, podemos esperar una muerte prematura, no sólo para ellos sino también para los otros usados en el proceso. ¡Eso no es Génesis Margherita, eso es *Némesis*^[6]! ¿Te das cuenta de lo que hemos hecho? Al parecer les implantamos una célula en sus cuerpos que causa que se autodestruyan. No sé cómo, tengo que verlo, pero lo que me describes es algún tipo de proceso de envejecimiento acelerado, y si eventualmente *tienen* que ir a un hospital, es seguro que se vuelve de dominio público.

—No irán a ningún hospital Renaud, nunca jamás, ¿comprendes? Tú y yo haremos lo que podamos, pero no podemos ir a un hospital. Encontraremos una manera de detener lo que sea que les esté ocurriendo. Nosotros los creamos, y nosotros podemos curarlos. Aunque debo decir que me gusta tu descripción de lo que posiblemente hemos creado, ¡una célula Némesis! Suena bien, así es como la llamaremos; tenemos que curar sus células Némesis.

Fue al escuchar esas últimas palabras que el Doctor Alexander Renaud se dio cuenta cuánto habían cambiado Margherita y él con los años. Él sabía muy poco sobre lo que ella había estado haciendo después de aquellos días en la Clínica Sobel, excepto el hecho de que era realmente admirada por sus pares y respetada por todos los que conocían su trabajo pionero. A nivel personal, a parte del hecho de que jamás le preguntó sobre su matrimonio, o de cómo estaba progresando su carrera, ella lo había excluido de la vida de los dos niños. Sólo ahora, cuando parecía que algo estaba realmente mal con sus hijos, de pronto ella necesitaba de su ayuda.

En el auto de camino a la casa que ella compartía con los chicos, Dumas continuó diciéndole a Renaud todas las cosas que probablemente él hubiera

olvidado.

—Sólo recuerda Alexander —dijo mientras conducían por la carretera hacia las afueras de la ciudad—, que si no hubiera sido porque tú y yo nos separamos, yo jamás hubiera tenido que deshacerme de los esposos. Debes darte cuenta de que tuve que hacerlo porque ya no estabas aquí, y quería asegurarme de que los otros chicos tuvieran una crianza similar a la de los nuestros. Alexei y Arturo crecieron sin un padre que estuviera allí para ellos, así que tuve que crear las mismas circunstancias para los otros. Si te das cuenta, ¿verdad? Jamás estuviste de acuerdo con lo que hicimos y eras demasiado quisquilloso entonces, y creo que siempre lo serás.

—Nosotros no nos separamos Margherita. ¡Jamás fuimos una pareja! Trabajábamos juntos, ¡eso era todo! No había necesidad de que hicieras lo que hiciste. ¡Por Dios, mujer! Mataste a cinco hombres inocentes, sólo para que tu experimento prosiguiera según tus parámetros. ¿Por qué diablos los demás tenían que crecer igual a los nuestros?

—No fue sólo por eso —respondió—. Piénsalo Renaud, ¿qué tal si en algún momento esos chicos hubieran necesitado una transfusión de sangre, y sus «padres» se hubieran ofrecido como donadores? ¿Qué tal si por alguna razón uno de ellos fuera sometido a una prueba de ADN y se descubriera la verdad, y los «padres» se dieran cuenta de que realmente no son los padres? Hubiera sido el infierno Renaud, un verdadero *infierno*, si se hubieran enterado. Pude haberlos matado años antes, pero no tenía los recursos; cuando llegó el momento, tuve que hacerlo yo misma ya que tú te acobardaste, insecto. Se lo dejaste a una mujer; yo sólo hice que las cosas fueran más seguras para nosotros.

—¿Me acobardé? ¿Así es como lo llamas, cuando simplemente me rehusé a ayudarte a matar cinco hombres? No había necesidad de hacerlo. Si alguna vez se hubiera sabido sobre el ADN de los chicos, o de su origen, hubiéramos podido decir que fue un error de la clínica; no había necesidad de matarlos a todos.

—¡Qué tonto! Aceptar un error de la clínica hubiera destruido mí, *nuestra* credibilidad, ¿qué no te das cuenta? No había otra salida.

Alexander sabía que no tenía caso seguir discutiendo con Dumas; sabía que ella se había desconectado de la realidad y que juraba que lo que ella, o más bien *ellos* habían hecho hacía años en la Clínica Sobel, era de vital importancia y que el secreto se tenía que proteger a toda costa, sin importar si eso era a expensas de vidas inocentes. Ella mataría para proteger el Proyecto

Génesis, y él estaba seguro de que también mataría para evitar que se supiera sobre la llamada célula Némesis, en el mundo de la medicina.

Mientras el automóvil se aproximaba a la entrada del granero que se había adaptado para que fuera el hogar de Dumas y los chicos, Renaud tuvo una sensación de inquietud mientras trataba de imaginar lo que encontraría detrás de aquellas puertas de roble gruesas, imponentes y pesas, que estaban en la entrada.

Capítulo Veintisiete

Aberdeen, Escocia, julio de 1994

El edificio de la calle St. Andrew que pertenecía a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Robert Gordon en Aberdeen, tenía uno de los mejores laboratorios educativos del país. Tenía una gran gama de instrumentos que le permitían a los alumnos estudiar una amplia variedad de aplicaciones forenses, entre los instrumentos se encontraban espectrómetros, cromatógrafos, y analizadores de ADN. El edificio tenía un área dedicada a la examinación forense, con microscopios especializados y equipo de análisis de documentos, además se podían simular escenas del crimen para su estudio.

Fue en este edificio donde Harry Houston, de dieciocho años, comenzó su vida universitaria al estudiar para un título que le permitiría entrar al Colegio Escocés de Policía en Tulliallan en el condado de Fife. Una vez que obtuvo el título, Harry podía imaginarse siendo parte del programa de acenso acelerado de la fuerza policial, y también se imaginaba como inspector antes de cumplir los treinta, o talvez un poco antes.

Nadie estaba más orgulloso de Harry que su padre Angus, el día que comenzó su nueva vida como estudiante universitario; sus objeciones por la decisión de Harry de no continuar el negocio familiar, habían quedado en el olvido.

Angus y Margaret llevaron a Harry a Aberdeen y lo ayudaron a instalarse en uno de los dormitorios de la universidad, y se aseguraron de que tuviera todo lo que necesitara para sentirse cómodo para comenzar su vida estudiantil.

Harry les recordó que sólo estaría a 64 km de casa, y que los vería casi todos los fines de semana, pero como todos los padres, se portaron como si Harry fuera a vivir a miles de kilómetros de allí. Margaret tenía lágrimas en sus ojos mientras se subían a su automóvil y se alejaban del edificio donde Harry viviría. El hermano menor de Harry, Duncan, los acompañó para

ayudarlo a instalarse, y mientras se alejaban al partir le dijo adiós a su hermano desde el asiento trasero del carro familiar; un Ford Granada azul oscuro.

Ahora que Harry había dejado el hogar oficialmente, Duncan se sentía más maduro, y como pronto empezaría a trabajar medio tiempo con su padre en la carnicería, parecía como si una nueva vida comenzara, no sólo para Harry sino también para Duncan y sus padres.

Apenas hubo palabra durante el trayecto hacia Ballater, a excepción de cuando Margaret hablaba sobre las cosas que estaba segura que Harry había olvidado y que ella le enviaría después, o se preguntaba en voz alta si él tendría frío durante la noche al dormir en una cama nueva. Angus le recordó rápidamente que los dormitorios tenían calefacción, y que probablemente Harry estaría más cómodo que nunca; finalmente ella guardó silencio cuando Angus la regañó una vez más por portarse como mamá gallina cuando pierde a su polluelo preferido.

En cuanto a Harry, tan pronto como sus padres y su hermano se fueron, no perdió tiempo y se puso a desempacar, colgó su ropa en el armario, y puso sus libros y sus materiales sobre el escritorio de su habitación. Después llegó el momento de dar un recorrido por las instalaciones.

Mientras paseaba por el lugar y los laboratorios del edificio de la calle St. Andrew, Harry se sentía como un niño suelto en las grutas de Santa Claus. Observó cada pieza de equipo, deslizó sus dedos por las superficies metálicas de los espectrómetros y toda la parafernalia que sería parte de su vida por los próximos tres años. Hizo notas mentales de aquellas piezas de equipo que no le eran familiares y que requerían mayor investigación. Estaba determinado a familiarizarse con cada cosa que utilizaría durante sus estudios y a tener éxito para ser el mejor en su carrera, y sabía que el tiempo que pasara en la universidad sería un paso más para lograr cumplir su más grande sueño.

Esa noche, mientras algunos de los novatos de la universidad se tomaban un momento para mezclarse y presentarse con sus compañeros mientras bebían en alguno de los bares cercanos al lugar, Harry Houston se sentó en su habitación en silencio, leyendo una y otra vez el folleto con la información sobre su carrera, su emoción crecía a cada minuto; ¡ya no podía esperar para comenzar!

Capítulo Veintiocho

Zúrich, julio de 1994

Renaud y Dumas cruzaron el pasillo de madera del granero adaptado, al que llamaban hogar. Los tacones de Dumas golpeaban contra la madera pulida del suelo, esa era la señal de que alguien había llegado a la casa. Ambos caminaron hacia la gran puerta que se encontraba al fondo. Dumas giró la perilla; las bisagras de la puerta no hicieron ningún sonido al abrirse.

—No está cerrada con llave —dijo Renaud con un tono de sorpresa en su voz.

—Ya están grandes —contestó Dumas—. Ya no necesitan estar bajo llave como bebés. Son totalmente confiables, y saben el riesgo que corren si dejan este lugar sin mí, así que nunca lo harían. Además, aquí tienen todo lo que necesitan, no tendrían por qué irse.

Renaud siguió a Dumas mientras atravesaban la puerta y cruzaban un pasillo lleno de imágenes de Adolfo Hitler, Vlad el Empalador (quien sirvió de modelo para el personaje del escritor Bram Stoker, el Conde Drácula), y el zar ruso Iván el Terrible; todos fueron unos homicidas. Renaud no estaba seguro de si las imágenes habían sido elección de Dumas o de los chicos con quién estaba a punto de reencontrarse después de una larga ausencia de sus vidas.

—¿Qué? ¿No había espacio para Stalin? —preguntó con un tono gracioso intentando averiguar quién había elegido las imágenes, aunque creía saber la respuesta.

—Ya deberías saber mi opinión sobre el comunismo, Renaud. No tendría ninguna representación de ese asesino socialista bastardo ni a un kilómetro de mi casa, ni ninguna otra imagen de cualquier cosa relacionada con esa basura socialista.

Eso contestó perfectamente la pregunta de Renaud, y era justo lo que él había pensado. La Doctora Margherita Dumas era, sin duda, uno de los miembros de su profesión con inclinación política de derecha más extrema

que jamás había conocido, y era obvio que ni con el paso del tiempo se había suavizado su actitud.

Unos pasos más adelante, atravesaron una puerta hacia la habitación donde se encontraban los chicos sentados disfrutando de su pasatiempo favorito, ver televisión.

—Arturo, Alexei, traje a alguien que quiere verlos —dijo Dumas, y los chicos voltearon y ambos sonrieron al reconocer a Renaud.

—Hola papá —dijeron en unísono, y sus sonrisas al ver a Renaud le parecieron genuinas. Sus propios sentimientos lo confundían. Renaud creyó que se sentiría en las nubes cuando viera a los chicos de nuevo, pero en lugar de eso, sentía una fría distancia entre ellos y él, como si el tiempo y la ausencia hubieran colaborado para construir una barrera entre ellos. Aun así, intentó ser lo más amigable posible.

—Hola chicos. ¿Cómo están? Siento mucho que haya pasado tanto tiempo desde la última vez que nos vimos, pero estoy seguro de que su mamá les dijo que nuestros horarios fueron los que nos mantuvieron alejados por un tiempo.

—Estamos bien, papá —dijo Arturo—, aunque Mamá nos explicó que talvez haya un problema con nosotros con el que nos puedes ayudar.

—¿Les dijiste? —preguntó Renaud a Dumas, intentando mantener su voz a un mismo nivel.

—Ellos saben todo sobre su concepción y su nacimiento —contestó Dumas—. Era necesario, por el bien de su educación y desarrollo, que supieran sobre sus antecedentes tan pronto como pudieran comprender los detalles técnicos y biológicos del asunto. También saben que tienen un defecto genético, y que tú y yo vamos a hacer lo que esté en nuestras manos para corregirlo.

Renaud estaba atónito; jamás creyó que Dumas hubiera sido tan honesta con los chicos sobre sus inicios. Dumas continuó:

—Su educación está casi completa. Ya han aprendido todo lo que pude enseñarles, e incluso más. Además, los he condicionado para que sean inmunes al patético lado emocional de los humanos. No sienten ninguna pena falsamente dirigida hacia los pobres u oprimidos, tal como los liberales le han enseñado al mundo. Ellos creen que sólo el mejor y el más fuerte es el que sobrevive. Saben también que para sobrevivir y evolucionar, la humanidad debe eliminar la debilidad y la imperfección, y están listos para hacer cualquier cosa que necesitemos que hagan sólo para probar que mis teorías son correctas. Algún día, recrearemos el Proyecto Génesis, y ese día podría

llegar más pronto de lo que crees Renaud, si resolvemos el enigma de la célula Némesis.

—¿Pero, qué hay de los otros? ¿Todos los del experimento del Ala Blenheim? —preguntó Renaud—. Con ellos utilizamos el mismo procedimiento y las mismas células, así que podrían tener el mismo defecto, y si es así...

—Si es así —interrumpió Dumas—, entonces tenemos que hacer algo para corregirlo. ¿No te das cuenta de que si el problema es incorregible, y los chicos tienen una condición terminal, algún día tendrán que ir a ver un doctor? Les harán escaneos y análisis, y entonces alguien comenzará a armar las piezas del rompecabezas, y eso mi amigo, sería desastroso para nosotros, financiera y profesionalmente, por no mencionar también, penalmente.

Renaud miró a Dumas; él sabía que ella tenía razón, y hasta no examinar a los chicos y conocer la naturaleza del defecto, y lo que lo provocaba, Renaud se negaba a especular sobre lo que podría o no en el futuro. Por ahora necesitaba tiempo, tiempo para examinar a Arturo y Alexei, para estudiar los resultados de los análisis, y formular una opinión sólida sobre esto que había causado que Dumas lo llamara con tanta urgencia. Después de todo, ella era una doctora totalmente competente, y era igualmente capaz de hacer un diagnóstico al igual que él; así que creyó que probablemente ella *ya* había hecho un diagnóstico, posiblemente uno que la había espantado lo suficiente como para querer que él lo confirmara, para bien o para mal. Dumas necesitaba que él confirmara lo que sea que estuviera mal con los chicos, y quería que la ayudara a curarlo pero ¿y si no podían curarlo?

Renaud tembló sólo de imaginarlo, temía por los chicos que ahora se encontraban mirando escenas del genocidio en Ruanda, donde entre los meses de abril y julio, un millón de personas, en su mayoría miembros de la tribu Tutsi, pero también una gran cantidad de hutus, habían muerto en una cruel matanza de limpieza étnica. Los chicos aún estaban condicionados por la forma de pensar de Dumas, ella les había lavado el cerebro para que siguieran sus creencias políticas al pie de la letra. Pero Renaud sentía compasión por ellos, después de todo habían sido deshumanizados por Dumas y sus creencias retorcidas, y ahora jamás tendrían un lugar en la sociedad. En pocas palabras, sin importar el problema que tuvieran y si Dumas y él podrían curarlo o no, aun así él temía por el futuro de los chicos. No imaginaba dónde podrían encajar en el mundo, o qué tipo de vida les tenía preparada Dumas.

Ambos doctores acordaron examinar a los chicos más tarde, y se retiraron hacia la oficina de Dumas para dejar que ellos continuaran viendo las

imágenes del genocidio en la televisión. Pasaron algunas horas en la oficina, estudiando los expedientes que recopiló Dumas tan meticulosamente; eran crónicas de cada día de la vida de los chicos; cada tos, cada estornudo, cada procedimiento médico que había realizado Dumas en ellos.

Mientras leía una y otra vez el historial de los chicos, Renaud no podía evitar revivir en su mente los inicios del Proyecto Génesis, y talvez por primera vez desde aquellos días en la Clínica Sobel, el saber lo que Dumas y él habían hecho, lo hacía desear que Arturo y Alexei nunca hubiesen nacido.

Capítulo Veintinueve

Al siguiente día, Dumas y Renaud realizaron un sinnúmero de análisis en Arturo y Alexei. Cuando convirtió el granero en su segundo hogar, Margherita se aseguró de que fuera como la casa de Ostende, aquella tenía una enfermería totalmente equipada y un laboratorio independiente. Como Renaud sospechó, ella ya había realizado una gran cantidad de análisis en los chicos, y lo había llamado cuando necesitó que sólo confirmara lo que ella había descubierto. Necesitaba asegurarse si él podía ofrecer información adicional y su experiencia, para diagnosticar exactamente lo que había salido mal y para desarrollar un programa que revirtiera el proceso que había comenzado en el cuerpo de los chicos. Sólo ella y Renaud tenían los conocimientos que rodeaban el secreto de la concepción de los chicos, así que sólo ellos podían hacer algo para resolver los problemas a los que ahora se enfrentaban.

Seis horas después de comenzar, los doctores habían dejado a los chicos relajarse en sus habitaciones mientras ellos trabajaban en el laboratorio. Fue entonces Renaud quien rompió el silencio que había en la habitación mientras completaban la última serie de análisis de sangre, orina, y muestras de tejido de los chicos.

—Ya veo a qué te refieres Margherita. Por alguna razón, las células originales que insertamos en el ADN de los chicos, que debieron ser absorbidas y asimiladas en sus cuerpos con el tiempo hasta que dejaran de tener importancia, de pronto han comenzado a crecer a una velocidad acelerada, eso no debería haber pasado.

—Sé que no, pero está pasando —dijo Dumas con un aire de frustración en su voz—. La pregunta es, ¿qué podemos hacer al respecto?

—Toda esta idea fue tuya, en primer lugar. Tú inventaste el proceso, ¿no tienes ninguna teoría? —preguntó Renaud.

—Sólo una —contestó Dumas—. Nosotros utilizamos el tipo de ADN adicional como acelerante para asegurar que todo el proceso reproductivo funcionara. Antes de eso, las células seguían colapsando y era imposible

llegar a tener una implantación exitosa con un óvulo viable. Esta nueva variedad, a la que ahora llamamos célula Némesis, se suponía que se autodestruiría después del nacimiento o al menos, como tú dices, se absorbería y asimilaría en el cuerpo de los chicos. Creo que en lugar de ser destruidas o asimiladas por el cuerpo, las células simplemente permanecieron inactivas, y ahora algo las ha activado de nuevo. Lo que estamos viendo son los retoños de las células Némesis tomando el control sobre las estructuras de células normales del cuerpo.

—Pero eso sería potencialmente desastroso para los chicos, y también para los demás que creamos utilizando el mismo proceso —dijo Renaud con horror.

—Es por eso que tenemos que encontrar una manera de revertir el nivel de actividad actual de las células anormales —continuó Dumas.

—Si las células Némesis se apoderan del cuerpo y continúan desarrollándose y actuando como ahora, eventualmente eso llevará a diversas fallas en los órganos que serán catastróficas, además también habría daño cerebral. Pero antes de eso, probablemente sufrirían de múltiples carcinomas como resultado del crecimiento rápido de las células y sus cuerpos serán incapaces de luchar contra la enfermedad debido a la presencia del ADN diferente que se utilizó al crearlos. Sus funciones cerebrales principales disminuirán y probablemente se volverán locos mucho antes de que el cerebro llegue a un estado vegetativo —dijo Renaud en forma de hipótesis.

—Eso ya lo sé —contestó Dumas muy frustrada—. Como dije, la pregunta es, ¿cómo lo detenemos?

—Necesitamos tiempo Margherita, necesitamos tiempo —dijo Renaud pensativamente—. Lo que sea que suceda será lento y gradual, así que al menos tenemos una ventana de oportunidad en donde podemos arreglar las cosas. ¿Qué tanto saben los chicos sobre lo que les está sucediendo?

—Saben todo —dijo Dumas—. Siempre les he dicho la verdad sobre todo lo que concierne a sus vidas; tenían que saber que están en peligro. Tomaron muy bien las noticias, y van a cooperar de cualquier manera con lo que sea que tengamos que hacer para revertir las acciones de las células Némesis.

Renaud no podía creer lo que Dumas acababa de decirle.

—¡Todo! —gritó—. ¿Les dijiste todo? ¿Estás loca mujer? ¿Qué tal si deciden irse y buscar tratamiento en un hospital o en otro lugar? ¿Qué tal si no creen que podamos ayudarlos? Si van y se les va la lengua con lo que saben y hablan sobre lo que *son* realmente...

—No irán a ningún lado ni dirán nada Renaud, de eso puedes estar seguro. Los chicos saben muy bien cuáles serían las consecuencias potenciales de alejarse de mí.

No quieren terminar como fenómenos en una atracción de circo, y también saben que no hay nadie en el mundo, aparte de ti y de mí, que conozca su historial y su fisiología lo suficientemente bien como para intentar revertir el proceso de lo que ahora saben que es un asesino potencial dentro de sus cuerpos. Además también, mi condicionamiento tan cuidadoso a través de estos años ha hecho que no le teman a la muerte, como bien sabes. Te aseguro que, ya están bastante resignados con la posibilidad de que talvez no vivan tanto.

—Espero que tengas razón Margherita, de verdad. Mira, los dejaremos descansar después de los análisis, y en la mañana intentaremos encontrar una forma de vencer esto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió Dumas y agregó—, ¿Alexander?

—¿Sí?

—Me da gusto que estés aquí, de verdad.

—Jamás creí que terminaríamos trabajando tan cerca de nuevo Margherita, sólo espero que podamos lograrlo.

—Si no —dijo Dumas—, todo lo que hemos hecho habrá sido en vano, la clínica, las mujeres y los asesinatos, todo para nada. Tenemos que encontrar la forma de vencer esto Renaud, ¡tenemos que hacerlo!

Renaud apenas si la escuchó; él ya estaba leyendo cuidadosamente cada día de cada diario médico y también sus propias notas, buscando una solución que pudiera salvarlos a todos.

Capítulo Treinta

31 de diciembre de 1999, Aberdeen, Escocia

El sargento de policía Harry Houston se sentó en su escritorio, golpeando su lápiz sobre un cuaderno de notas en blanco mientras miraba fijamente la pantalla de la computadora frente a él. Había programado una aplicación para mostrar la cuenta regresiva para la medianoche, cuando el mundo celebraría el nuevo milenio, la llegada del año dos mil. Harry se sentía algo feliz de estar en su escritorio esa tarde; había pasado dos días en Navidad en casa de sus padres en Ballater, y había disfrutado de todo lo que una familia típica hacía en esa temporada de festividades. Ahora que se acercaba el Año Nuevo, se sentía bien por estar de vuelta en su escritorio haciendo lo que mejor sabía hacer.

Al dejar la universidad armado con su título en Medicina Legal y Forense, Harry había terminado sin problemas su entrenamiento en el Colegio Escocés de Policía en Tulliallan en Fife, ganando el «tolete de honor» como el mejor cadete de su generación, y ya había hecho progreso en su carrera rápidamente. Realmente había disfrutado su estancia en el colegio, eran casi noventa acres de bosque lo cual le recordaba un poco a su hogar. Le encantaba el viejo castillo que había sido la sede de la Primera Brigada Independiente de Paracaidistas polacos durante la Segunda Guerra Mundial. Harry podía sentir la historia del lugar, y se sentía como en casa. Había socializado una que otra vez en el bar, pero aun así era conocido por todos, estudiantes y maestros, como un joven estudioso, amable y ambicioso que jamás bebía demasiado. Él prefería tener control sobre sí mismo y sobre sus emociones, en todo momento. Pasó casi tres años como agente de policía, primero trabajando con un agente que fue su mentor; era un oficial experimentado cuyo trabajo era ayudar a Harry para que aprendiera todo lo que necesitara para su nueva carrera. Ganó su divisa de sargento, y continuó con un entrenamiento más especializado en el colegio de policía de Tulliallan, después fue nombrado sargento detective. Ahora era parte de la Unidad de Despliegue Rápido de la

Fuerza Policial Grampiana^[7], un comando especializado creado para lidiar con situaciones peligrosas e inusuales y para manejar la creciente ola de crimen organizado en el área. Harry amaba su trabajo y especialmente a la gente que trabajaba con él, estaba seguro de que a cualquiera de ellos podría confiarles su vida.

Esa tarde había dos oficiales en servicio en el cuarto de control y la oficina de la UDR, Harry y otro sargento, Denny Boyd. Los dos se habían hecho amigos rápidamente; Boyd era diez años mayor que Houston, y era una fuente de gran ayuda y consejo para el joven Harry.

Boyd disfrutaba de la compañía del brillante y entusiasta Houston, quien estaba determinado a lograr sólo una cosa, ser un detective de policía de primera clase, cualidades que Boyd apreciaba y alentaba. Ambos compartieron muchos tragos fuera de servicio, y asistían muy seguido a partidos de fútbol para ver a Aberdeen jugar en la Premier League de Escocia. Harry también era un jugador de *rugby* muy hábil, y pronto encontraría un lugar en equipo de policía local; Boyd aprovechaba cualquier oportunidad que tenía para ir a ver jugar a su joven amigo el juego que tanto amaba pero que jamás fue bueno para jugar.

Una vez a la semana Harry era un invitado en la casa de Denny Boyd y su esposa Lorna, quien preparaba platillos de tal calidad que Harry a veces sentía pena de admitir que estaban a la par, si no es que mejores, que aquellos que preparaba su madre Margaret.

—Faltan diez minutos —dijo Harry con un tono casual.

—¿Eh? —contestó Boyd, que había estado soñando despierto muy perezoso en su silla.

—Faltan diez minutos para medianoche, el Año Nuevo, la Víspera de Año Nuevo, el nuevo milenio y todo eso —dijo Harry rápidamente.

—¡Oh, sí! Lo siento Harry, estoy muy cansado. Ha sido un turno largo y muy silencioso, y eso pone al cerebro a dormir, si sabes a lo que me refiero.

—Lo sé, no puedo creer lo tranquilo que ha estado todo. Es como si todos los malos se hubieran tomado la noche libre para celebrar.

—Sólo me da gusto de que estemos aquí en un lugar cálido, no como los pobres de mierda allá afuera patrullando las calles, teniendo que lidiar con los borrachos y los estúpidos que hacen tonterías sólo porque es Año Nuevo.

—¿No preferirías estar con Lorna esta noche? —preguntó Houston repentinamente cambiando el tema.

—¡Claro que sí! Pero entonces quién se hubiera ofrecido a cuidar al novato, ¿eh?

Los dos rieron; Harry sabía que Boyd se había ofrecido, igual que él, a cubrir el turno en el cuarto de control de la UDR esa tarde. Aunque no se esperaban mayores incidentes precisamente esa noche, alguien debía estar allí para monitorear las computadoras y para estar listo para responder a cualquier emergencia que pudiera surgir en el área de Grampian, la cual era realmente amplia.

—Lorna estuvo de acuerdo —dijo Boyd continuando con la conversación—. Ella sabe que al menos el próximo año su viejo estará en casa con ella, así que tiene algo que anhelar, ¿sabes a qué me refiero?

Ambos rieron de nuevo; era parte del procedimiento que ningún oficial sería forzado a trabajar dos días festivos seguidos, así que para el próximo Año Nuevo, alguien más tendría que sentarse en la oficina y mirar el reloj hasta que diera la medianoche.

—En fin —dijo Boyd—, ella sabe que vendrás a cenar el fin de semana, así que quiere tener tiempo a solas para planear su próxima obra maestra culinaria. Realmente te aprecia, ¿lo sabes no?

—Ella siempre me hace sentir como en casa, eso te lo aseguro —dijo el joven oficial.

—¿Cuánto falta ahora? —preguntó Boyd.

—¿Mmm?

—Para medianoche tonto, ¿cuánto falta? ¡Por Dios! ¿Ahora quién está soñando, Harry?

—Lo siento, cuatro minutos, Denny.

Ambos se quedaron en silencio por unos segundos; Harry miraba la pantalla, golpeando su lápiz como antes, y Denny Boyd levantaba sus pies para subirlos al escritorio y disfrutar de la oportunidad de relajarse en compañía de su joven amigo y colega. Incluso les iban a pagar horas extras sólo por tener el placer de estar en servicio esa noche.

—Ella cree que es real, ¿sabes? —dijo Houston de la nada.

—¿Quién cree que qué cosa es real? —preguntó Boyd—. Sé coherente, ¿sí?

—Mi mamá cree que el bicho del milenio es real. Me refiero a un bicho real. Le he dicho muchas veces que es una amenaza para las computadoras y que las cosas podrían fallar un poco justo después de la medianoche, pero ella está convencida de que es algún tipo de bicho que ha infestado las computadoras del mundo y que se va a comer todo después de medianoche.

—Continúa, tienes toda mi atención —dijo Boyd con una gran sonrisa—. Nadie es tan ingenuo y menos tu mamá, eso creo, al menos por lo que me has

contado de ella.

—Es en serio Denny. Sé que es un mujer adorable y muy inteligente, pero su punto ciego son las computadoras.

—Cuando la conozca le preguntaré —prometió el hombre, y continuó—. Entonces, ¿crees que todo esto se va a venir abajo en un par de minutos? —preguntó, señalando las computadoras del cuarto; cada una con su terminal y teclado, esperando ser atacadas por el llamado bicho del milenio.

—No, claro que no —dijo Harry muy confiado—. Los expertos aseguran que jamás pasará, ¿está bien? Puede que suceda una que otra falla técnica donde no se registre la fecha correcta por un momento, pero aparte de eso no creo que haya problemas. En fin, lo sabremos pronto, ya faltan dos minutos.

31 de diciembre, 11:58 p.m., Turín

Mientras los dos policías escoceses se preparaban para recibir el nuevo milenio en su oficina de Aberdeen, Lucía Cannavaro se preparaba para hacer lo mismo en su pequeño departamento en Turín, en compañía de su hijo Ángelo. Ella estaba realmente orgullosa de su hijo, que había demostrado estar por encima de la inteligencia promedio a través de sus años en la escuela, además ahora también hablaba con fluidez tres idiomas y trabajaba para la Comunidad Económica Europea como lingüista, interpretando para los líderes economistas y políticos europeos en varias reuniones.

El orgullo y amor que sentía por su hijo sólo lo podía igualar la tristeza que sufría por recibir otro año nuevo sin Antonio a su lado. Le había sido muy difícil aceptar el hecho de haberse convertido en viuda siendo tan joven, y si no hubiera sido por el apoyo y amor que recibió de su bello hijo quien ahora se encontraba sentado frente a ella en la pequeña sala, Lucía no sabría qué hubiera sido de ella. Lo extraño de su hijo Ángelo, era que al crecer se había convertido en un hombre musculoso y atlético, y de hecho era un joven muy guapo, en realidad se parecía muy poco a su padre. Lucía podría disfrutar aún más de su compañía si se pareciera un poco más a Antonio físicamente, pero no era así.

Conforme las manecillas del reloj se acercaban cada vez más al momento en que llegaría el nuevo milenio, Lucía le sonrió a su bello hijo.

—Ángelo, discúlpame por preguntar hijo mío pero, has estado tomando tu medicamento, ¿verdad?

—Sí mamá, claro. Me hiciste prometer que lo haría; aunque no sé por qué tengo que tomar esas malditas pastillas si no me pasa nada. Me siento bien, y siempre ha sido así.

—Por favor, Ángelo. Tú sabes lo que decía la carta; hazlo por mí, por favor, y por ti. No puedes arriesgarte.

—Sí mamá, está bien —contestó el joven.

Fue hace tres años cuando Lucía, junto con otras cuatro mujeres alrededor del mundo, recibieron una carta inesperada que llevaba la firma de la Doctora Margherita Dumas. La carta decía que debido a la naturaleza experimental del proceso de inseminación artificial que habían realizado, se había detectado un problema en los niños nacidos de ese proceso, para regular sus propios sistemas inmunológicos. En ella se explicaba que no había daño inminente para los chicos, y que ella y el Doctor Renaud habían desarrollado un medicamento que estaba diseñado para contrarrestar el colapso del sistema inmunológico que normalmente el cuerpo de los chicos debería hacer por sí solo. Junto con la carta, había llegado una caja con un año de suministros; una tableta a la semana era suficiente para asegurar que los chicos, que ahora ya eran adultos, continuaran saludables. Al igual que Lucía, todas las otras mujeres del Ala Blenheim les habían contado a sus hijos la historia sobre su concepción, y no les era difícil cuando se trataba de explicar lo que tenían que hacer para asegurar su buena salud. Todos los jóvenes estuvieron en contra de tomar las pastillas, pero al final accedieron; después de todo sólo era una a la semana.

No había dirección del remitente en el paquete, pero cada año sin falta, llegaba otro año de suministros a cada uno de los chicos Blenheim, justo antes de que se terminara el anterior, y así todos los jóvenes se mantuvieron saludables.

Lucía y las demás creyeron que era algo extraño que la Doctora Dumas eligiera el correo como medio de contacto para enviar el medicamento, pero igual recordaban toda la discreción que rodeaba todo el proceso que les había dado a sus hijos, y sabían que lo mejor era no cuestionar nada. La entrega de este año era, de hecho, el único recordatorio que las mujeres habían tenido sobre su relación pasada con la doctora.

Recibieron la noticia sobre el sistema inmunológico débil de sus hijos, y se sentían extremadamente agradecidas, sin excepción, porque ambos doctores se habían tomado la molestia de desarrollar un medicamento diseñado especialmente para ayudar a sus hijos. Todos los chicos, que ahora ya eran hombres, eran hijos responsables y todos estaban conscientes de la necesidad de cuidar su salud; todos tomaban su medicamento regularmente, sin falta.

Lucía llenó dos de sus mejores copas de cristal para vino con el mejor Chianti^[8] que podía comprar; eran parte de un juego de seis y eran el último regalo de aniversario que le había dado Antonio. Ahora que el reloj marcaba la medianoche y se escuchaban los gritos de entusiasmo y los aplausos de los parranderos en la calle, las copas hicieron ese típico sonido de «cling» cuando ella y Ángelo brindaron por el comienzo de un nuevo milenio.

—Feliz Año Nuevo, mamá —dijo Ángelo con una enorme y cálida sonrisa en su rostro.

—Feliz nuevo milenio, hijo mío —agregó su madre—. Brindemos por la memoria de tu querido padre, a quien le hubiera encantado estar con nosotros esta noche. Que descanse en paz y que la Sagrada Virgen bendiga siempre su alma.

—Por papá —dijo Ángelo mientras el nuevo milenio reemplazaba al viejo siglo, y ahora que el mundo esperaba con optimismo por un futuro mejor y más brillante.

Zúrich, 00:15 horas, 1ro de enero del 2000

No hubo ninguna celebración por el nuevo milenio en aquel granero a las afueras de la bella ciudad de Zúrich. En ese ambiente estéril y tan bien equipado, diseñado con el propósito de tener una enfermería secreta dentro del lugar, los dos chicos estaban recostados, usando batas de hospital y con una intravenosa en su brazo derecho. Sus ojos se cerraron al quedarse dormidos mientras se llevaba a cabo el último intento por preservar sus vidas. Margherita durmió muy poco esa noche; se la pasaba caminando por el laboratorio con el ceño fruncido llena de preocupación, y perdida en sus pensamientos.

No quería hacerlo; ya no quería involucrarlo, no estaba segura de cuánto podía confiar en él, pero sabía que tendría que levantar el teléfono pronto para llamar a Renaud. Odiaba admitirlo, pero lo necesitaba.

En todo el mundo, el llamado «bicho del milenio» jamás llegó.

Capítulo Treinta y uno

Zúrich, 8 de enero del 2000

Arturo y Alexei se sentaron en la cama, sonriéndole a Renaud; Dumas había llamado a su colega cuatro días antes, teniendo cuidado de no levantar demasiadas sospechas en su esposa Marlette. No le convenía que pensara que Renaud estaba involucrado en algo tan importante o remotamente siniestro. Renaud justificaba sus viajes a Suiza explicándole a Marlette que algunas veces su antigua mentora y colega necesitaba de su experiencia en fertilidad, y que muy seguido necesitaba de su ayuda con sus experimentos más recientes. Él ya le había contado un poco, pero no todo, sobre la Clínica Sobel, así que ella entendía que era necesario para él mantener la relación con la Doctora Dumas.

Por supuesto que la Señora Renaud no sabía nada sobre los hechos oscuros en el pasado de su esposo, o de los homicidios de la Doctora Dumas, con los cuales la vida y la conciencia de su esposo quedarían manchadas para siempre. Sin embargo, sí había un secreto que compartía parcialmente con su esposo, uno del que ni siquiera la brillante Doctora Margherita Dumas estaba consciente, y que era lo suficientemente importante como para hacer que Marlette alentara a su esposo para continuar su relación ocasional con su vieja amiga y colega.

—Así que ya se sienten mejor, ¿verdad, chicos? —preguntó Renaud a los dos chicos, que eran tan iguales que pocos podrían distinguirlos entre sí. Renaud y Dumas ya eran expertos en diferenciarlos después de todos esos años, pero nadie más podía.

—Mucho mejor papá, gracias —contestó Arturo—. Dice Mamá que resolviste el problema de la proliferación repentina de las células Némesis.

—No exactamente, pero el suero irradiado que han estado recibiendo, ha actuado como barrera para prevenir la división y multiplicación de las células. Les dará inmunidad contra los ataques repentinos como los que han experimentado; ahora debemos ponernos a trabajar para producir el suero en

formato oral para que puedan tomar una dosis regular y mantener la estabilidad de su cuerpo.

—¿Otra pastilla como antes? —preguntó Alexei.

—Exacto —contestó el doctor—. Esperemos que sea una a la semana y que con eso estén como nuevos.

—Gracias papá —dijo Alexei.

—Sí, gracias —dijo Arturo.

—¿Por qué ya no te vemos tan seguido? —continuó Alexei con la conversación y haciendo la pregunta que ambos habían hecho antes tantas veces. El tiempo entre visitas se había ampliado con el paso de los años, hasta que Renaud casi no miraba a los chicos, excepto cuando Dumas lo invitaba ocasionalmente para tener reuniones y discutir su salud o progreso intelectual.

—Ya les dije —contestó Renaud—, que Mamá y yo ya no trabajamos juntos. Yo tengo otra vida en mi hogar en Bélgica, con mi esposa a quien jamás han conocido y también tengo trabajo allá al que tengo que asistir. También deben recordar que su mamá y yo ya no somos los amigos cercanos que una vez fuimos, pero si nos preocupamos por ustedes, y siempre vamos a intentar dar lo mejor de nosotros para cuidar de su salud y bienestar.

—¿Por qué Mamá y tú no se casaron? —preguntó Arturo.

—Deben de comprender —continuó Renaud—, que su madre y yo jamás estuvimos enamorados. Hubiéramos sido muy infelices si nos hubiéramos casado e intentado vivir juntos, y trabajar juntos al mismo tiempo.

—Mmm, el amor, ese estúpido concepto que sigue apareciendo en nuestros estudios sobre el comportamiento humano y a través de toda la historia de la literatura. ¿Por qué los humanos le dan tanta importancia a la idea de una fuerza emocional que une a un hombre y a una mujer? No es necesario estar «enamorado», como lo llaman, para poder procrear y asegurar la continuación de las especies. Tener una mente fuerte, carácter y la voluntad de sobrevivir son las virtudes más importantes que se deben tener para asegurar la supervivencia de cualquier especie. Somos el vivo ejemplo de eso, ¿no, papá?

—Si Alexei, supongo que si —dijo Renaud—, pero aun así, ustedes necesitan la ayuda de su mamá y mía para sobrevivir, ¿no crees?

—Sólo porque el procedimiento original falló —dijo Alexei rápidamente—. Si tú y Mamá no hubieran cometido un error hace años, no estuviéramos hoy en esta situación, ¿verdad?

—Eso es verdad, pero ya no podemos hacer nada sobre eso, ahora tenemos que hacer lo que podamos para asegurarnos de que los dos estén

bien, y les prometo que haremos todo lo que esté en nuestras manos, como siempre.

La puerta de la enfermería se abrió, y Dumas entró al lugar.

—Ya ven, ¿qué fue lo que les dije? —dijo dirigiéndose a los chicos que estaban recostados en las camas—. ¿No les dije que su papá y yo lograríamos hacer que estuvieran bien de nuevo?

Renaud estaba furioso por dentro por el intento de Dumas por darse el crédito por el trabajo que él había hecho al detectar rápidamente el problema generado por las células Némesis, pero sabía que Arturo y Alexei le eran tan leales a Margherita que jamás hubieran creído que hacía sólo dos días ella se encontraba en el laboratorio, lista para darse por vencida al no encontrar la forma de corregir el problema causado por la aceleración rápida en el crecimiento de las células anormales en sus cuerpos. Ella intentó y falló en detener el avance de las células Némesis, y estas continuaron dañando los órganos internos de los dos jóvenes, y ambos enfermaron rápidamente; Dumas intentó de todo para detener la aceleración del crecimiento pero no tuvo éxito. Incluso el duplicar la dosis del medicamento original, que ella y Renaud crearon para dicho propósito, no había tenido ningún efecto. Tal como le dijo a Renaud cuando llegó, ya estaba a punto de «concluir el experimento».

Renaud fue el que se sentó en silencio frente a la consola del laboratorio y trabajó metódicamente para descubrir que la proliferación en las células era causada por la inhabilidad del cuerpo de los chicos para producir suficientes anticuerpos para controlar el avance rápido y repentino del crecimiento de células anormales; también descubrió que la solución era relativamente sencilla. Según su hipótesis, las células Némesis, producto del ADN irradiado que se introdujo en las células originales durante la implantación, podrían atacarse con un suero simple que contuviera una fuente de radiación nueva y más fuerte. En otras palabras, Renaud quiso construir una barrera radioactiva en el torrente sanguíneo de Alexei y Arturo para contener las células Némesis como en una presa. Creyó, y Dumas estuvo de acuerdo al darse cuenta de que tenía razón, que una dosis continua del suero nuevo detendría las células Némesis de manera efectiva, bombardeándolas con una carga radioactiva más fuerte y potente.

Usarían la fuerza para vencer a la fuerza, algo parecido a la filosofía propuesta recientemente por Alexei.

Dumas continuó donde se quedó.

—Bueno, mientras hablaban con Papá, yo estaba ocupada trabajando en un método para convertir el suero a forma sólida, para hacer que les sea más fácil tomarlo, y miren, aquí está.

La doctora sostenía una pequeña pastilla blanca entre su dedo índice y el pulgar como si fuera una gema preciosa, un diamante de valor incalculable, lo cual no estaba lejos de ser real, al menos para los jóvenes cuyas vidas dependían de ella.

—Sólo una de estas a la semana y estarán bien —dijo, como si sólo ella hubiera producido este nuevo elixir de vida.

Poco después, los dos doctores dejaron la enfermería para ir al laboratorio una vez más. Margherita se sentó en un banquillo alto con una taza de café en la mano, y sintió un gran alivio mientras miraba a Renaud.

—Renaud, debemos asegurarnos de que esto no pase de nuevo nunca más.

—¿Cómo podemos hacer eso? No tenemos idea de cómo o cuándo las células anormales encontrarán una forma de pasar por la barrera de radiación y comenzaran a atacar sus cuerpos de nuevo; todo lo que podemos hacer es estar listos para actuar cuando eso suceda.

—Tendré que enviar un nuevo paquete de suministros de las «tabletas para el sistema inmune» a todas las mujeres; les diré que se cambió la fórmula para permitir que sus hijos puedan crecer correctamente hasta llegar a una madurez completa, o algo así. Debemos asegurarnos de que esos jóvenes no se enfermen y terminen en manos de médicos convencionales.

—De acuerdo —dijo Renaud, y agregó—. Cuando recuerdo aquellos días en Bélgica, me pregunto qué diablos estábamos pensando. Sé que éramos jóvenes e idealistas, y pensamos que podríamos hacer lo que todos creían imposible, no sé por qué creímos que podríamos hacer esto y salir bien librados. Seguramente algún día alguien se enterará de lo que hicimos, no podemos ocultarlo para siempre.

—Hicimos algo para lo que el mundo aún no estaba listo, eso es todo. Tenemos la satisfacción de que nadie más ha estado siquiera cerca de replicar lo que nosotros logramos años atrás, y no sólo eso, sino que también gracias a Arturo y a Alexei, cada día aprendo cosas que me ayudarán a continuar con mi investigación en el Instituto Strada, más rápido de lo que cualquiera podría imaginar. Muy pronto seré capaz de recrear el Proyecto Génesis original, pero esta vez con la aprobación de la fraternidad médica mundial, y los chicos en aquella habitación han sido mi inspiración para realizar ese logro.

—¡No estás hablando en serio Margherita! ¿Estás diciendo que lo harás de nuevo? —Renaud estaba horrorizado—. ¿Cómo se te ocurre tal cosa?

—Mi querido Renaud —contestó ella suavemente—, no vas a decirle a nadie lo que acabo de decirte. Estoy cerca, muy cerca, de hacer que mi investigación continúe. No olvides que los niños que nacieron de las mujeres de la Clínica Sobel están floreciendo y están saludables, gracias a nuestro medicamento y diligencia. Además, mis fuentes me informan que desde que sus padres murieron, todos se han desarrollado exactamente como yo quería, así que ahora son totalmente leales a sus madres y han desarrollado un fuerte sentido de la individualidad sin cualquier sentimentalismo. Física, emocional e intelectualmente son superiores a los demás humanos, justo como sabía que lo serían cuando iniciamos con Génesis.

Renaud sabía que Margherita estaba a punto de perder la razón; no podía estar pensando en serio en que podría seguir creando una segunda generación de niños nacidos con los defectos de Arturo, Alexei, y los hijos de las mujeres del Ala Blenheim. Aun así, Renaud sabía que estaba hablando en serio, tan en serio que no tenía dudas de que sería capaz de matar de nuevo. Ya había matado a cinco hombres buenos e inocentes además de aquel financiero japonés, y todo para construir el estilo de vida de los niños que habían creado. Ella mataría una y otra vez, y cuantas veces fuera necesario para proteger su secreto.

Al día siguiente, Renaud tomó un avión de regreso a Bélgica, se despidió de Alexei y Arturo, y se llevó sus notas y una copia de la nueva fórmula del medicamento que había salvado la vida de los chicos y con la cual podría continuar trabajando si fuera necesario; el Doctor Alexander Renaud juró que jamás volvería a poner un pie en ese granero en Zúrich, sin importar lo que le costara a él o a los gemelos que había dejado atrás. Si fuera necesario, le ayudaría a Dumas con cualquier problema futuro, pero ella tendría que visitarlo a él en la vieja casa, aquella que mantenía en Bélgica para las visitas ocasionales de Dumas y los chicos; la casa sobre el acantilado, cerca de Ostende, la casa donde los niños habían nacido, la casa con la habitación sin ventanas.

Capítulo Treinta y dos

Aberdeen, Agosto de 2001

Harry Houston, Denny Boyd, y cuatro de sus compañeros oficiales, todos miembros de la Unidad de Despliegue Rápido, salieron del bar del Hotel Caledonian de la calle Union Terrace, justo después de las 4 p.m. Los seis habían estado celebrando la conclusión exitosa de uno de sus casos más grandes desde hacía un tiempo. Habían dejado la jefatura de policía en Queen Street, dos horas antes, y estaban listos para disfrutar de su tiempo libre. Brindaron más de una vez por el éxito logrado principalmente gracias a la capacidad y conocimiento forense de Harry Houston, y ahora caminaban juntos hasta el final de Union Terrace hacia el cruce con Union Street, la autopista principal de la ciudad. Después de estrechar varias manos y de varias palmadas en la espalda, se separaron, cada uno yendo hacia diferentes direcciones, a excepción de Harry y Boyd, quienes caminaron a lo largo de Union Street hacia donde el automóvil de Boyd estaba estacionado en la Plaza Golden. Boyd no bebió alcohol, sólo limonada, así que podía conducir hacia su casa en Cults, un pueblo a las afueras de la ciudad, donde Lorna Boyd les preparaba la comida. Mientras caminaban, ambos observaron con admiración la brillante roca de los edificios que eran parte de la más fina arquitectura del noreste de Escocia. Para muchos en el mundo, Aberdeen era conocida como «La Ciudad del Granito» por utilizar este material en la construcción de muchos de sus edificios. Para los de la ciudad y muchos otros, también era conocida como «La Ciudad de Plata» porque cuando el sol brillaba y se reflejaba la luz sobre el granito, parecía como si los edificios estuvieran cubiertos por pequeñas gemas brillantes. Ese era uno de esos días, y los dos hombres sentían un inmenso orgullo al servir a una comunidad tan histórica y hermosa como esa, y jamás lo sintieron al igual que ahora que habían concluido su investigación.

Los instintos de Houston y su entrenamiento forense en la universidad, fueron los que guiaron al escuadrón a sospechar que una serie de muertes

desafortunadas en el Royal Infirmary pudieran haber sido deliberadamente. Aunque los pacientes murieron en salas distintas, y sucedieron a lo largo de un periodo de nueve meses, algo no le parecía bien a Houston. Llamaron a la policía cuando la última paciente, Flora Banning, aparentemente murió después de que ya se había recuperado de un bypass coronario. A pesar de que el doctor en turno expidió un acta de defunción indicando que la muerte de la mujer se debió a causas naturales, su familia pidió que se le realizara una autopsia independiente, la cual reveló una cantidad pequeña aunque significativa de insulina que se le había administrado poco antes de su muerte. Flora Banning no era diabética, y no había razón para que la insulina estuviera presente en su cuerpo.

El doctor que expidió el acta de defunción, el Doctor James Darrow, de inmediato se volvió el sospecho principal, ya que él había atendido a la Sra. Banning durante toda su estancia en el hospital. La investigación inicial no encontró algún motivo que explicara la razón por la que Darrow le habría administrado a su paciente una dosis de insulina que resultara fatal; se investigó también a cada miembro del personal médico que hubiera tenido acceso a la paciente.

Se llamó a la UDR cuando la investigación comenzó a retrasarse por falta de evidencia creíble, y a Harry Houston le tomó menos de una semana crear una línea de tiempo de las muertes dudosas, y conectar a los pacientes involucrados con el Doctor Darrow, quien a pesar de no estar directamente involucrado con el cuidado de todos y cada uno de los pacientes, había estado en turno y en los alrededores de las salas donde estaban los pacientes cerca de la hora de su muerte.

Eso fue suficiente para que el Procurador Fiscal, el equivalente escocés al fiscal de distrito de EE.UU., expidiera una orden para exhumar los cadáveres de cuatro de las seis víctimas; como los otros dos fueron cremados, ya no era posible utilizarlos en la investigación.

Como resultado de la exhumación y las autopsias subsecuentes, se determinó que la insulina se le administro a todos los pacientes excepto a uno; Davie Rowan, quien de hecho sí era diabético, y ya se le administraban dosis regulares de insulina, por lo que una sobredosis de esta habría levantado sospechas, debido a eso se le administró estricnina.

El Doctor James Darrow se encontraba ahora en una celda dentro de la Jefatura de Policía, y Harry Houston fue la estrella de la Unidad de Despliegue Rápido.

El joven sargento sentía próximo un ascenso, y ahora disfrutaba del sol y del orgullo de su triunfo reciente mientras su amigo y él daban los últimos pasos para llegar al auto de Boyd.

—Sabes Harry —dijo Boyd—, no pasará mucho tiempo para que te conviertas en inspector y entonces ya no querrás conversar o beber junto a un sargento como yo, eso es seguro.

—Denny Boyd, si crees que un ascenso se me va a subir a la cabeza, olvídalo.

Seguiré siendo el mismo de siempre, y seguiré esperando que me invites a cenar cada semana, si no, ¿cómo sobreviviría?

Boyd sonrió, ya que sólo estaba bromeando con su amigo; él sabía que a pesar de su ambición y sus habilidades, Houston era conocido como EL POLICÍA de los policías.

Siempre tenía sus pies bien puestos en la tierra y jamás olvidaría a un amigo o haría menos a un oficial subalterno. Harry tenía dos cualidades que lo hacían sobresalir de entre muchos hombres y compañeros oficiales. Tenía integridad y era confiable, y esas cualidades inspiraban respeto en todos lo que trabajaban junto a él, ya fueran pares o superiores, y por supuesto en los de menor rango también.

Denny no sabía con seguridad cuán lejos estaba destinado a llegar Harry en su carrera, o de lo que era capaz de lograr a nivel investigativo, pero sabía que el nombre de Harry y su dedicación merecían estar en un lugar más alto. Boyd lo sabía, aunque en ese momento no habría podido predecir por lo que Harry tendría que pasar en su más grande hazaña, su caso más importante, aquel que le haría su nombre importante y le daría una gran reputación.

Por ahora, ambos se encontraban en silencio en el auto, mientras Boyd conducía algunos kilómetros hacia su casa, donde Lorna preparaba una comida magnífica. Ambos creían merecer cada bocado que dieron esa tarde; Boyd bebió unos cuantos *whiskys* y Harry también, quien eventualmente se quedó a dormir en la habitación extra en casa de Boyd, tal como había hecho en varias ocasiones en el pasado.

Al día siguiente, el sol salió temprano, y después de un desayuno abundante que preparó Lorna, Houston y Boyd se dirigieron juntos al trabajo en silencio, y Harry Houston, que era la estrella del momento, se acercaba cada vez más al siguiente peldaño en la escalera a su ascenso, y su cita con el caso que Boyd había soñado, se cruzaría pronto en su camino.

Capítulo Treinta y tres

Bruselas, Bélgica, noviembre de 2001

Alexander Renaud caminó rápidamente por la calle hacia su casa; la avenida llena de árboles frondosos donde Renaud vivía era muy diferente al frío y clínico mundo de los hospitales, los laboratorios de investigación, y las decisiones médicas que se encontraban al por mayor en la vida de Renaud. Hizo una pausa en su caminata y se tomó un momento para observar los árboles que se encontraban erguidos a ambos lados de la calle, como soldados en posición de firmes. En este caso, el desfile parecía estar vestido incorrectamente, ya que los estragos del otoño habían dejado las ramas sin hojas, así que los árboles parecían apuntar con sus dedos torcido hacia el cielo implorando y suplicando para que el sol regresará y los calentara para darles la fuerza necesaria para revivir y recuperarse. El cielo estaba oscuro, anunciando la amenaza de una lluvia inminente.

Renaud dejó que sus pensamientos divagaran preguntándose sobre Margherita; no había sabido de ella en un buen tiempo, así que sólo podía asumir que todo estaba bien con Arturo y Alexei. A menudo meditaba sobre el extraño giro del destino que lo unió a Dumas; un año antes de conocerla había tenido dificultades intentando adentrarse en el campo de la investigación sobre la infertilidad, sin tener éxito. Literalmente, se toparon en un bar del Hotel Intercontinental en Fráncfort, durante una conferencia sobre el tema y entablaron no sólo una conversación, sino una sociedad. Él estaba consciente de que siempre fue una sociedad un tanto desequilibrada, ya que Dumas tenía el financiamiento y la visión que necesitaban para establecer la Clínica Sobel, donde ambos lograron tanto. Renaud era joven e idealista y estaba listo para tomar riesgos y atajos, en pocas palabras, haría lo que fuera necesario para lograr lo que creía que era un objetivo perfectamente válido.

Sólo fue después, cuando las cosas comenzaron a salir mal y se dio cuenta de la enormidad y potencialidad inmoral de lo que estaban haciendo, que comenzó a dudar sobre su sociedad con Dumas.

Era cierto que había hecho lo mejor que puso para distanciarse de Dumas con el pasar de los años, pero sabía que siempre estarían unidos por Arturo y Alexei, y por todo lo que había ocurrido en la clínica. Por más que intentaba creer que era inocente de los crímenes de Margherita, sabía que si algún día la verdad salía a la luz, le sería muy difícil convencer a alguien de que no había sido su cómplice en el incendio que destruyó la clínica, en la muerte del financiero japonés, y peor aún, en los asesinatos de cinco hombres inocentes, los padres de los niños concebidos en el Ala Blenheim. No había forma de que Renaud pudiera aceptar aquellas muertes; Dumas los había asesinado sólo porque tenía la idea retorcida de que podía dictar y modificar las personalidades de los chicos, al alterar las circunstancias en sus vidas. Era una manipulación psicológica de lo peor pero ¿quién creería que él no tuvo nada que ver con eso?

Conforme se acercaba a su casa y subía los escalones de la entrada, recordó brevemente aquel secreto que le había ocultado a Dumas todos esos años. ¿De qué sería capaz ella si le contaba sobre ese engaño? ¿Comprendería por qué hizo lo que hizo?

¡Claro que no! Él lo sabía sin duda, y temblaba sólo de pensar en lo que Margherita Dumas haría si descubriera el secreto que guardaba. Ni siquiera su esposa Marlette estaba consciente de la gravedad del engaño del que, inconscientemente, era parte. Ella sabía algunas cosas que Renaud había hecho, pero la verdad exacta sólo la sabía él.

Incluso Marlette no podría comprenderlo realmente si él se lo dijera, pero ella sabía lo suficiente.

Renaud giró la llave en la cerradura y la puerta se abrió; la calidez del interior de su casa era un recibimiento agradable después del frío viento de otoño que lo había acompañado mientras caminaba por la calle. Colgó su abrigo rápidamente en el perchero junto a la puerta, dejó sus miedos y penas atrás, puso una sonrisa en su todavía hermoso rostro y gritó:

—¡Marlette querida, soy yo, ya llegué!

Capítulo Treinta y cuatro

Instituto Strada, Zúrich, diciembre de 2001

Margherita Dumas se encorvó sobre los papeles en su escritorio pensando profundamente. Allí, en los alrededores pacíficos y privados de su lujosa oficina en el instituto, era libre de preocuparse si quería, incluso de entrar en pánico, sin que nadie se entrometiera en sus más íntimos pensamientos o fuera testigo de lo que ella percibía como una gran debilidad. Después de todo, ella era una persona clínica, fría y calculadora, y era un papel que ya era experta en representar.

Medicamente hablando, era una genio, y no necesitaba que alguien se lo dijera. Lo que había logrado hasta hora en su carrera no era menos que impresionante, y su experiencia y talento para superar las barreras en su investigación, ya eran legendarios.

Varios establecimientos de investigación en el mundo dependían de ella y de su instituto para confirmar sus propias investigaciones; también era una consultora cuyos reportes eran vistos como vitales para establecer la credibilidad de muchos procedimientos nuevos y radicales.

Dumas tenía otros talentos menos agradables de los que cualquiera se hubiera sorprendido al enterarse. Se había convertido en una asesina hábil, su mente era muy creativa para crear maneras de deshacerse de aquellos que ella consideraba un peligro para ella o para sus proyectos de investigación ilegales y muy poco éticos. Se había probado a sí misma en más de una ocasión que su propensión a matar sólo se podía comparar con su determinación de acero y su decidida determinación para lograr demostrar que era superior a sus semejantes, tanto de manera profesional como personal.

Dumas levantó la mirada y estiró su mano derecha para abrir el cajón de abajo en ese lado del escritorio. Movi  el montón de papeles que había all  y desde debajo de ellos sacó un expediente color amarillo claro y atado con una cuerda. Desat  el mo o que mantenía cerrado el expediente, quitó la fotografía descolorida que estaba al principio del contenido, y su rostro se

suavizó rápidamente al observar aquel en la imagen en blanco y negro que sostenía en su mano. Ese hombre guapo en la fotografía estaba vestido con el uniforme negro inconfundible de un oficial de la ss^[9] de Adolfo Hitler; la insignia de la calavera era clara aunque la foto ya estaba arrugada y descolorida. La sonrisa del hombre era cálida y compasiva, en sus brazos sostenía a un bebé. Había algo más en esa cara, era el orgullo en su mirada al sostener el pequeño infante junto a su pecho.

Margherita suspiró mientras ponía la foto en su escritorio y pensaba en su padre con el cariño nacido en la memoria de su niñez. La foto era del hombre que la había guiado y le había enseñado tanto durante esos primeros años tan importantes de su vida. El Doctor Karl-Heinz Fleischman tenía el rango honorario de coronel en la ss, y en el momento del nacimiento de su hija, se encontraba en el campo de concentración en Chelmno, cerca del pueblo de Kolo en Polonia, donde trabajaba bajo el mandato del brutal comandante Hauptsturmführer Hans Bootman. Chelmno fue el primer campo Nazi en utilizar gas venenoso como forma de exterminio, aunque no estaba claro si Fleischman había formado parte del espantoso ritual. Con la aprobación de Bootman, Fleischman llevó a cabo un gran número de experimentos en los reclusos del campo; experimentos que su hija continuaría años después, aunque utilizando técnicas médicas modernas y sin el sufrimiento innecesario que pasaban las víctimas en el trabajo de su padre.

Cuando la derrota de Alemania se acercaba, Fleischman tomó a su esposa y a su pequeña hija y se fueron del país para ocultarse por casi un año, hasta que finalmente reaparecieron en la ciudad belga de Charleroi en el Río Mosa, con el apellido que ahora Dumas llevaba. Con la ayuda de un grupo de simpatizantes de los Nazis, Fleischman tomó el apellido de un trabajador belga en la ciudad de Amberes, a quien los alemanes habían llevado a un campo de trabajo al comenzar la guerra, y cuya familia había sido eliminada en 1941. Fleischman, ahora de apellido Dumas, mantuvo un perfil bajo durante sus años en Charleroi, trabajando como un simple camillero en el hospital local mientras le enseñaba todo lo que podía a su hija en casa, transmitiéndole así a la joven Margherita, todas sus ideas tan distorsionadas. Fleischman murió en un accidente automovilístico cuando Margherita tenía sólo doce años, pero su influencia y sus enseñanzas jamás la dejaron, ni siquiera un día. Cuando su madre murió, Margherita tenía dieciocho años, la joven recién había llegado a la universidad, y había heredado todos los documentos de su padre, no sin mencionar una gran suma de dinero, que aseguraría su futuro. Margherita Dumas calificó rápidamente para ser doctora

en su país adoptivo, y su genialidad la impulsó a seguir el mundo de la investigación, donde pronto crearía una reputación como una magnífica estudiante aunque algunas veces muy poco ortodoxa, en el campo de los tratamientos para la infertilidad humana. Era su actitud extraña y algunas veces inquietante lo que eventualmente causó que algunos cuestionaran sus métodos, y eso llevó a que la joven Dumas abriera su propio lugar de investigación, el cual después se convertiría en la Clínica Sobel.

Entre suspiros, Dumas regresó la foto al expediente que contenía los recuerdos de su padre, su madre, y de su vida desde su nacimiento. Ató de nuevo la cuerda que lo mantenía todo junto y lo colocó de nuevo en el cajón, giró la llave en cerradura y después la puso en su bolsa, donde siempre estaría hasta que de nuevo sintiera la urgencia de ver el rostro de su padre de nuevo.

Sintiéndose confiada una vez más, Dumas encontró un nuevo nivel de concentración, y regresó a pensar sobre el problema con el que estaba luchando hacía un rato, era la nueva infección que atacaba a Arturo y Alexei. En ese momento, la pregunta en su cabeza era si debía intentar encontrar sola una forma de combatir este nuevo y peligroso desarrollo que le causaba tal preocupación, o si debía levantar el teléfono y llamar a Renaud, pensando en que dos cabezas eran mejor que una.

Como si eso le fuera a dar la respuesta, Dumas miró otra fotografía, esta vez estaba en un marco en la pared detrás de su escritorio. Si alguien preguntaba, ella decía que eran los dos hijos de su prima, los que se veía sentados contra un roble. La foto de Arturo y Alexei servía para recordarle, cuando lo necesitara, lo que deseaba lograr en el mundo, y mientras concentraba sus pensamientos en esa imagen, el deseo de crear un perfecto espécimen humano, le dio a Margherita la respuesta que buscaba.

Capítulo Treinta y cinco

Aberdeen, verano de 2003

El detective inspector Harry Houston miró a la mujer atractiva frente a su escritorio que estaba sentada en la silla de visitantes. Houston aún no estaba acostumbrado al puesto que ahora tenía, y se sintió un poco incómodo por la tarea que tenía que realizar.

Su jefe decidió que necesitaba un asistente como parte de su nueva labor como encargado de la nueva Unidad de Investigación de Homicidios. La unidad se había iniciado como un equipo especializado que involucraría oficiales de policía, científicos forenses, oficiales de la escena del crimen, y administrativos, todos bajo un mismo techo, capaces de trabajar juntos sin la necesidad de derivaciones interdepartamentales constantes, permitiéndoles así, al menos en teoría, tener un tiempo de respuesta del incidente rápido e incluso un índice de detección más rápido también.

Cuando el superintendente en jefe, Archie Delgliesh, buscó un oficial capaz de manejar ese equipo, seleccionó como candidato ideal al Detective e Inspector en jefe Donald Burnett, quien antes fuera el encargado de la UDR. Burnett tuvo la oportunidad de elegir a los mejores hombres y mujeres que pudo encontrar para formar el equipo, después hubo varias miradas de asombro cuando seleccionó el recién ascendido Harry para ser su mano derecha. Muchos oficiales experimentados creyeron que elegiría a uno de ellos, alguien con años de experiencia en el trabajo, lo cual era algo que requería ese puesto. Sin embargo, Burnett se mantuvo firme en su decisión. Él quería a Houston, quien gracias a su índice de detección insuperable desde que se unió a la fuerza policial, y su conocimiento forense y de la ley, era el candidato ideal. Burnett se salió con la suya y Houston obtuvo el puesto.

Nadie sintió resentimiento o envidia hacia Harry por su buena fortuna. Todos los que lo conocían o habían trabajado con él, lo estimaban. Era fácil llevarse bien con él, era listo, y talvez aún más importante, había un respeto

mutuo que parecía seguir a Harry por doquier. Él inspiraba respeto al mismo tiempo que respetaba a los demás, y eso siempre hizo que se ganara la simpatía de las personas.

Houston miró de nuevo a la joven, quien ahora cruzaba y descruzaba las piernas de forma inquieta en su asiento.

—Disculpe señor —dijo ella—, ¿me va a decir algo? ¿O me espero aquí sentada hasta que decida darme el puesto o no?

—¡Oh! Lo siento, sargento —contestó Houston como si hubiera estado soñando despierto—. Espero me perdone, es sólo que estaba pensando que apenas si tengo dos minutos en este puesto y ya tengo que elegir a una sargento para que trabaje conmigo cuando no hace mucho yo era uno también.

—Lo sé señor —respondió la Sargento Debbie Forbes—. Puedo regresar otro día si lo prefiere, señor.

Houston se tomó un momento para evaluar a aquella detective sargento alta y rubia que vestía un traje azul marino, y después continuó.

—No, está bien. Mire sargento Forbes, Deborah, ¿puedo llamarla Deborah?

Ella asintió.

—He leído su expediente, y he hablado con gente con la que ha trabajado, y usted es la mejor candidata para el puesto. Si cree que puede trabajar con un Detective Inspector que es un poco más joven que usted, y piensa que pueden llevarse bien, entonces el puesto es suyo.

—Olvide la edad señor. He averiguado bastante sobre usted, y sé que es bueno en lo que hace, así que si usted me acepta, ya tiene una sargento.

—Muy bien Deborah —dijo Houston con autoridad—, le diré al Sr. Burnett que arregle su transferencia.

—Gracias señor, y hay algo más. Si vamos a trabajar juntos, debo decirle que ya nadie me llama Deborah. Es sólo Debs o Debbie, si le parece bien.

Recordando su propio nombre como Hamish/Harry Houston, contestó.

—Muy bien Debs. Puede retirarse Sargento, y la veré en unos días.

Debbie Forbes se retiró, Houston se relajó en su silla, y aunque ninguno de los dos lo sabía en ese momento, su trabajo como equipo para combatir el crimen en la ciudad de Aberdeen y el Noreste de Escocia, resultaría impresionante.

Capítulo Treinta y seis

Ostende, Bélgica, otoño de 2003

Alexei y Arturo se sentaron pasivamente en el sofá, sus ojos parecían estar pegados a la pantalla de la televisión en la esquina de la habitación. Estaban viendo la película de «La lista de Schindlers», y miraban atentamente las escenas de crueldad y de privación sobre las víctimas indefensas de la agresión y limpieza étnica de los Nazis.

Aparentemente, nada había cambiado desde que los chicos eran pequeños y miraban la televisión en la misma habitación, estudiando las muchas y diferentes formas que la humanidad había desarrollado, a través de la historia, para infligir dolor y sufrimiento.

Sin embargo, ahora había una pequeña diferencia. Los hombres ya no necesitaban esas imágenes para aprender; ahora las miraban para su satisfacción perversa. Ambos sentían el intenso deseo de recrear las mismas escenas que miraban en la pantalla.

Del otro lado de la pared, en la oficina, Dumas y Renaud sostenían una discusión que Renaud hubiera preferido evitar; aunque para él había otra razón para evitarla, pero Dumas aún no la conocía.

—Maldita idiota, Margherita. Eres una maldita, estúpida, idiota —dijo Renaud con tal intensidad que a Dumas le dio miedo. Jamás había escuchado ese tono en su voz.

—Te dije hace años que estábamos jugando con fuego, y que nadie podía predecir los efectos del ADN irradiado. ¡Ahora me dices que van a morir, y que no hay nada que podamos hacer! Además de eso, primero se volverán locos y se convertirán en los asesinos enfermos que siempre quisiste que fueran, ¡y no serás capaz de controlarlos!

¿En qué tipo de monstruos se están convirtiendo? ¡Por Dios! ¿Qué clase de monstruos somos *nosotros* por crearlos?

—Cállate, idiota —gritó Dumas—. No podemos regresar el tiempo; lo que debemos hacer es minimizar los efectos lo más que podamos. Cada análisis muestra que el proceso, que inició cuando las células Némesis comenzaron a superar la estructura celular natural de los chicos, tardará un poco hasta que finalmente recodifique su genética, así que tenemos que hacer lo que podamos en ese tiempo.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que sus cuerpos empiecen a degenerarse? —preguntó Renaud.

—Cuando lleguen a la edad de treinta, dentro de unos meses, sus células comenzarán a cambiar de manera irreversible. Al principio, comenzarán a experimentar dolores de cabeza, conforme las primeras neuronas comienzan a alterarse y a morir; poco después comenzará el colapso interno. Se extenderán tumores a una gran velocidad y comenzarán a atacar los órganos internos principales. Las defensas naturales del cuerpo mantendrán a raya el ataque de las células anormales por un tiempo, pero cuando las células Némesis comiencen a multiplicarse y a reemplazar las propias células del cuerpo, el sistema inmune de los chicos se debilitará cada vez más hasta que ya no funcionen más.

—¿Y cuánto más faltará para que lleguen a la fase final?

—Un año o dos, máximo —dijo Dumas muy directa, como si el inevitable sufrimiento y la muerte de las dos vidas que había traído al mundo le importaran muy poco.

—Maldita seas Margherita, tenemos que hacer algo. No podemos quedarnos de brazos cruzados hasta verlos morir.

—¿Qué sugieres? Los traje de vuelta a aquí, al lugar donde nacieron, para que te fuera más fácil estar presente y ayudarme a encontrar una forma de alentar el proceso, pero créeme, he pasado los últimos seis meses en Zúrich realizando análisis extensos y exhaustivos, y te garantizo que mi pronóstico es correcto y exacto.

—Y los otros —dijo Renaud con pánico en su voz. ¿Qué pasará con los chicos del Ala Blenheim en Sobel? ¿Sufrirán los mismos síntomas e inevitable final de Arturo y Alexei?

—De eso no hay duda. A pesar de que detuvimos el proceso exitosamente por algunos años con el medicamento que les dimos a todos, ya no podemos detener las células Némesis ahora que han alcanzado su nivel de madurez crítico.

—¿Entonces, qué sugieres? —preguntó Renaud—. ¿Les decimos a las madres?

¿Hacemos algo para tratar de ayudarlos, tal como lo hacemos con Arturo y Alexei? Los otros son más jóvenes, llegarán a la misma etapa dentro de un par de años más. Tal vez podamos hacer un descubrimiento si trabajamos juntos. Ciertamente, *debemos* hacer algo por ellos. Me mantuviste lejos por meses mientras tú luchabas contra esto sola en Suiza, y ahora los traes aquí cuando ya es muy tarde. Dime qué pretendes hacer; te preguntaré de nuevo. ¿Les dirás a las madres?

Margherita se quedó en silencio por un momento mientras Renaud terminaba de dar su discurso histérico. Cuando ella habló, había frialdad en sus ojos, y una determinación de acero en su voz mientras le decía a Renaud tranquilamente, con un tono macabro en sus palabras:

—¿Decirle a las madres? Ah no, Renaud, mi buen y sincero viejo amigo, no vamos a decirles a sus madres. Eso, mi querido Alexander, sería lo último que haríamos en este mundo.

Renaud se quedó con la boca abierta mientras escuchaba esas palabras. Aunque ella no lo había dicho, él no tenía duda de lo que Margherita tenía en mente, y su terror creció en el silencio de aquella habitación. Allí fue donde todo comenzó; en la casa del acantilado, la del sonido incesante del aire acondicionado, y el sonido ahogado de la televisión atravesando las paredes hacia la oficina desde la habitación donde ahora los dos hombres que llevaban sus genes se encontraban sentados en aquel ambiente estéril y sin ventanas, mientras una muerte agonizante los acosaba con cada minuto que pasaba.

Capítulo Treinta y siete

Jefatura de policía, calle Queen Street, Aberdeen, diciembre de 2003

El detective inspector Harry Houston se sentó en su escritorio mientras llegaba la tarde; estaba un tanto pensativo. Su equipo se estaba haciendo notar gracias a su liderazgo y habilidades intuitivas, sumado a su experiencia en estudios forenses, y a la tenacidad y actitud de sus compañeros oficiales de no rendirse jamás. Al igual que a la formidable Debbie Forbes, Houston se las había arreglado para robarse descaradamente de la UDR, a su viejo amigo Denny Boyd, y también había reclutado a algunos de los mejores oficiales en el Noreste de Escocia, entre ellos estaban el Detective Sargento Alan McNally, un investigador muy serio aunque sumamente inteligente, y sus dos agentes detectives, Andy Forester y Mary Dunblane. Forester era joven y lleno de entusiasmo y había mostrado ser alguien fuerte durante sus años de experiencia en la carrera. Mary Dunblane era mayor que Forester por un año o dos, pero debido a su título en Matemáticas y Ciencias Computacionales de la Universidad Heriot-Watt en Edimburgo, era el cerebro del equipo. La oficial, de apariencia joven, realizaba las funciones de apoyo logístico de la unidad con un profesionalismo que contradecía su edad. Houston podría jurarle a cualquiera que preguntara, que Dunblane tenía una relación privada con cada *byte* de la memoria de la computadora. De hecho, creía que probablemente tenía una conexión literal con la máquina, ya que era tal la simpatía que ella sentía por las computadoras. Dunblane registraba cada pieza de información que el equipo reunía, junto con la ayuda de fuentes externas, y desarrollaba programas que le permitían al equipo unir fuerzas e intercambiar información en una escala mayor que las demás fuerzas policiales del Reino Unido en ese tiempo. Ella podía obtener información de fuentes de las que Houston sólo podía asombrarse, y aunque él sospechaba que utilizaba habilidades más parecidas a las de un *hacker*, prefería no hacer preguntas. Dunblane era buena, realmente buena en su trabajo, y eso era suficiente para

él. Al menos la mitad de los oficiales de la jefatura habían intentado salir con Mary Dunblane alguna vez desde que llegó al equipo, pero había rechazado las ofertas rotundamente, y así, rápidamente se ganó la reputación de ser intocable. Se decía que Mary estaba casada con su trabajo, y así era como ella lo prefería.

Así que este era el escuadrón que Houston había elegido, todos estaban haciendo un muy buen trabajo hasta ahora, y todos estaban realmente orgullosos por sus logros. El escuadrón había hecho su debut con una investigación de rutina por homicidio que involucraba un nuevo y creciente grupo de la mafia que se había esparcido por toda la comunidad china de la ciudad. Después de numerosos incendios provocados en varios restaurantes de dueños orientales en la ciudad de Aberdeen y en los suburbios, la situación rebasó el límite cuando un chef del restaurant Golden Dragon fue encontrado en las ruinas quemadas de su cocina, con un cuchillo de cocina de 15 cm incrustado en su espalda.

Aunque al principio se pensó que el chef había sido víctima de la mafia, se descubrió que de hecho trabajaba para ellos y que el dueño del restaurante lo descubrió intentando incendiar el lugar. Sabiendo que podría reclamar el seguro si su restaurante se incendiaba, el dueño mató al chef y después terminó el trabajo que este había empezado y dejó que el fuego destruyera su negocio.

El trabajo de la chica genio de ojos azules, Mary Dunblane, le dio al equipo la pista que eventualmente los guiaría a resolver el caso. Los cheques del chef asesinado la llevaron a encontrar registros en Hong Kong, donde descubrió que el chef estaba relacionado con una de las familias de la mafia en Aberdeen. Con esa información, Houston y su equipo pudieron formar un caso contra el mayor grupo criminal oriental de la ciudad, y además de resolver el asesinato, fueron capaces de entregarle a la Unidad de Crímenes Mayores, la información que les permitió vencer a la mafia y arrestar a los integrantes del sindicato del reino del terror.

Después siguió el caso de Martin Fergus, el estrangulador de Stonehaven, que asesinó a tres mujeres en un periodo de dos semanas a principios del otoño de ese año.

El pequeño pueblo pesquero, a unos kilómetros al sur de la ciudad de Aberdeen, se conmocionó cuando tres mujeres jóvenes casadas fueron brutalmente asesinadas sin ningún motivo aparente; todas fueron encontradas con el cordón de sus propios vestidos alrededor de sus cuellos. No hubo sospechosos hasta que un comerciante le dijo a Denny Boyd, que había visto

a dos de las mujeres caminar tomadas del brazo, justo unos días antes de su muerte, lo que llevó a Houston y a su equipo a investigar la relación que podría haber existido entre las tres mujeres.

Se interrogó a los viudos una y otra vez, la evidencia forense se analizó varias veces también, y un pequeño hilo de una corbata de lana, descubierta en el cabello de Anne Scott, fue suficiente para conectar a Fergus con la muerte de la segunda víctima.

Debbie Forbes sentía que entre las mujeres había algo más que sólo una amistad; creía que había descubierto el motivo de las muertes. Houston estuvo de acuerdo y llamaron a Fergus para que acudiera a la estación para que «ayudara a la policía con unas cuantas preguntas más». Bajo el interrogatorio de Forbes y Boyd, (Houston creía que Forbes, por ser mujer, sería la clave para hacerlo hablar), Fergus se quebró y reveló que había descubierto que su linda esposa Lorraine tenía una aventura lésbica con Carrie Moses, la tercera víctima. Furioso y lleno de celos, Martin Fergus asesinó a su esposa. Si Moses hubiera sabido de la aventura que Lorraine tenía con Anne Scott, habría sospechado quien era la siguiente víctima del asesino. Tristemente ella no sabía nada hasta que fue demasiado tarde, y su cuerpo fue descubierto, al igual que los otros, desnudo y en una pose grotesca en su propia cama para que la viera su esposo cuando regresara de trabajar. Houston y su equipo habían resuelto su segundo caso consecutivo rápidamente, y su reputación como combatientes diligentes y efectivos contra el crimen, crecía día con día.

Esa reputación se puso a prueba con todos los casos que se cruzaron en su camino durante los siguientes meses; cada éxito que lograban Harry, Debbie y los demás, sumaban prestigio a la Unidad de Investigación de Homicidios. Harry sabía que si las cosas seguían así, pronto se esperaba que aceptara un ascenso para ser Jefe Inspector, tal como fue el caso de muchos otros como él; sin embargo, sabía que había encontrado su lugar, su fuerte. Él era un investigador, un criminalista práctico; jamás se sentaría tras un escritorio dándoles órdenes a otros para que ellos fueran a hacer el trabajo duro en las calles. Sin importar lo que pasara, Harry estaba determinado a mantenerse al filo de la investigación policial, y en ese momento sabía que tendría una lucha en sus manos por el resto de su carrera; no sería una lucha para subir de puesto, sino una lucha para quedarse en donde estaba. La presión para que subiera de puesto sería enorme, pero tal como había sido firme con su deseo de ser oficial de policía, ahora sería firme para quedarse como detective inspector, tal como él deseaba; después de todo, eso era lo que hacía mejor.

Houston le sonrió a su equipo mientras se preparaban para dejar la oficina esa noche. Era víspera de Navidad y con toda la ciudad en silencio, y sin ningún caso activo en ese momento, Harry les había dado dos días libres para Navidad, con la orden de que no mostraran sus caras por allí hasta el 27 de diciembre. Había un espíritu de camaradería y buena fortuna entre el pequeño pero selecto equipo de oficiales, incluso Mary Dunblane se les unió, permitiéndoles a los oficiales el placer de sentir un pequeño beso mientras les deseaba una Feliz Navidad. Ella, además del jefe, fue la última en salir de la oficina esa noche. Parecía rehusarse a apagar sus amadas computadoras, como si estas se fueran a sentir solas y la fueran a extrañar mientras no estuviera.

—Feliz Navidad, señor —dijo Mary mientras bajaban por los escalones del edificio.

—Igualmente Mary —sonrió Houston al dirigirse hacia su auto que estaba estacionado junto al de Denny Boyd, quien lo esperaba en el estacionamiento. Era hora de una de esas cenas especiales en la casa de los Boyd antes de que se fuera a Ballater a casa de sus padres, para tener una típica Navidad Houston, con pavo, ternera, *haggis*^[10] y todo lo demás.

Capítulo Treinta y ocho

Zúrich, primavera de 2004

Alexander Renaud estaba preocupado; los mensajes de Margherita sonaban urgentes, demasiado urgentes para ignorarlos. Le dio una excusa a Marlette y abordó el primer vuelo de Bruselas a Zúrich. Llegó ya muy tarde como para ir directo a la oficina de Dumas en el instituto, y no tenía intenciones de visitarla en su casa; su relación estaba algo tensa, y si no fuera por los chicos, él se hubiera rehusado a ir cuando ella lo llamó. Renaud sabía que Margherita ya no era de fiar.

Después de registrarse en el Hotel Colorado cerca del aeropuerto de Zúrich, tomó un baño y se cambió antes de comer en el restaurante del hotel. Apenas si había probado la comida, que por cierto estaba excelente, cuando su mente no le permitió concentrarse en otra cosa que no fuera el problema de Dumas y los chicos. Claro que había otra razón para la preocupación de Renaud, pero sabía que jamás podría revelarle ese secreto a su antigua compañera; el peligro que tal revelación podría provocar era demasiado grande. Él sabía que ella estaría cada vez más desesperada por encontrar la forma de contrarrestar la degeneración de Alexei y Arturo. En realidad, Renaud casi no había hecho nada durante los últimos seis meses en el laboratorio construido detrás de su clínica. Claro que él jamás sería una Margherita Dumas; Renaud era feliz simplemente trabajando en armonía con su comunidad, siendo un doctor respetado por sus pacientes por ser amable, considerado y comprensivo, y al mismo tiempo realizar investigaciones en su laboratorio.

Mientras se iba a la cama esa noche, pensó que el futuro de sus niños, (para él siempre serían niños, a pesar de que ahora ya eran adultos), y los otros, dependería de cualquier solución o conclusión que encontraran Dumas y él en los próximos días.

La mañana siguiente, sintiéndose fresco después de una noche de sueño y un buen desayuno, Renaud dejó el hotel temprano y viajó veinte kilómetros

por la ruta A20 hacia la ciudad en compañía de un conductor de taxi malhumorado y silencioso, que no hizo nada por hacer más ameno el momento. Renaud se preguntaba si el hombre tras el volante sabía que esa actitud no le aseguraba ninguna propina al final del viaje. Renaud incluso imaginó una escena graciosa donde el conductor le daba una lección sobre el arte de ser miserable; Alexander ya no podía esperar para llegar a la entrada del Instituto Strada.

Cuando llegó Dumas lo estaba esperando en la oficina, sentada detrás de su escritorio con una mirada perturbadora y con el ceño fruncido.

—Alexander, qué bueno verte —era obvio que mentía, y apenas pudo ocultarlo del hombre que se sentó frente a ella.

—Igualmente Margherita —Renaud mintió también—. No perdamos tiempo, por favor dime qué era tan importante que no podías contarme por teléfono.

—Sé que también has estado trabajando en esto Alexander, estoy segura. ¿Has logrado algún avance?

Por un momento Renaud creyó que Dumas había descubierto su secreto, pero después se dio cuenta de que a ella sólo le preocupaba resolver el problema de Alexei y Arturo. Él contestó con una voz firme y confiada.

—Le he brindado mucha de mi atención al problema durante los últimos meses, pero no he encontrado la solución Margherita. Con todos los recursos que tienes aquí en el instituto, creí que ya habías encontrado la forma de desacelerar o detener la propagación de las células Némesis, después de todo *tú* eres la genio aquí ¿no?

Obviamente Dumas notó el sarcasmo en su voz por la mirada en su rostro que apenas lograba esconder su disgusto.

—¡Bah!, te comportas como un niño Renaud. Aquí no se trata de si soy una genio o no; si no detenemos la propagación de las células, Alexei y Arturo entrarán a la fase final, y lo mismo les espera a todos aquellos que nacieron como resultado de nuestro experimento en Bruselas hace años. Tú sabes que no podemos permitir que eso pase.

—¿Permitir que pasé?! ¿Qué diablos crees que podemos hacer? Deberíamos hacer lo correcto ahora; deberíamos informar a las autoridades y permitir que los mejores médicos científicos vean nuestras notas. Debemos decirles lo que hicimos y ver si ellos pueden encontrar una solución para el problema; es lo menos que deberíamos hacer por los chicos y por aquellos que nacieron con esta maldición dentro de ellos.

—¿Dices que es lo menos que podemos hacer? ¿Acaso estás loco Renaud? Si admitimos lo que hicimos en Bélgica, lo que pasará es que ambos perderemos nuestras licencias para practicar la medicina; o peor aún, terminaremos tras las rejas por mucho mucho tiempo, y todo lo que he construido y por lo que he trabajado toda mi vida quedará destruido. ¿Qué no entiendes que si logro perfeccionar el proceso mientras trabajo aquí, podría hacer más dinero del que jamás has soñado? Hay empresas, incluso naciones, que pagarían una fortuna sólo para tener en sus manos la mitad de lo que yo he logrado hasta ahora.

—¡¿Es eso entonces?! —le gritó Renaud—. Sólo te interesa el dinero. ¿Qué no te importan Alexei, Arturo, y los otros? Nosotros hicimos que nacieran así, nosotros los convertimos en lo que son, y además estuve de acuerdo con tu loco plan de educarlos tú misma, para lavarles el cerebro con tus teorías locas sobre las emociones humanas y el significado de la vida como tú lo ves. Los criaste faltos de sentimientos hacia los demás, y ahora te muestras igual ante su futuro. Los criaste casi como animales, inteligentes sí, pero animales al fin, entrenados para hacer lo que tú les digas. Di la verdad Margherita, ¿alguna vez les has dado alguna libertad? Ellos van a donde tú dices, cuando tú lo dices, sólo se les permite estar afuera cuando tú lo autorizas, y no pueden elegir por sí mismos. Jamás en su vida han tenido la oportunidad de hacer lo que quieran.

—¿Esa basura sentimentalista es todo lo que tienes? ¿Animales dices? Pues sí, en cierta forma eso son, especímenes de laboratorio después de todo. Nosotros los hicimos, los creamos de la nada, y han respondido a mi entrenamiento tal como yo esperaba. Sí, ahora son totalmente receptivos a mi voluntad, y cualquier libertad que decida otorgarles la recibirán agradecidos, tal como un perro fiel. ¿Por qué rayos les daría libertad de elección? Me pertenecen Renaud, no lo olvides, ellos son míos, y puedo hacer lo que quiera con ellos.

—¿Cómo puedes decir eso, si son parte de ti y parte de mí? Nosotros les dimos la vida, tú y yo. ¡Salieron de tu vientre, por Dios!

—¡Ya basta! —gritó Dumas—. ¡Ya es suficiente! ¡No son *mis* hijos! Usamos mi útero como contenedor para los embriones que creamos, y nada más. Fue el medio para que crecieran, un lugar para nutrirlos hasta que estuvieran listos para el mundo, pero tú siempre has sido un sentimental, demasiado apegado a ellos. Quieres tratarlos como si fueran tus hijos, pero no son tus *hijos*. Tú sabes exactamente lo que son.

—Sí, ya sé lo que son, y también sé quiénes son Margherita. Tal vez no sean mis hijos en el sentido literal de la palabra, pero son mucho más que eso, ¡y lo sabes!

—¡Ya te dije que sólo son un experimento! Para ser humanos debe haber una madre y un padre, debe haber un espermatozoide para inseminar a la mujer, deben juntarse los fluidos reproductivos para generar una reacción química que lleve a la fecundación.

¿Dónde estuvo el espermatozoide cuando fueron concebidos, dime Renaud? Son el resultado de un procedimiento científico, no tienen padre, ni madre, ¡recuérdalo!

—Estas distorsionando la verdad. Tal vez no tengan padre, pero tienen algo más.

Quizás no tienen nuestras células, nuestros cerebros, nuestros huesos o nuestra sangre, pero sin importar lo que pienses, tú *eres* su madre, la única que conocerán. Nosotros mezclamos el material genético juntos, los dos. Son tan míos como tuyos, y tenemos que hacer algo para salvarlos, incluso si eso significa exponer los errores que cometimos hace treinta años.

—Eres un tonto romántico Renaud; debí saber que serías incapaz de llegar hasta el final. Siempre supe que esto pasaría, pero querías que todo saliera bien y perfecto, ¿verdad? Van a morir Renaud, tendrán una muerte horrible y dolorosa, y también todos los demás que creamos después de ellos. Depende de mí ver que no suframos las consecuencias de las células Némesis. Nadie jamás, debe saber sobre la existencia de las células anormales. ¡Nunca! Ahora vete, yo veré qué se puede hacer; ya no eres útil para mí, ni para Alexei y Arturo. Ellos seguirán mis instrucciones; ambos saben la verdad sobre su creación y también sobre lo que les está pasando. Ellos me protegerán y también al secreto sobre su nacimiento sin importar el costo, de eso puedes estar seguro, y al hacer eso te estarán protegiendo a ti también. No olvides Renaud, que si esto se sabe, estarás conmigo tras las rejas.

Renaud sabía que Dumas por fin había llegado al extremo; se había convertido en un tren fuera de control viajando en un camino directo a la destrucción, y también sabía que había poco que él podía hacer para detenerla sin causar daño a sí mismo y a su propia familia en el intento. Después siguieron diez minutos de súplicas e intentos por hacerla entrar en razón; al final, Dumas pareció suavizarse un poco.

—Alexander —dijo con una voz muy suave—, hemos sido amigos y colegas por mucho tiempo como para que termine así. Estoy segura de que ambos queremos lo mejor en cuanto a este asunto concierne; te prometo algo.

Tú regresas a Bruselas, y te ruego que continúes tu investigación mientras yo hago lo mismo aquí; todavía hay algo de tiempo antes de que las células anormales lleguen a un nivel crítico y la etapa final comience. Tal vez omitimos algo, y tal vez aún hay tiempo para descubrir una forma de atrasar el avance de las células Némesis lo suficiente como para que encontremos una forma de detenerlas de una vez por todas. No debemos ceder nunca, hemos llegado muy lejos. Por favor Renaud, ve a casa con tu esposa; ambos debemos hacer lo que podamos, y te prometo que no se realizará ningún procedimiento sin antes consultarte.

Es mi solemne promesa.

Como no estaba seguro de si podía confiar en la aparente sinceridad de cada palabra que salía de su boca, Renaud estaba listo para actuar desesperadamente en su intento por impedir lo que él veía como un desastre inminente que afectaría a todos los involucrados con los experimentos en la Clínica Sobel. Con gran pesar, pero con un optimismo nacido de su propia desesperación, Alexander asintió y accedió a cumplir la petición de Dumas. Los antiguos colegas quedaron en buenos términos, sin embargo para Renaud el camino que tomaron hacía treinta años era incierto. No sabía a donde los llevaría finalmente a ambos y a los dos hombres que ahora se encontraban en una habitación a unos kilómetros del instituto, contando lentamente los días para su muerte.

Capítulo Treinta y Nueve

Turín, 15 de marzo de 2006

—Feliz cumpleaños hijo —dijo Lucía Cannavaro a su amado hijo Ángelo. Lucía estaba tan feliz de tener a su hijo con ella para celebrar juntos su cumpleaños número veintinueve. Ya que su familia y la de su fallecido esposo habían muerto hacía unos años, Lucía se esforzaba para que los cumpleaños de Ángelo y cualquier otra ocasión especial se trataran con el debido respeto y celebración. Ella sabía que los dos compartían un lazo muy especial, uno que era más fuerte que el típico de madre e hijo como los que tanto leía en las revistas.

—Gracias mamá —rio Ángelo mientras la abrazaba y la hacía girar tanto que se casi se sintió mareada.

—Ya basta Ángelo, por favor, se me va a caer la cabeza —Lucía rio. Él se detuvo y puso a su madre de nuevo en el suelo.

—Este año tengo algo especial para ti hijo mío —dijo Lucía mientras le entregaba un sobre a Ángelo.

—Mamá, espero que no hayas gastado mucho dinero en mí otra vez; sabes que eso no es necesario. Estar contigo y compartir una comida juntos, es todo lo que necesito en mi cumpleaños.

—Desde que conseguiste un departamento propio ya no te veo tan seguido como quisiera. Sé que tienes tu propia vida y así es como debe ser, pero no te atrevas a decirle a tu madre que no consienta a su único hijo en su cumpleaños; eso sería demasiado injusto.

—Lo siento mamá, te agradezco lo que sea que me hayas comprado, tú lo sabes.

Sólo me preocupo por ti porque no deberías de gastar el dinero que tengas.

—Ángelo, Ángelo, ¿no me has dado ya suficiente? Cada mes me das una parte de lo que ganas, y no tienes que hacerlo, pero te amo por eso, así que no

me quieras dar una lección sobre cómo gastar mi dinero. Ahora por favor, abre tu regalo antes de que pierda la paciencia niño travieso.

Su madre se reía al mismo tiempo que trataba de regañarlo; Ángelo abrió lentamente el sobre que le había dado su madre.

—¡Ay mamá, qué maravilloso! —exclamó mientras sacaba el papel del sobre.

—Sé que amas el teatro hijo, y también sé que quieres ver esa obra. Espero que sea tan buena como tú quieres que sea.

—Sólo hay un boleto mamá. ¿Por qué no me dejas comprar otro y así podemos ir juntos?

—Ángelo querido, tú sabes que no soy fan del teatro, y jamás lo seré. No entiendo ni la mitad de lo que pasa en el escenario; por favor, ve tú y disfruta tu obra, yo estaré muy feliz si vienes al día siguiente y me cuentas si te gustó.

Ángelo abrazó a su madre y le dio un beso en cada mejilla; él sabía que ese boleto era para uno de los mejores asientos del lugar y que su madre probablemente había gastado el dinero de toda una semana en él, sólo para darle un regalo de cumpleaños que él disfrutara. También sabía que era mejor ya no sermonear a su madre sobre cómo gastar su dinero. Lucía era una mujer orgullosa, tal como lo demostró al criar a su hijo, prácticamente sola después de la muerte de su esposo.

—Gracias mamá. Muchas gracias. Me la pasaré muy bien; hay rumores de que es la obra más graciosa de los últimos años. Te amo mucho, eres demasiado buena conmigo.

—Ya es suficiente. Ahora Ángelo, ven y siéntate, te prepararé tu comida favorita, y también tenemos vino fino para acompañarla. No cumples años todos los días, ¿sabes?

Mientras Ángelo y su madre se sentaban para disfrutar el simple platillo de pasta y pescado que ella había preparado para celebrar su cumpleaños, en otras partes del mundo había festejos similares. En Nueva York, Tilly Garrelli se sentó con su hijo Peter, en el Restaurante Savannah en la calle East 48, para disfrutar de un almuerzo de cumpleaños para el que Tilly había ahorrado por los últimos tres meses. Peter se sentía feliz y agradecido porque sabía los sacrificios que su madre había hecho con los años para financiar su crianza y su educación. Esa misma noche, Tilly volvió al turno de noche en la farmacia de 24 horas cerca de su casa, donde había trabajado ese turno por diez años. En Zúrich, Hans Todt y su madre fueron al cine, al igual que los Hammond en Londres. Los únicos que no tuvieron una reunión madre-hijo fueron los Dunne. Mientras su madre se encontraba en su casa de Irlanda, Patrick Dunne

se encontraba en algún lugar del Mar del Norte, trabajando a bordo de del buque petrolero *Artic Wayfarer*.

Mientras pasaba su cumpleaños, Patrick estaba de turno en el puente de mando del barco mientras se abría paso entre las fuertes olas al regresar a Aberdeen después de su último viaje, transportando suministros y equipo para la plataforma del yacimiento Brent. Él sabía que su madre lo llamaría a su teléfono móvil esa tarde, y que sin duda habría una tarjeta de cumpleaños esperándolo cuando regresara a su departamento más tarde esa noche, en la ciudad de Aberdeen. Y fue así, a excepción de Patrick Dunne que no tuvo opción, que todos los hombres nacidos como resultado de la investigación e ingenuidad de los doctores Dumas y Renaud en la Clínica Sobel, celebraron su cumpleaños veintinueve en compañía de sus madres amorosas. Ni ellos, ni sus madres, tenían idea de los eventos devastadores que pronto los rebasarían.

Aberdeen, 15 de marzo de 2006

Cuando la noche estaba a punto de terminar, y mientras Patrick Dunne supervisaba las operaciones en el puente de mando, mientras el *Artic Wayfarer* se abría paso entre las olas hacia el puerto de Aberdeen, a una velocidad de veinte nudos, Harry Houston y Debbie Forbes se encontraban sentados en la tibia y silenciosa oficina de Houston.

Debbie lo había llamado «El Caso del Salmon Muerto», aunque Mary Dunblane lo había registrado en su computadora de manera graciosa como: «Una Muerte Apestosa».

Se trataba del caso de Simon Carlisle, un hombre con algo de fortuna y buena posición en el pueblo de Windsor en Bershire, quien fue encontrado muerto junto a un salmón de grandes proporciones también muerto, a la orilla del Río Dee, no muy lejos del nuevo Hotel Craigevar cerca del pintoresco pueblo de Banchory, a veintiocho kilómetros de la ciudad aproximadamente; el equipo de Harry fue llamado para resolver el caso.

El caso se tornó desconcertante por la desaparición simultanea del hombre de negocios americano Carlton Ryder, quien se hospedó en el mismo hotel, y a quien no habían visto desde el día de la muerte de Carlisle. Al principio se pensó que ambos habían sido víctimas de algo extraño, pero después se descubrió que los dos habían estado compitiendo en el río por una semana, determinados a atrapar a Auld Robbie, un salmón de gran reputación entre los

lugareños. Houston inmediatamente sospechó que talvez el americano no yacía muerto flotando en el río o varado en la orilla como el pobre de Carlisle.

Cuando se confirmó que algunas escamas del salmón muerto encontrado en la orilla estaban presentes en el cabello y la piel del difunto, Houston confirmó su teoría. El Sargento McNally y el Agente Forester comenzaron a revisar sistemáticamente todas las salidas en el aeropuerto de Aberdeen y en la terminal del *ferry*, y cuando eso no rindió frutos, ampliaron su área de búsqueda a toda Escocia. Mary Dunblane contactó a las fuerzas policiales inglesas principales, y así comenzó la búsqueda del americano por todo el mundo.

Al final fue su gusto por utilizar tarjetas de crédito lo que lo llevó a su perdición.

Gracias a que Dunblane dio a tiempo el aviso a las otras fuerzas policiales que estaban en busca del americano, lo descubrieron cuando usó su tarjeta Amex para pagar la cuenta en el Hotel Ashford Internacional en Kent antes de intentar fugarse a través del Canal a Francia, donde sin duda habría abordado un avión a EE.UU. Por petición de Harry, la policía de Kent retuvo al magnate hasta que Houston y Forbes viajaron para interrogarlo y arrestarlo.

Ryder confesó rápidamente que él y Carlisle habían tenido una competencia amistosa para ver quién podía atrapar el pez más grande durante su estadía en el Craigevar. Cuando el personal del hotel les contó sobre Auld Robbie, los dos hombres juraron traer a la estrella del río de vuelta al hotel para que el chef lo cocinara. Hubo dos veces que Ryder tuvo al pez en su sedal (eso dijo él) pero el salmón escapó, y su miseria fue mayor cuando Carlisle enganchó al pez y lo atrapó en cuestión de minutos mientras los dos pescaban a la orilla del hermosos Río Dee.

Cuando Carlisle se burló de él por no haber atrapado al pez cuando tuvo la oportunidad, Ryder simplemente perdió la cabeza, se levantó de su asiento, caminó hacia el otro hombre, levantó el enorme salmón y golpeó a Carlisle en la cabeza con él.

Ryder juraba que no fue su intención matar a Carlisle, pero al caer se golpeó contra unas rocas en la orilla del río y murió al instante.

—Ya no los hacen como antes señor, eso es seguro —dijo Forbes con una sonrisa irónica en el rostro.

—Sí, muerto por un salmón —dijo Houston bromeando—, ¡y ni siquiera estaba en un sartén! Yo me pregunto Debs, ¿por qué los hombres hacen cosas así por estupideces machistas? Todo resultó realmente sencillo una vez que llegamos al tema del salmón.

—Lo sé señor, pero en realidad, ¿eso valía la vida de un hombre?

—Claro que no, pero en verdad creo que no fue la intención de Ryder matar a Carlisle; lastimarlo sí pero no matarlo.

—Entonces las rocas sólo estaban en el lugar incorrecto, en el momento incorrecto —dijo Forbes.

—Sí, o tal vez Carlisle y Ryder estaban en el lugar incorrecto, en el momento incorrecto.

—Nosotros lo resolvimos Debs, todo el equipo. Todos trabajamos juntos, no hubiera podido hacerlo sin ustedes.

—Gracias señor —Forbes sonrió—. Hablando del equipo, Denny regresará de sus vacaciones la próxima semana, y entonces tendremos a todo el equipo reunido de nuevo. Espero que haya disfrutado, y tomando el sol en la playa de Tenerife.

—Oh, estoy seguro de que él y su esposa la pasaron muy bien Debs. Ahora ve a casa, te veré mañana.

—Sí señor, lo haré. No se vaya muy tarde usted, se ve cansado.

Houston asintió y bostezó, dándole la razón a la sargento.

—Buenas noches señor —dijo mientras dejaba a Houston sentado con los pies sobre el escritorio, quedándose cada vez más somnoliento y exhausto—. Lo digo en serio, también vaya a casa, necesita dormir.

—Sí lo haré, pero sé una buena chica y no molestes más con eso.

—Muy bien señor. Al menos después del salmón no creo que nos toque otro caso tan extraño y poco convencional como ese, en un buen tiempo.

Los pasos de Debbie Forbes se escucharon por el pasillo de la estación de policía de la calle Queen, mientras se dirigía al elevador que la llevaría a la planta baja. Diez minutos después, Harry siguió sus pasos cuando también se dirigió hacia su casa para un muy merecido descanso.

Ninguno sabía que su siguiente caso sería más desconcertante, trascendental, y humanamente más trágico que aquel caso que Mary Dunblane había llamado: Una Muerte Apestosa.

PARTE TRES

REVELACIONES FINALES

Capítulo Cuarenta

Martes, 6 de junio de 2006, Turín

Ángelo Cannavaro se sentía acalorado y un poco borracho mientras regresaba a casa después de una tarde satisfactoria de entretenimiento. La actuación en el teatro lo había dejado de buen humor; la comedia era justo lo que necesitaba para levantarle el ánimo después de una semana de trabajo duro en la oficina. Después de la obra, los tragos que bebió en el bar lo dejaron eufórico; se rehusó a tomar un taxi y prefirió caminar el kilómetro y medio hasta su casa en la Via del Orzo. El fragmento de la obra donde la mujer principal se había tropezado con los pies del portero y había caído en el escenario colapsando en los brazos de su suegra, le había parecido muy gracioso y Ángelo reía para sí mismo mientras repetía la escena en su cabeza. A él le hubiera encantado contarle a su madre las partes más graciosas de la obra cuando la viera al día siguiente, y obviamente le agradecería de nuevo por ese maravilloso regalo de cumpleaños. Su asiento en el teatro había estado en la sección del centro cerca del área donde se sentaban los adinerados, Ángelo se preguntó cuánto habría sacrificado su madre exactamente para poder pagar su boleto. Mientras caminaba, sintió una calidez que inundó todo su ser, era una felicidad derivada del amor que su madre le había mostrado al comprarle el boleto, y todos los recuerdos que tendría de esa tarde. Tal vez por eso fue que no vio ni escuchó al hombre de negro que salió del callejón a menos de cien metros de su departamento, al menos no lo notó hasta que le habló.

—Disculpe, ¿es usted el Señor Ángelo Cannavaro? —preguntó el hombre en inglés.

Sin pensarlo, Ángelo contestó, también en inglés, el cual hablaba con fluidez por su trabajo como lingüista para la Comunidad Económica Europea, en la División de Asuntos Agrícolas.

—Sí, yo soy Cannavaro, pero...

Él jamás terminó la oración; en cuanto escuchó que Ángelo afirmaba quién era, el hombre pareció moverse con la velocidad de una cobra atacando a su presa. El cuchillo en su mano se movió a una velocidad increíble y se encajó en el pecho de Ángelo, después salió de nuevo en menos tiempo del que le había tomado decir sus últimas palabras. Sabiendo que su objetivo había sido el correcto, el hombre de negro no se quedó a ver el desenlace de su obra letal. Rápidamente se volvió y desapareció al final de la calle. Para cuando una patrulla de Carabineros^[11] encontró el cuerpo sin vida de Ángelo diez minutos después, el hombre de negro ya estaba muy lejos. Al principio intentaron levantarlo, pensando que era un borracho que se había quedado dormido en el suelo, pero se dieron cuenta de que estaban tratando con algo más serio cuando lo voltearon y vieron una gran mancha de sangre en el frente de su camisa y en el suelo.

En su casa, aquel pequeño departamento, Lucía Cannavaro estaba a punto de irse a la cama esperando con ansias el día siguiente cuando vería a su hijo y él le hablaría sobre su noche en el teatro.

Mientras recostaba su cabeza sobre la almohada, podía escuchar el sonido de las sirenas a lo lejos, por el sonido se dio cuenta de que era la policía y una ambulancia, y sintió pena por la persona cuyo día había terminado requiriendo ese tipo de ayuda.

Viernes, 9 de junio de 2006, Londres

John Hammond tenía veintinueve años, tenía un cuerpo atlético y era un prodigio de las computadoras amado por sus empleadores en Industrias Selectronics, y también era un ávido deportista en su tiempo libre. Iba de regreso a casa después de una sesión de entrenamiento con pesas en el gimnasio cuando un hombre de negro lo abordó después de estacionar su auto en el garaje.

—¿Señor Hammond? —preguntó el hombre mientras John buscaba las llaves de su casa en su bolsillo.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo Hammond.

Eso fue suficiente para el hombre de negro; el brillo de la luna se reflejó en el filo del cuchillo, y en un movimiento rápido John Hammond fue asesinado con la misma destreza que Ángelo Cannavaro unos días antes. John murió en segundos, desangrándose justo a unos metros de la puerta de su

casa. Uno de sus amigos descubrió su cuerpo, una hora después, cuando llegó para recoger a John para ir a un juego de *squash*.

A la mañana siguiente, los oficiales de policía llamaron a la puerta de Elizabeth Hammond para darle la noticia del asesinato de John, el cual parecía no tener sentido; para ella su mundo se hizo pedazos.

3 de julio de 2006, Aberdeen

El inspector Hamish (Harry) Houston y su equipo no supieron de las muertes de Ángelo Cannavaro y John Hammond hasta unos días después, cuando se les pidió que investigaran el asesinato de Patrick Dunne el lunes, 3 de julio, en la ciudad de Aberdeen. Incluso en ese momento la muerte de los hombres en Milán y Londres no eran parte de la ecuación, sino hasta después que comenzaron a surgir los indicios de un misterio.

Houston y su unidad descubrieron que Patrick Dunne, el hijo de Theresa, había trabajado en la industria del petróleo en Aberdeen por muchos años, primero en las plataformas petroleras y después de cumplir con un entrenamiento, trabajó en las embarcaciones que les llevaban suministros, y que al momento de su muerte trabajaba como primer oficial en el *Arctic Wayfarer*, un buque petrolero más grande de lo normal.

Su cuerpo fue encontrado en el muelle junto a su barco, por dos de sus compañeros quienes fueron a buscarlo después de que no llegó a su reunión para beber en el Bar Bridge en la calle Bridge de la ciudad. Ubicada lejos de la calle Union, la calle Bridge estaba a no más de cinco minutos a pie del puerto, y del embarcadero del *Arctic Wayfarer*. Sabiendo que Patrick amaba la cerveza, los compañeros no perdieron el tiempo cuando se dieron cuenta de que ya tenía una hora de retraso, así que fueron a buscarlo. Lo habían apuñalado una vez justo en el corazón y había sangrado abundantemente, su sangre goteó por el muelle y corría como un pequeño riachuelo hasta caer por la pared del embarcadero, manchando el mar verde-azul de un color magenta oscuro, debido a los colores de la sangre y del agua al mezclarse. Sus compañeros impactados, llamaron a la policía, y fue poco tiempo después que Houston y su equipo de la Unidad de Investigación de Homicidios llegaron a la escena.

No hubo testigos de la muerte de Dunne; los alrededores del muelle se encontraban desiertos cuando el agresor cometió el homicidio, y Dunne murió sin que nadie viera u oyera algo. Houston, Forbes y Boyd inspeccionaron el

lugar mientras los oficiales de la escena del crimen del equipo forense hacían una investigación meticulosa y examinaban el cuerpo y los alrededores. Después de darles tiempo para hacer su trabajo sin ninguna interrupción, Houston se acercó a pedirle su opinión al Doctor George Murdoch, un amigo reciente pero estable con muchos años de experiencia como médico forense.

—Es muy desagradable Harry —dijo Murdoch—. Herida punzocortante en el pecho. Perforó el corazón con un solo golpe. Quien lo haya hecho sabía lo que hacía, eso es seguro; yo diría que estamos buscando a un profesional.

—¿Y el arma homicida? —preguntó Houston.

—Obviamente fue un cuchillo, pero no puedo decir de qué tipo hasta llevar el cuerpo al laboratorio. Lo que sí te puedo decir que no fue un cuchillo para filetear pescado; este fue uno afilado y largo, y extremadamente letal.

Veinticuatro horas después, George Murdoch le presentó su informe preliminar a Houston, y además le tenía una sorpresa guardada al inspector. Tal como sospechó, el cuchillo era de 15 cm de largo aproximadamente, con una hoja de doble filo increíblemente filosa, lo cual provocó que la herida tuviera una longitud menor a dos centímetros. La sorpresa que el doctor dejó para el final era que el cuerpo de Patrick Dunne tenía rastros de una toxina poderosa y letal, además de ser desconocida; Murdoch asumió que dicha toxina le había sido inyectada a la víctima a través de la superficie del cuchillo. En pocas palabras, el asesino de Patrick no quiso correr ningún riesgo; si la herida al corazón no lo mataba, era seguro que el veneno si lo haría.

—Los asesinatos con cuchillo suelen ser muy personales —dijo Houston mientras consultaba con Forbes y Boyd. Al igual que él, ellos eran investigadores hábiles y profesionales, y su éxito reciente desde que el escuadrón se había formado, creó un lazo de confianza y sinceridad entre ellos. En pocas palabras, Harry Houston se había asegurado de que los miembros de su equipo sintieran la libertad de hablar y decir lo que pensarán sobre cualquier aspecto de un caso si eso podía llevarlos a darle solución. Él confiaba en sus compañeros oficiales, y sabía que escucharían atentamente sus palabras antes de expresar sus opiniones aunque no siempre pensarán igual que él, pero Houston creía que ese era el punto de tener libertad para hablar. Tal vez él era el jefe, pero eso no significaba que siempre tendría la razón; también eran necesarias las contribuciones de los demás y siempre eran bienvenidas, pero por ahora, él controlaba la conversación—, pero hay algo diferente en este, lo puedo sentir. Si fuera personal, ¿por qué tomarse la molestia de llenar la hoja del cuchillo con veneno? Un asesino común y

corriente seguramente habría utilizado sólo el cuchillo y probablemente lo habría apuñalado más de una vez para asegurarse de terminar el trabajo.

—Estoy de acuerdo señor —respondió Forbes—. Estoy segura de que fue un profesional, aunque el hecho de que alguien así quisiera matar a un segundo a bordo de un buque petrolero me parece un misterio. La víctima no parece haber tenido ningún registro de actividad criminal, es seguro que no tiene antecedentes. Sólo tenía veintinueve años, me parece un desperdicio señor.

—Todas las muertes prematuras son un desperdicio Debs, cada una de ellas.

—Cierto, señor, pero llegaremos al fondo del asunto.

—Más nos vale; no quiero que un asesino a sueldo ande vagando por la ciudad pensando que puede engañarnos, sargento.

—Talvez fue por drogas, señor —dijo Boyd, quien no tuvo dificultades en ajustarse al nuevo rango de Houston—. Sabemos que algunos tipos en los buques están involucrados en el comercio ilegal de drogas.

—Muy bien Denny, tu investiga esa línea, ve qué puedes averiguar.

Cuando dejaron la escena del crimen de Patrick Dunne, el equipo se sentía confiado de que encontraría un motivo y resolvería el asesinato antes de que pasara mucho tiempo.

Desafortunadamente, entre más intentaban, más fallaban en encontrar un motivo para el asesinato. Dunne no tenía familia cercana en Escocia, ni tampoco algún enemigo conocido, y a todos parecía agradarles, lo cual era inusual en su línea de trabajo, no obstante así era; nadie tenía nada malo que decir sobre la víctima.

El jueves, temprano por la mañana, Debbie Forbes irrumpió en la oficina de Houston con un papel en su mano derecha.

—Señor, tiene que ver esto —dijo entusiasmada, deslizando el papel en el escritorio hacia su jefe.

Houston levantó el papel y lo miró, después con una mirada de incredulidad en su rostro, le dijo a su asistente:

—Muy bien Debs, es una foto de Patrick Dunne. ¿Qué se supone que debo decir?

—Pero señor, ¿este no es Patrick Dunne! Esto llegó de Scotland Yard^[12] hace unos minutos. Mary tuvo que confirmar con ellos que no era un error, y después me lo pasó a mí. Están buscando información relacionada con el asesinato de un hombre llamado John Hammond el viernes pasado, y esta es su foto.

Houston se quedó pasmado; el hombre de la foto que tenía en su mano era el doble de Patrick Dunne. Su cabello, sus ojos y sus rasgos faciales, eran idénticos. Podrían haber sido gemelos, excepto por el hecho de que Dunne no tenía hermanos o hermanas registrados, ni ningún otro familiar además de su madre. En la información de la hoja que trajo Forbes, decía que Hammond tenía un historial familiar similar al de Dunne; en otras palabras, además de su madre, no había nadie más. Los vellos en el cuello de Houston comenzaron a erizarse, algo no olía muy bien, y no era el muelle.

Houston llamó a su oficina al resto del equipo para una junta; el único que faltaba era Denny Boyd, que aún estaba investigando en algún lugar de la ciudad, sobre su teoría relacionada con las drogas, aunque Houston creía que eso llegaría a un callejón sin salida. Viendo la foto por sobre el hombro de su jefe, Forester silbó entre dientes.

—Bueno, parece que es el mismo hombre, eso es seguro —dijo rápidamente.

—No concuerda, simplemente esto no concuerda —dijo Houston.

—¿A qué se refiere jefe? —preguntó Forester.

—No estoy seguro Andy, pero tengo una corazonada que no puedo ignorar. Creo que hay más de este caso de lo que se puede ver y me gustaría averiguarlo.

—Ya saldrá algo señor, de eso estoy seguro —dijo Alan McNally, el más callado del equipo—. Hablaré con los compañeros de Dunne otra vez; talvez ellos sepan algo más que no nos están diciendo. Sabe, es posible que él y el otro tipo fueran gemelos que fueron separados al nacer, o algo así, y después fueron adoptados por personas diferentes. Eso puede pasar, ¿sabe?

—Entonces averígüelo sargento —dijo Houston.

—Sí señor —respondió McNally asintiendo frente a su jefe antes de dejar la oficina.

Cruzando la habitación, Mary Dunblane comenzó a teclear la información en su computadora, y creó una carpeta nueva que crecería más de lo que ella hubiera podido imaginar.

—Muy bien Debs, ve al Yard y diles lo que descubrimos aquí, y envíales una foto de Dunne. Creo que hará falta un poco de cooperación entre las fuerzas policiales, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo señor, lo haré de inmediato. Mary necesito tu ayuda para enviar la información al Yard.

Mientras Forbes y Dunblane comenzaban a recopilar la información para mandarla a Scotland Yard, Houston se quedó perdido en sus pensamientos.

Algo le daba vueltas en la cabeza, algo le decía que este caso no sería tan sencillo como imaginaban.

Nueva York, sábado, 8 de julio de 2006

Peter Garrelli nunca lo vio venir. El joven maestro de inglés recién se había sentado a comer su almuerzo en su cafetería favorita, disfrutando del primer día del fin de semana, después de una semana rodeado del alboroto de las voces de los niños y los sonidos constantes de su día a día en la escuela; de pronto el hombre con la sudadera con capucha sentado en la mesa de atrás, volteó, sonrió y le preguntó:

—Discúlpeme pero ¿no es usted Peter Garrelli?

—Sí, ¿lo conozco? —preguntó el maestro. Una mirada de asombro comenzó a formarse en el rostro de Garrelli, pero antes de que terminara, el hombre de negro apuñaló a Garrelli directo al corazón por la espalda. Peter se desplomó en su asiento, como si estuviera dormido. El asesino se levantó, dejó algunos dólares en la mesa para pagar su comida, y salió caminando tranquilamente de la cafetería, sólo para que un minuto después, la mesera que lo atendía encontrara el cuerpo. Como era de esperarse de una chica de dieciséis años que sólo intentaba ganar unos cuantos dólares en su trabajo sabatino, gritó como loca. Gritó, gritó y gritó, y al dueño del lugar le tomó diez minutos calmar a la chica, así que para cuando llamó a la policía, el asesino ya estaba muy lejos, y por supuesto nadie vio o escuchó algo; después de todo, así era Nueva York.

Harry no sabía de la muerte en Nueva York mientras colaboraba, por teléfono y por mensajes electrónicos, con su contraparte en Scotland Yard, el Jefe Inspector Ron Shackleton. Aunque Shackleton tenía un puesto superior al de Houston, el mutuo respeto que se tenían, aseguraba un dialogo tranquilo y cooperativo entre los dos oficiales.

Ambos compartieron todo lo que tenían de sus respectivos casos (lo cual no era mucho), y fue Debbie Forbes quien tuvo la brillante idea de intentar encontrar si hubo casos similares en el pasado; incluso Mary Dunblane envió un correo electrónico a la Interpol.

Veinticuatro horas después se les informó a la policía de Scotland Yard y la de Grampian sobre la muerte de Ángelo Cannavaro de veintinueve años, en Turín. Se quedaron aún más asombrados cuando la policía de Turín les envió la foto de la víctima; ¡por fin tenían otra conexión! Cannavaro era (o al menos

podría haber sido) el gemelo idéntico, trillizo, o lo que fuera, de Dunne y Hammond; no había diferencia visible entre ellos. Los oficiales en Londres, Aberdeen y Turín estaban incrédulos ante el desarrollo reciente de sus respectivos casos. Hasta ahora, todos ignoraban lo ocurrido en Nueva York, y así sería por un tiempo. Por el momento, las fuerzas policiales de Europa avanzaban a ciegas, faltos de pistas, testigos o evidencia, en su búsqueda de lo que parecía ser un asesino serial, o peor aún, una conspiración internacional que involucraba a más de un asesino. Aún más misterioso era el hecho de que todas las víctimas fueran idénticas, y no pasó mucho tiempo para que la policía pidiera un estudio forense más profundo de los restos de las tres víctimas con las muestras de ADN de los fallecidos. Afortunadamente, ya que eran víctimas de asesinato, los cuerpos de los tres hombres se habían preservado en las respectivas morgues de las ciudades donde murieron, así que los análisis se realizaron de inmediato.

Fue decir poco que el resultado de los análisis fue sorprendente; el Inspector Houston se sentó con una mirada perpleja mientras conversaba con la Sargento Debbie Forbes.

—No es posible Debs —dijo el inspector con frustración en su voz—. ¿Cómo pueden tres hombres, que hasta donde sabemos jamás se conocieron, y vivían en países diferentes, con madres y padres diferentes, tener ADN idéntico? Y además de eso, aparentemente sus padres llevan años de muertos y sus madres parecen ser sus únicos parientes vivos.

—Y no sólo eso señor —dijo la sargento—, sino que también absolutamente *todo* en ellos es igual, el color del cabello y de ojos, la talla del calzado, el físico, etc., son idénticos, como si fueran la misma persona. Por cierto, McNally me llamó hace un momento, dice que no tiene evidencia de que alguno de los hombres fuera adoptado, así que esta teoría ya no sirve.

—No creí que fuera a encontrar algo como eso Debs, pero valía la pena investigarlo. Algo de este caso me pone de nervios, eso sí te puedo decir.

Houston estaba desconcertado por el inexplicable asesinato y por las víctimas idénticas identificadas en diferentes ciudades de Europa. También se sentían así Shackleton en Londres y la policía de Milán, donde el Capitán Enzo Berlini guiaba el equipo de investigadores de élite. Desafortunadamente, conforme pasaba el tiempo y no se encontraba más información, la frustración y la sensación de fracaso comenzó a llenar el corazón y la mente de quienes trataban de resolver el misterio.

Dos semanas después del asesinato de Patrick Dunne, llegó a la computadora de Mary Dunblane, un folleto de rutina en internet del

departamento de policía de Nueva York que originalmente se había enviado a Scotland Yard y después Shackleton se lo reenvió a Houston. El inspector escocés descubrió que el misterio continuaba ahora que miraba en el folleto la foto de Peter Garrelli.

Ahora el caso se había convertido en uno de proporciones trasatlánticas, y los jefes de las fuerzas policiales involucradas en los casos pidieron hacer una reunión para incluir a los oficiales investigadores en jefe de cada país donde se encontraban las víctimas. Se decidió tener la reunión en Scotland Yard, y unos días después los oficiales involucrados se reunieron en la sala de conferencias del cuarto piso en la oficina central de la Policía Metropolitana de Londres. Se decidió que Houston sería el coordinador del equipo investigador, y que los demás continuarían sus investigaciones pero le reportarían cualquier hallazgo a él, para que lo reuniera todo en un expediente y así darle acceso inmediato al equipo para que viera cualquier información que encontraran. Harry se sintió complacido por ser elegido para dirigir el equipo, y se retiró con grandes expectativas de que él y su equipo, con los recursos de las otras fuerzas policiales involucradas, pronto comenzarían a unir las piezas del rompecabezas.

* * *

Todas las madres de las víctimas fueron interrogadas, y aunque todas parecían renuentes a divulgar demasiado ante la policía, esto se consideró como una señal del *shock* y trauma psicológico que estaban experimentando debido a las muertes de sus hijos. Ninguna sabía quién querría lastimar a sus hijos y tampoco conocían a esos otros hombres de las fotos que les mostraron, y no podían dar explicación de la similitud física o de ADN. Aunque la policía tenía dudas sobre la veracidad de las mujeres, no podían pensar en alguna razón para que ellas le mintieran o quisieran impedir el trabajo de los investigadores en las muertes de sus hijos.

Pasaron otras dos semanas sin que hubiera alguien de la fuerza especial internacional (como se hacían llamar), que hiciera algún progreso. Tuvo que suceder otra muerte para acercarlos un poco más a la respuesta, y esta vez sentían que por fin tenían una pista. ¡Había un testigo!

De hecho, era la policía suiza quien tenía un testigo. Un hombre llamado Hans Todt fue visto saliendo de su oficina como usualmente lo hacía a las 6 p.m., el martes por la noche. Mientras cruzaba la calle, el portero del

edificio vio a un hombre acercarse a Todt. El hombre habló brevemente con él, y entonces el portero vio con horror cuando el hombre de negocios cayó al suelo; no tenía dudas de lo que acababa de ver. Sin embargo, lo más extraño del testimonio del portero, era que le juró a la policía suiza que el hombre que llevó a cabo el ataque había sido el mismísimo Hans Todt, o al menos un hombre parecía su doble exacto. *Herr* Gruber, el portero, jamás cambió su testimonio a pesar del escepticismo de la policía, y sólo cuando la policía buscó información sobre asesinatos similares y encontró el expediente de la Interpol sobre la investigación mundial de los asesinos idénticos, así era como los llamaba el equipo de investigadores, se dio cuenta de que talvez podrían lograr algún avance en el caso.

Capítulo Cuarenta y uno

Zúrich, jueves, 3 de agosto de 2006

Tres días después, Houston y Forbes se sentaron en la oficina del jefe de la división de investigación de homicidios de Zúrich, el Comisionado Claude Borgo. El detective suizo estaba feliz de ofrecer su ayuda al inspector escocés y a su sargento, y había hecho de todo para hacer que se sintieran bienvenidos en su primera visita a la ciudad.

—Entonces inspector, dígame lo que piensa de este caso tan extraño que tiene en sus manos.

—Bueno señor —contestó Houston dirigiéndose al detective con un rango superior—, entre más largo es el caso, más misterioso se vuelve. Aunque con este último asesinato, hemos comenzado a avanzar, de eso estoy seguro. Mi sargento y yo tenemos una teoría; es un poco descabellada, pero nuestros compañeros oficiales alrededor del mundo creen que talvez hemos descubierto algo.

—Por favor continúe inspector —dijo Borgo, quien era un hombre grande y gordo, pero era muy alerta y era obvio que sabía de lo que hablaba, y daba la impresión de no tolerar las tonterías.

—¡Clones, Comisionado! —dijo Houston enfáticamente—. Mi sargento y yo creemos que alguien, en algún lugar ha logrado clonar a un ser humano, y que las víctimas de los asesinatos son el producto de algún experimento científico desconocido.

—Es cierto señor, hemos considerado cada posibilidad lógica e ilógica, y la clonación parece ser la única que podría explicar cómo estos hombres comparten el mismo ADN, y las mismas características físicas —agregó la sargento.

—Bueno —dijo Borgo, respirando profundamente y exhalando como si se hubiera quitado un gran peso de encima—. Tengo tres cosas que decir de su teoría, inspector.

Primera, aunque nadie ha tenido éxito antes en la clonación humana, eso no quiere decir que no se haya logrado ya o que sea imposible, por lo tanto su teoría tiene posibilidades. Segunda, si usted desea averiguar más acerca de la posibilidad de que algo así se haya logrado, o si la ciencia está cerca de hacerlo, está usted en el lugar indicado. A las afueras de la ciudad hay un edificio de investigación, el Instituto Strada, lo dirige la Doctora Margherita Dumas, que es una de las expertas líderes en el mundo en el campo de la tecnología de la clonación. Vaya a verla y hable con ella; estoy seguro de que estará feliz de ayudarle. Ahora la número tres; aún si los hombres asesinados hubieran sido víctimas de algún experimento de clonación clandestino, eso no explica por qué de pronto comenzaron a matarlos sucesivamente y tan rápido, y con ese estilo en particular. No se ve a diario que un asesino se tome la molestia de agregar veneno a la hoja de su cuchillo sólo para asegurar su trabajo. Me temo que allí es donde su teoría se traba un poco, ya que aunque aceptemos la posibilidad de los clones, eso no nos da un motivo para los asesinatos.

—Tiene usted razón señor —dijo Houston—, pero mi teoría aún está en pañales. Si podemos descubrir con seguridad que estos hombres *eran* clones, y quién los trajo al mundo, por así decirlo, entonces estaríamos en camino para establecer un motivo.

—Es un buen punto inspector —asintió Borgo—. Vaya y hable con la Doctora Dumas; vea si ella puede ayudar a resolver el misterio.

Una hora después, y ya que Borgo había llamado para pedir una reunión con la Directora Médica del Instituto Strada, el Inspector Harry y la Sargento Debbie Forbes se encontraban sentados frente a la Doctora Margherita Dumas, conocida como una de las autoridades líderes en el proceso de la clonación en el mundo.

—Verá inspector —dijo la doctora después de media hora de consulta con los detectives—, la clonación humana es definitivamente una posibilidad, y es una que nos da esperanza para el futuro de la ciencia médica. Olvídense de las teorías de Frankenstein de los escépticos, con la clonación podemos aprender mucho sobre la vida, y podemos encontrar nuevas formas de combatir enfermedades, e incluso quizás extender el promedio de vida.

—Sí entiendo —dijo Houston—, pero existe la posibilidad de que alguien pudiera pasar a una mente criminal por todo el proceso, quizás hasta formar todo un ejército de maestros criminales o asesinos y utilizarlos para cumplir sus propósitos.

—¿Es en serio, inspector? —dijo la doctora riéndose—. Creo que ahora usted está entrando en un mundo de fantasía. ¿Qué médico que se respete, fundación o laboratorio de investigación, se prestaría para tal propósito? Si el proceso de clonación reproductiva se llegara a perfeccionar, sólo se usaría para el bien de la humanidad, créame.

Ahora que Houston ya le había hecho preguntas a la doctora sobre la mecánica y la tecnología de clonación, tomó el sobre de manila que la sargento tenía en sus manos, lo abrió y sacó las fotografías de las víctimas de la extraña serie de asesinatos que ocurrieron en varias partes de mundo, y las puso sobre el escritorio de Dumas.

—Doctora, si lo que usted dice es verdad entonces, ¿me puede dar su opinión sobre esto?

Dumas inhaló rápidamente mientras daba una mirada a los cinco hombres asesinados, y paso un minuto entero antes de que hablara de nuevo.

—Quiere decir que...

—Sí doctora; alguien en algún lugar al parecer ha sobrepasado sus expectativas y logró clonar a un humano. El misterio es por qué ahora alguien estaría matando a cada uno de ellos; son cinco hasta ahora e idénticos en cada aspecto, y talvez haya más de ellos.

Recobrando su compostura, Dumas respondió.

—Sí, pero verá inspector, no serían del todo idénticos, para nada, aunque así lo parecieran para el ojo inexperto.

—Explíqueme doctora, por favor.

—Bueno, intentaré simplificarlo para usted. En la clonación reproductiva, el ADN del núcleo del óvulo se remueve y se reemplaza con ADN de otra célula, en este caso sería la de la persona a la que se va a clonar. Después se estimula el óvulo para que se divida, y después de varias divisiones se puede implantar en el útero de una mujer apta quien eventualmente dará a luz al individuo clonado. Sin embargo, a pesar de compartir el mismo ADN nuclear, el original y la copia tendrían mínimas diferencias en lo que se conoce como mitocondria, la cual es otra fuente de ADN.

—Pero los análisis forenses han demostrado que todos tienen ADN idéntico —interrumpió la sargento.

—Claro que sí —respondió la doctora—. Sólo sabiendo qué buscar y sólo realizando algunos análisis muy específicos y altamente delicados, podrían encontrar esas diferencias, así que para cualquier otro caso a usted y a su médico forense, les parecerían absolutamente idénticos.

La conversación continuó con una sesión de preguntas y respuestas, y Dumas parecía contestar tranquilamente todas las preguntas de Houston, aunque ella no sabía que el policía que se encontraba frente a ella tenía un título en estudios forenses y sabía un poco más que el policía detective promedio sobre los tecnicismos del proceso que ella estaba describiendo.

Durante la conversación, la doctora le preguntó a Houston.

—¿Tiene alguna idea de quién está matando a estos hombres, inspector? ¿Cuál podría ser el posible motivo para tal crimen?

—Como no tenemos sospechosos, y sólo tenemos muy pocas pistas, quisiera hacerle una última pregunta antes de irnos, doctora, si me permite.

—Por supuesto —respondió Dumas.

—Usted, Doctora Dumas, es una de las autoridades líderes del mundo en el proceso de la clonación, ¿conoce a alguien que haya estado involucrado en esa clase de investigación hace treinta años, y que pudiera ser responsable del nacimiento de las cinco víctimas? En particular, ¿conoce a alguien que se haya estado preparando para llevar a cabo experimentos ilegales para intentar lograr conseguir algo de fama en su profesión?

—¿En serio, inspector? ¿Realmente cree que alguien en mi profesión arriesgaría su reputación y su carrera para hacer tal cosa? No sé de nadie que entonces o ahora estuviera preparado para correr ese riesgo. De verdad no creo que pueda ayudarlo más.

Ahora, si me disculpa.

Dumas simplemente asintió mientras los detectives se ponían de pie y se dirigían hacia la puerta; la entrevista había terminado.

Capítulo Cuarenta y dos

Un poco después, mientras conducían de vuelta a la ciudad, los dos oficiales discutían sobre su reunión con la doctora.

—¿Vio su cara cuando le enseñó las fotos? —preguntó Forbes con una sonrisa en su rostro.

—De hecho sí Debs —respondió Houston—, pero también ¿te diste cuenta de cuan sorprendida estaba, ya sea porque habían muerto todos, o porque la policía descubrió que tenía algo que ver con la clonación? Esa es la clase de asombro que muestra una persona cuando se le dice o se le muestra una foto de alguien que *conoce* y que ahora está muerto. Creo que tenemos que investigar a la Doctora Dumas un poco más, Sargento Forbes.

—Tiene razón señor, y se me acaba de ocurrir otra cosa. No lo pensé hasta ahora pero ¿recuerda la pared detrás de su escritorio? Pues había una serie de fotografías allí; asumí que eran de su familia o pacientes anteriores, pero había una foto que faltaba en la fila del centro, cerca del final a su izquierda. ¿Por qué cree que sea, señor?

—Muy cierto Debs; talvez le hagamos otra visita al Comisionado Borgo en la mañana —dijo el inspector mientras llegaban a su hotel.

El martes por la mañana, a las nueve y media, los dos oficiales escoceses se encontraban de nuevo en la oficina del Comisionado Borgo. Después de reportarse con el resto del equipo con la laptop de Houston y al enterarse de que no se había reportado ningún progreso en Milán, Londres, Aberdeen o Nueva York, los oficiales estaban ansiosos por seguir lo que creían que podría ser una línea de investigación.

—¿La Doctora Dumas? ¡Debe estar bromeando! —dijo Borgo riéndose—. Margherita Dumas es una de las científicas más respetadas en su campo, inspector. No puede creer en verdad que ella está involucrada en esto de alguna manera.

—Como usted dice señor, ella es una de las expertas líderes en la ciencia de la clonación. ¿Quién mejor para desarrollar un proceso exitoso e incluso

talvez también probarlo en secreto, algo así como un proceso de investigación y desarrollo a largo plazo?

—¿Así que usted espera que yo crea que ella desarrolló exitosamente un programa de clonación humana hace treinta años, y que trajo a la vida un número desconocido de clones, y que ahora de alguna manera ella los está mandando matar? Yo creo, Inspector Houston, que usted está exagerando esto, basándose en muy poca evidencia. ¿Una foto faltante? ¿La mirada en su rostro? ¡Ja! Es realmente absurdo.

—No es tan absurdo como usted cree, señor —interrumpió Debbie Forbes—. Investigué un poco y parece que la Doctora Dumas creó el Instituto Strada hace veinticinco años gracias a un convenio que hizo con la Fundación Internacional de Investigación en Embriología Humana, basado en sus teorías trascendentales y futuristas relacionadas con la clonación de seres humanos. En ese tiempo, ese tema estaba rodeado de controversia y era tabú, y ella tenía pocos simpatizantes fuera de la fraternidad de la ciencia clínica. Antes de su investigación de la clonación, estaba involucrada activamente en una clínica de fertilidad en Bruselas, la cual se consideraba como pionera en el campo del tratamiento de la infertilidad en las mujeres. Su índice de éxito fue más del doble que en cualquier otra clínica de su tipo. Esa clínica quedó destruida después de un incendio misterioso, y aunque no quedó evidencia que lo confirmara, se sospechó que había sido un incendio provocado. Es posible que hayan quemado la clínica deliberadamente para destruir evidencia de los experimentos de clonación.

Aunque aún dudaba, Borgo autorizó que revisaran el historial del Instituto Strada, y también ordenó que su equipo investigara los antecedentes de la clínica que ella había fundado en Bruselas. Se buscó y se obtuvo la cooperación de la policía belga, y así otra conexión se agregó a la cadena internacional de investigación.

Mientras tanto, Houston le ordenó a su equipo que revisaran los antecedentes de las víctimas. La idea de una conexión entre ellos y la clínica de fertilidad, se había plantado en su cabeza y necesitaba confirmarla. Debbie Forbes se regresó a Aberdeen para coordinar el resto de la investigación con Boyd, McNally, Forester, y Dunblane con su confiable computadora, para después reportarle a Houston sus hallazgos de la investigación de la vida personal de las víctimas, poniendo especial atención a las madres de los hombres asesinados.

Dos días después, Forbes le reportó los resultados preliminares a su jefe. Al igual que ella, Houston se quedó asombrado al descubrir que todas las

madres de los hombres asesinados habían visitado la Clínica Sobel en Bruselas hacía treinta años.

Todas habían quedado embarazadas después de recibir un tratamiento pionero, desarrollado por la Doctora Margherita Dumas, y administrado por el asistente de la directora, el Doctor Alexander Renaud. Aún más interesante era el hecho de que Renaud había muerto unas semanas atrás en circunstancias sospechosas, debido a que aparentemente cayó desde el puente hacia el río cerca de su casa. Renaud fue nadador olímpico una vez, y a pesar de tener sesenta y tantos años aproximadamente al momento de su muerte, se pensó que era extraño que se hubiera ahogado en un río lento y poco profundo. La caída desde el puente no era muy larga, y no había evidencia de que se hubiera golpeado la cabeza durante la caída, lo cual podría haberlo dejado inconsciente y le impidiera usar su habilidad para nadar hacia la orilla. Aunque se sospechó que algo extraño había pasado, fue inevitable que a la luz de la evidencia (o la falta de ella), se diera el veredicto de que había sido una muerte accidental.

Houston sentía que ahora estaban logrando algo, aunque el motivo de los asesinatos aún era un misterio para él. El Comisionado Borgo comenzó a creer en la teoría loca que propuso el detective escocés, y ofreció su entera cooperación. Cuando el escuadrón de homicidios comenzó su investigación de las actividades de la Doctora Dumas y su instituto, la Sargento Debbie Forbes le dio a su jefe la pieza de evidencia más vital hasta el momento. En una llamada desde la oficina central de la policía en Aberdeen, prácticamente gritando en el teléfono dijo:

—Señor, échele un vistazo a la foto que acabo de enviarle a su laptop; ya debe haberla recibido.

Houston abrió su laptop y abrió su correo electrónico. Era cierto que la imagen estaba a la espera de ser abierta. Al ver aquel rostro en la pantalla de su laptop, el inspector estaba incrédulo.

—Pero Debs —dijo en el teléfono—, ese... ese... tiene que ser...

—Así es señor —dijo con un sentido de satisfacción—, es el Doctor Alexander Renaud. La foto se tomó unos meses antes de su muerte, y justo como usted dedujo, el doctor parece una versión mayor pero idéntica de los hombres asesinados. Creo que ya podemos decir que encontramos el prototipo del experimento de clonación de la Doctora Dumas, el donador de células o como sea que lo llamen.

—Así que sí lo hizo, clonó a un ser humano, y no sólo una vez, además Renaud estaba involucrado.

—Y hay más señor; nuestros contactos en Bélgica descubrieron algo sorprendente sobre la brillante Doctora Dumas. Hubo una vez que se rumoraba que la doctora había dado a luz a un niño, aunque nadie sabe qué fue de él, pero como dije, sólo fue un rumor. No hay ningún nacimiento registrado, pero un miembro del personal que trabajó en el instituto cuando recién abrió, jura que ella estaba embarazada en aquel tiempo, y que estuvo ausente unos meses, y él pensó que era debido a que ya había dado a luz.

Nadie tuvo las agallas para preguntarle sobre eso, y ella jamás dio alguna información, ni siquiera les dijo a sus empleados que estuviera esperando un hijo, así que ellos respetaron su privacidad al no mencionarlo. Después, algunos pensaron que talvez había sufrido un aborto y que no quería hablar de eso.

—Ahora tengo otra imagen de la Doctora Dumas —dijo Houston—, y tengo otra idea, quiero que regreses en el siguiente vuelo Debs, y vamos a hacerle otra visita a la doctora.

—Claro señor, estaré allí tan pronto como pueda. ¿Puedo preguntarle qué propone hacer?

—Paciencia Sargento, paciencia —contestó Houston, con un toque de conspiración silenciosa en su voz.

Debbie Forbes lo conocía lo suficiente como para no cuestionarlo más. Sabía que él le diría su idea y las tácticas cuando estuviera listo. Forbes dejó la oficina una hora después y regresó a su departamento en la calle George, sólo para empacar una maleta con ropa limpia. Houston no le había dicho exactamente cuántos días estaría con él en Zúrich, así que empacó lo suficiente para una semana, sólo por si acaso. Mary Dunblane le reservó su asiento en el siguiente vuelo de Edimburgo a Zúrich, pero ya que no había vuelos disponibles desde Aberdeen, llamó un taxi para que la llevara a la estación del ferrocarril donde abordó un tren hacia Edimburgo y en menos de tres horas ya estaba volando, dirigiéndose hacia lo que esperaba fuera la solución al misterio que desconcertaba a las fuerzas policiales del mundo.

A la mañana siguiente, a las once en punto, Houston y Forbes, acompañados por Karl Faucus del equipo de homicidios de Zúrich, hicieron una visita sin previo aviso al Instituto Strada; Houston no quería darle la oportunidad a la doctora de ocultar o destruir la evidencia que él esperaba encontrar. Él habló con Debbie Forbes durante la cena la noche anterior, y esa mañana ella ya conocía la teoría y las intenciones de su jefe. Houston también consultó con el Comisionado Borgo, quien había arreglado que un equipo de

oficiales de apoyo se ubicara estratégicamente cerca del instituto; el líder del equipo estaba en contacto con Houston por radio.

La secretaria de Dumas fue un gran obstáculo en sus intentos de entrevistar a la doctora. Era una mujer obesa con una personalidad que sólo se podría describir como fuerte e intimidante; al principio se rehusó a dejar pasar a los oficiales a la oficina de su jefa, sólo cuando Faucus la amenazó con arrestarla por obstrucción, se hizo a un lado para permitirles el paso al santuario de Dumas.

La sorpresa en el rostro de Margherita Dumas fue obvia cuando los tres oficiales entraron a su oficina sin previo aviso. Sin embargo, su sorpresa inicial pronto se convirtió en enojo, y le habló a Houston en un tono amenazante.

—¿Puedo preguntar a qué se debe esta intromisión? Ni siquiera me avisaron que pretendían visitar el instituto de nuevo, y ahora están aquí irrumpiendo en mi oficina. Ya les dije todo lo que pude sobre el proceso de clonación, y ahora se aprovechan de mi hospitalidad y cooperación con este alboroto sin razón. Soy una mujer muy ocupada y tengo mucho trabajo importante que hacer. ¡Así que por favor, márchense inmediatamente!

—Lo siento Doctora Dumas —dijo Houston—, pero no vamos a ir a ningún lado hasta que nos dé respuestas. Tenemos algunas preguntas sobre su pasado que necesitamos aclarar, y creo que tiene algo que ver con la serie de asesinatos que estamos investigando.

—¡Tonterías! —grito Dumas—. ¿Qué podría decirles yo como para resolver el crimen? Este es un instituto científico, un lugar para la investigación; lo que hacemos aquí es buscar formas de prolongar la vida, no terminarla.

—¿Dónde está su hijo, Doctora Dumas?

La pregunta que hizo Forbes de repente, sorprendió a la doctora; el pánico en su rostro era evidente.

—¿Hijo, cuál hijo? Yo no tengo ningún hijo —le gritó a Forbes.

—¿Entonces quién es ese de la foto detrás de usted, el que quitó antes de nuestra última visita?

Forbes había notado la fotografía desde que entraron en la habitación, y se sorprendió al ver que en la imagen no había uno, sino dos chicos que parecían ser idénticos, de hecho eran gemelos.

—Yo, yo, bueno... —la doctora tartamudeó de pronto a falta de palabras.

—¿Usted dio a luz a gemelos, verdad doctora? —preguntó Houston, yendo totalmente a la ofensiva—. Usted desarrolló un método exitoso para

clonar humanos en su clínica de Bruselas hace años, y usted y Alexander Renaud combinaron las células de él y los óvulos de usted para producir un niño, en este caso dos. Después promocionó por todo el mundo, sus servicios como clínica de fertilidad, y usó a ciertas mujeres como conejillos de indias para su programa de clonación. Pero algo salió mal, ¿verdad doctora? Descubrió algo que la aterrorizó, y tuvo que tomar medidas para eliminar todo rastro de sus experimentos, incluso matar al pobre Renaud, el padre de sus ratas de laboratorio humanas. De alguna forma, creo que usted convenció a sus gemelos para que mataran por usted. Ellos son quienes han estado asesinando a sus hermanos por todo el mundo; admito que me sentí desconcertado por la velocidad con la que nuestro asesino iba de país en país, localizando a sus víctimas y después llevando a cabo los crímenes, pero ahora me doy cuenta lo fácil que fue. No había sólo un asesino, ¡eran dos! Por favor corríjame si me equivoco, Doctora Dumas.

Dumas se desplomó sobre su silla, ya con la apariencia de una mujer derrotada; sabía que el detective escoces astuto y persistente había adivinado lo suficiente como para ya no poder mantener su postura. Dumas comprendió que todos sus años de engaños, tretas, y de numerosas muertes que ensuciaron su pasado no habían servido para nada, ahora que el detective había descubierto casi toda la historia detrás de la célula Némesis y de sus terribles consecuencias. Tal vez como última muestra por resistir, un intento por probar cuán astuta había sido por tanto tiempo, y cuán superior era su intelecto comparado con el de sus pares, Dumas tomó la decisión de revelarles todo para que Houston se diera cuenta de su genialidad; tal era la locura que ahora reinaba en su cabeza. Dumas estaba acabada, y lo sabía. Era el momento, y ella se dio cuenta, de revelar su trabajo; no quería que las tontas e ignorantes fuerzas de la ley y el sistema de justicia que ahora estaba en su contra le negara su momento de revelar los hechos. Dio un gran suspiro y se recargó en su silla, todo rastro de agresividad y arrogancia se había ido.

—En verdad es usted un hombre astuto, inspector —dijo y continuó con un tono de derrota en su voz—. En la mayor parte, usted está en lo correcto; pero permítame contarle toda la historia. Es verdad que Renaud y yo trabajábamos juntos en Bruselas, y que desarrollamos lo que creímos que era un método de clonación factible. Fue hace mucho tiempo, y las autoridades médicas nos hubieran sancionado por nuestro trabajo si lo hubieran sabido. Mucho de lo que hicimos se consideraba poco ético de acuerdo a los estándares de ese tiempo y tal vez incluso ahora. No lo voy a aburrir con los tecnicismos, pero tuvimos éxito al retirar las células de Renaud e implantarlas

en mis óvulos, y después ocurrió la fecundación. Después comenzó a dividirse pero no lo suficientemente rápido, así que no pudimos producir un embrión viable; fue entonces cuando incluimos un acelerante.

—¿Acelerante? ¿A qué se refiere con acelerante, doctora? —preguntó Houston.

—Para producir un embrión viable, agregamos un ADN extra el cual bombardeamos con radiación; intentamos muchas otras cosas pero esto fue lo que funcionó. La división celular fue rápida, y el óvulo fecundado comenzó a crecer al ritmo requerido. Reimplantamos el óvulo en mi útero, donde de alguna manera se dividió de nuevo y descubrimos que estaba esperando gemelos; no se suponía que pasara así. Nos preocupaba cómo y por qué había sucedido, pero al continuar el embarazo ambos fetos parecían crecer naturalmente y de manera saludable, así que decidimos dejar que llegaran a término. Nacieron hace treinta y dos años, inspector, y los llamamos Alexei y Arturo. Pasaron sus primeros dos años en un ambiente cerrado que creamos, diseñado para parecer un hogar, y estábamos seguros de que eran perfectamente normales y saludables. Comenzamos a utilizar el procedimiento en secreto en la clínica y con mujeres que no tuvieran ninguna esperanza de concebir un hijo. Ellas no sabían nada sobre lo que habíamos hecho y sólo eran felices porque nuestros métodos pioneros les permitieron quedar embarazadas. Lo que no sabíamos en ese momento y que descubrimos recientemente, era que el acelerante que utilizamos producía efectos graves a largo plazo en los clones. La célula radioactiva que incluimos en el ADN de los fetos, causó una reacción retardada en su metabolismo y en sus funciones cerebrales. Poco después de que llegaron a la edad de veintiséis, Alexei y Arturo comenzaron a mostrar signos de un estrés mental grave. Comenzaron a manifestar síntomas físicos y dolores de cabeza severos, y Renaud y yo les hicimos un sinnúmero de análisis a ambos. Quedamos horrorizados al descubrir que el acelerante había comenzado una nueva reacción en sus cuerpos. Había todo un nuevo patrón de división celular, y también había células nuevas proliferándose en sus cuerpos. Eran como el cáncer, pero no como cualquier cáncer que la raza humana hubiera visto hasta ahora. Las células nuevas, las llamamos células Némesis, llevaban carga radioactiva y gradualmente estaban formando tumores en varios órganos internos. Incluso había actividad cerebral significativa, y supimos que algo había salido terriblemente mal.

—¿No podían hacer algo para detenerlo? —pregunto Houston, cuando la doctora hizo una pausa para recuperar el aliento.

—Lo intentamos, en verdad —dijo la doctora—, pero el progreso de las células Némesis era irreversible. Cuando nos enteramos, no les dijimos a Alexei y Arturo en un principio, que iban a experimentar todo un colapso mental y carcinomas masivos en varias partes de su cuerpo, aunque no sabíamos qué sucedería primero. Desde pequeños supieron que eran diferentes a los demás; les contamos sobre su concepción cuando creímos que eran los suficientemente maduros para comprender, así que no tuvimos ningún problema con que quisieran ir a un hospital normal o pedir una segunda opinión, ni nada de eso. Fueron educados para responder a mis instrucciones y órdenes, y me di cuenta de lo que tenía que hacer cuando Renaud comenzó a decir que deberíamos pedir ayuda y revelar lo que habíamos hecho todos esos años atrás. Él creía que podíamos hacer algo para salvar a los otros también, que se los debíamos. Le dije que no eran personas reales, eran clones, productos de un experimento que salió mal, y que debían ser eliminados, tal como lo hubiéramos hecho con ratas de laboratorio en la misma situación, pero no quiso escucharme. Quería ir con las autoridades; me amenazó con ir a la policía y revelar todo, también a la Comisión de Ética Médica. Eso nos habría arruinado, y a *mí* especialmente. El instituto se hubiera acabado, y todo mi trabajo habría sido para nada.

Houston y los demás apenas podían creer lo que escuchaban; las palabras de la doctora eran frías, escalofrantes, y totalmente faltas de sentimientos por aquellas vidas que había creado. Sin embargo, nadie la interrumpió; la doctora no había terminado y ellos no querían perderse ni una sola palabra de su confesión tan fascinante y perturbadora.

—Lograr que se deshicieran de Renaud fue muy sencillo; cuando les dije que nos quería exponer, y que los llevarían lejos del único hogar que habían conocido para convertirlos en algún tipo de atracción de circo y serían tratados como fenómenos para experimentar con ellos, fueron fáciles de convencer. Fueron a su casa y esperaron a que saliera a una de sus caminatas regulares; lo detuvieron en el puente y le dijeron que querían hablar con él. Alexei estaba hablando con él cuando Arturo llegó por detrás y utilizó una pistola paralizadora para dejarlo inconsciente. Después simplemente lo arrojaron al río; se habría ahogado antes de que el agua pudiera reanimarlo. Ellos sabían que teníamos que deshacernos de los demás también, antes de que las células Némesis comenzaran a hacer su trabajo. Los convencí de que todos estaríamos en peligro si alguien descubría la verdad. Rastrear a los otros fue fácil claro, ya que yo había estado enviándoles medicamentos preventivos por años; después los chicos comenzaron su tarea para deshacerse de ellos. El

veneno que utilizamos para asegurarnos de que murieran lo más rápido posible, era un derivado sintético del curare^[13]. Con su muerte, las células Némesis morirían también, y no habría rastro de ellas en la autopsia, simplemente porque nadie estaría buscándolas.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó Houston, con una voz plana y sin emoción.

Estaba demasiado asombrado y perplejo por la historia de la doctora como para sentir algo en ese momento. —¿Dónde están Alexei y Arturo, doctora?

—Venga conmigo —dijo Dumas.

Unos minutos más tarde se quedaron mirando fijamente dos placas de bronce colocadas en la hierba bajo un gran roble en los terrenos del instituto. En la primera estaba el grabado C2476/74, y en la segunda C2477/74.

—Doctora Dumas, ¿qué está intentado decirme? —preguntó Houston.

—Alexei y Arturo están allí, inspector. Después de que llevaron a cabo su encomienda, les di grandes dosis de sedantes una noche, seguidas de una gran dosis del derivado de curare. Murieron mientras dormían, y los cremé a ambos en el crematorio que tenemos aquí en el instituto para eliminar tejido experimental. Esos números son números de serie, el número del experimento que representaban. Creí que nadie se enteraría de lo que en realidad pasó porque yo habría destruido toda la evidencia; al parecer estaba equivocada.

Cuando dejaron el instituto ese día con la doctora esposada, los detectives no podían evitar sentirse completamente en *shock* y desconcertados por la falta de humanidad de Dumas. Incluso muertos los dos chicos que probablemente la admiraban como a una madre, ella los consideraba nada más que un par de especímenes de laboratorio, y se deshizo de ellos sin piedad, una vez que cumplieron su propósito. Para ella sólo eran un experimento que salió mal, y nada más, y ambos fueron desechados y cremados, y sus cenizas fueron enterradas sin un nombre, sólo un número de experimento en su memoria. Tal vez ellos empuñaron el cuchillo pero Dumas era, al parecer para los detectives, la asesina verdadera de todos aquellos que habían muerto trágicamente en nombre de sus aspiraciones científicas.

* * *

La Doctora Margherita Dumas jamás fue a juicio por los asesinatos de Alexei y Arturo, o de cualquiera de las otras víctimas. Se le realizaron un

sinnúmero de exámenes psicológicos y psiquiátricos, y se le declaró mentalmente incompetente para declarar.

Se le ordenó permanecer indefinidamente en la unidad psiquiátrica más grande y segura de Suiza, donde aún permanece hasta la fecha. Las autoridades de ética médica decidieron que no había nada positivo en hacer públicos sus horribles experimentos Génesis, y las células Némesis, y se acordó mantener toda la información referente a su trabajo como un secreto muy bien guardado.

Harry Houston y Debbie Forbes regresaron a su hogar en Escocia, donde la fuerza especial de la investigación de la muerte de los clones, como la policía se refirió después al caso, salieron de servicio. Alrededor del mundo, las diferentes fuerzas policiales que habían estado involucradas en el caso, guardaron los expedientes. Todos los cabos sueltos se consideraron resueltos. El público jamás supo que las víctimas eran idénticas, y cada fuerza policial fue capaz de presentar una solución válida para los asesinatos en sus propios países, permitiéndole así a la profesión médica mantener sus secretos. Donde se consideró necesario, se informó a la prensa y al público que el asesinato de una víctima en particular había sido por parte de un agresor desconocido y con un motivo igual de desconocido. El informe no era perfecto, pero evitaba que el público supiera del escenario tipo Frankenstein que Dumas había creado; después de todo no era necesario que supieran que una doctora con la reputación y fama de Dumas se las había arreglado para jugar a ser Dios todos esos años atrás, y que por poco habría logrado salirse con la suya. Con el tiempo, el recuerdo de la Doctora Margherita Dumas y su célula Némesis se desvaneció de la memoria de todos aquellos que estuvieron involucrados en el caso.

Bruselas, viernes, 13 de septiembre de 2006

En el hogar del difunto Doctor Alexander Renaud, su viuda Marlette escuchó la puerta del frente abriéndose, y se apresuró para darle la bienvenida a su visitante.

—David, cariño —dijo emocionada—. ¡Qué bueno verte! No puedo decirte cuánto te he extrañado.

—Siento haberme perdido el funeral, mama. Jamás me habría ido a viajar por el mundo si hubiera sabido lo que pasaría. Si tan sólo hubiera llamado a casa, antes de llegar a Australia. Me enteré de la muerte de papá hace dos

semanas, cuando me llegó tu carta a través del consejo estudiantil. No podía creerlo cuando me dijiste lo que había pasado; regresé lo más pronto que pude.

—Lo sé hijo mío, lo sé —dijo Marlette mientras las lágrimas rodaban por su rostro por la pérdida de su esposo, pero también por el alivio de tener a su hijo de veintiséis años, de nuevo en casa. Él era su alegría y su orgullo, y fue concebido con la ayuda del conocimiento de Alexander en tratamientos de infertilidad, después de que ella había tenido dificultades para concebir naturalmente. Sólo Renaud sabía lo que había pasado con esa sexta célula Némesis que originalmente estaba destinada para Christa, la chica polaca.

—Ahora, dime hijo. ¿Cómo has estado?

—Bueno mamá —respondió—, últimamente he tenido estos terribles dolores de cabeza...

Notas

[1] [N. del T.]. Mirlo es el nombre de un ave. <<

[2] [N. del T.]. Es una sustancia muy inflamable compuesta de combustible gelatinizado que se utiliza para cargar bombas y proyectiles incendiarios. <<

[3] [N. del T.]. Los idus de marzo en el calendario romano correspondían a los días 15 del mes de Martius. Los idus eran días de buenos augurios. <<

[4] [N. del T.]. El nombre génesis proviene del griego γένεσις (/guénesis/), «nacimiento, creación, origen». <<

[5] [N. del T.]. El Boeing 747, comúnmente apodado «Jumbo», es un avión comercial transcontinental conocido por su gran tamaño, y está entre los aviones más famosos del mundo. <<

[6] [N. del T.]. En la mitología griega, Némesis es la diosa de la justicia retributiva, la solidaridad, la venganza, el equilibrio y la fortuna. <<

^[7] [N. del T.]. Grampian fue una provincia de Escocia así llamada por los montes Grampianos, entre 1975 y 1996. <<

[8] [N. del T.]. El Chianti es uno de los vinos tintos italianos más prestigiosos y conocidos en el mundo. <<

[9] [N. del T.]. La Leibstandarte ss Adolf Hitler fue una formación de élite formada inicialmente como una guardia personal armada para Adolf Hitler.

<<

[10] [N. del T.]. Haggis es un platillo típico escocés. <<

[¹¹] [N. del T.]. El Arma de Carabineros es un organismo de seguridad del Estado italiano. <<

[12] [N. del T.]. Scotland Yard, también conocido como The Yard, se refiere a la Policía Metropolitana de Londres. <<

[13] [N. del T.]. El curare es un extracto que se hace con diferentes plantas y se utiliza para envenenar e inmovilizar a una presa. <<